C. S. Lewis

Mero Cristianismo

Mero Cristianismo reúne las legendarias charlas radiofónicas de C. S. Lewis que se transmitieron durante tiempos de guerra, charlas en las cuales él se proponía “explicar y defender las creencias que han sido común a casi todos los cristianos de todos los tiempos.” Rechazando los límites que dividen las distintas denominaciones del cristianismo, C. S. Lewis ofrece una inigualable oportunidad al creyente y al no creyente para escuchar un argumento fuerte y racional para la fe cristiana.

Esta es una colección de la genialidad de Lewis que aún se mantiene viva para el lector moderno y que a la vez confirma su reputación como el escritor y pensador más importante de nuestros tiempos. *Mero Cristianismo* es su libro más popular y ha vendido millones de ejemplares a través del mundo.

Lectulandia

C. S. Lewis

Mero Cristianismo

ePUB v1.0

jlmarte 16.07.12

Título original: *Mere Christianity*
C. S. Lewis, 1952.
Traducción: Verónica Fernández Muro

Editor original: jlmarte (v1.0)
ePub base v2.0

Prefacio

El contenido de este libro fue primero emitido por la radio y después publicado en tres partes separadas: *Argumento a favor del cristianismo* (1942), *Comportamiento cristiano* (1943) y *Más allá de la personalidad* (1944). En la versión impresa añadí algunas cosas a lo que había dicho ante los micrófonos, pero aparte de esto dejé el texto más o menos como estaba. Una «charla» por la radio debe asemejarse tanto como sea posible a una charla auténtica, y no a un ensayo leído en voz alta. En mis alocuciones, por tanto, utilicé todas las contracciones y coloquialismos que normalmente utilizo en la conversación. Y cuando en las charlas había acentuado la importancia de una palabra por el énfasis de mi voz, la escribía en letra cursiva. Ahora me inclino a pensar que esto es un error, un híbrido indeseable entre el arte de hablar y el arte de escribir. Un conversador debe utilizar las variaciones de la voz a guisa de énfasis porque su medio se presta naturalmente a ese método, pero un escritor no debe valerse de la cursiva para el mismo fin. Tiene sus medios propios y distintos de resaltar las palabras clave y debe utilizarlos. En esta edición he expandido las contracciones y reemplazado la mayoría de las palabras en cursiva redactando nuevamente las frases cuando ha sido preciso, pero sin alterar, espero, el tono «popular» o «familiar» que siempre había sido mi intención utilizar. También he añadido o suprimido allí donde pensé que comprendía una parte de mi tema mejor que diez años atrás, o donde sabía que la versión original había sido mal comprendida por algunos.

El lector debe quedar advertido de que no ofrezco ayuda alguna a aquellos que dudan entre dos «denominaciones» cristianas. No seré yo quien le diga si debe convertirse en un anglicano, un católico, un metodista o un presbiteriano. Esta omisión es intencionada (incluso en la lista que acabo de dar el orden es alfabético). No hay misterio acerca de mi propia posición. Soy un laico ordinario de la Iglesia de Inglaterra ni muy «alto» ni muy «bajo», ni ninguna otra cosa en especial. Pero en este libro no intento atraer a nadie a mi propia posición. Desde que me convertí al cristianismo he pensado que el mejor, y tal vez el único, servicio que puedo prestar a mis prójimos no creyentes es explicar y defender la creencia que ha sido común a casi todos los cristianos de todos los tiempos. Tenía más de una razón para pensar esto. En primer lugar, las cuestiones que separan a los cristianos unos de otros a menudo implican temas de alta teología o incluso de historia eclesiástica que nunca deberían ser tratados salvo por auténticos expertos. Yo habría estado fuera de mi jurisdicción en ese terreno: más necesitado de ayuda que capacitado para ayudar a otros. En segundo lugar, creo que debemos admitir que las discusiones sobre estos disputados temas no tienden en absoluto a atraer a un «forastero» a la congregación cristiana. Mientras hablemos y escribamos sobre ellas es mucho más probable que lo

disuadamos de ingresar en cualquier comunión cristiana que lo atraigamos a la nuestra. Nuestras divisiones jamás deberían ser discutidas salvo en presencia de aquellos que ya han llegado a creer que hay un solo Dios y que Jesucristo es Su único Hijo. Finalmente, tuve la impresión de que tenemos muchos más, y más talentosos, autores ya dedicados a esos temas controvertidos que a la defensa de lo que Baxter llama el «mero» cristianismo. Aquella parte del terreno en la que pensé que podía servir mejor era también la parte que me pareció más desatendida, y allí naturalmente me dirigí.

Por lo que sé, estos fueron mis únicos motivos, y me sentiría muy contento si la gente no extrajera elaboradas conclusiones de mi silencio con respecto a ciertos temas en disputa.

Por ejemplo, tal silencio no necesariamente significa que yo mismo me sienta indeciso. A veces me siento así. Hay cuestiones en liza entre los cristianos para las cuales no creo tener la respuesta. Hay algunas para las que tal vez nunca conozca la respuesta: si las planteara, incluso en un mundo mejor, podría (por todo lo que sé) recibir la misma respuesta que recibió un interrogador mucho más grande que yo: «¿Y a ti qué te importa? Tú sígueme.» Pero hay otras cuestiones sobre las cuales me siento definitivamente seguro, y sin embargo no las menciono. Porque no estoy escribiendo para exponer algo que podría llamar «mi religión», sino para exponer el «mero» cristianismo, que es lo que es y era lo que era mucho antes de que yo naciera, me plazca o no.

Algunas personas extraen conclusiones injustificables del hecho de que nunca digo más sobre la Virgen María de lo que implica afirmar el nacimiento virginal de Cristo. ¿Pero no es sin duda evidente la razón por la que no lo hago? Decir más me llevaría inmediatamente a regiones en extremo controvertidas. Y no hay controversia entre los cristianos que necesite ser más delicadamente tratada que esta. Las creencias católicas sobre este tema se sostienen no sólo con el fervor inherente a toda creencia religiosa sincera sino (muy naturalmente) con la peculiar y, por así decirlo, caballerosa sensibilidad que un hombre experimenta cuando el honor de su madre o de su amada están en cuestión. Por eso es muy difícil diferir de ellos sin aparecérseles como un grosero además de un hereje. Por el contrario, las opuestas creencias protestantes en lo que a este tema se refiere inspiran sentimientos que van hasta las mismas raíces del monoteísmo por excelencia. A los protestantes radicales les parece que la distinción entre Creador y criatura (por sana que ésta sea) se ve amenazada: que el politeísmo ha vuelto a resurgir. Por tanto es difícil disentir de ellos de modo que uno no parezca algo peor incluso que un hereje: un idólatra, o un pagano. Si hay algún tema que podría arruinar un libro acerca del «mero» cristianismo —si algún libro constituye un lectura totalmente improductiva para aquellos que aún no creen que el hijo de la Virgen es Dios— con toda seguridad es éste.

Por extraño que parezca no podréis sacar la conclusión, a partir de mi silencio sobre puntos en controversia, ni de que los creo importantes ni de que los creo sin importancia. Una de las cosas sobre la que los cristianos están en desacuerdo es la importancia de sus desacuerdos. Cuando dos cristianos de diferentes denominaciones empiezan a discutir no suele pasar mucho tiempo antes de que uno de ellos pregunte si tal o cual punto de la discusión «importa realmente», y el otro contesta: «¿Importar? ¡Es absolutamente esencial!»

Digo todo esto sencillamente para dejar claro qué clase de libro he intentado escribir, y en absoluto para ocultar o evadir la responsabilidad de mis propias creencias. Acerca de ellas, como he dicho antes, no hay ningún secreto. Para citar al tío Toby: «Están escritas en el Libro de la Plegaria Común».

El peligro era claramente que yo presentara como cristianismo común cualquier cosa que fuese peculiar de la Iglesia de Inglaterra o (aún peor) de mí mismo. Intenté protegerme de esto enviando el manuscrito original de lo que ahora es el Libro II a cuatro clérigos (uno anglicano, otro católico, otro metodista y otro presbiteriano) para pedirles su opinión. El metodista pensó, que no había hablado lo suficiente sobre la fe, y el católico que había ido demasiado lejos en lo referente a la comparativa poca importancia de las teorías en la explicación de la Redención. Aparte de esto los cinco estábamos de acuerdo. No sometí a examen los libros restantes porque, aunque en ellos podían suscitarse diferencias entre cristianos, estas serían diferencias entre individuos o escuelas de pensamiento, no entre denominaciones.

Por cuanto puedo deducir de las críticas y las numerosas cartas recibidas, el libro, por imperfecto que sea en otros aspectos, ha conseguido al menos presentar un cristianismo convenido, común, central: un «mero» cristianismo. En ese sentido es posible que sirva de alguna ayuda para silenciar la opinión de que, si omitimos los puntos en controversia, sólo nos quedará un factor común más alto. El factor común más alto resulta ser algo positivo y estimulante, separado de todas las creencias no-cristianas por un abismo con el cual las peores divisiones dentro del cristianismo no son comparables en absoluto. Si no he ayudado directamente a la causa de la unión, tal vez haya dejado claro por qué debemos unirnos. Ciertamente me he encontrado con muy poco del renombrado *odium theologicum* por parte de convencidos miembros de comuniones distintas a la mía. La hostilidad ha venido más por parte de personas situadas en las zonas limítrofes, ya sea en la Iglesia de Inglaterra o fuera de ella: personas que no obedecían exactamente a comunión alguna. Esto me resulta curiosamente consolador. Es en su centro donde habitan sus hijos más auténticos, donde cada comunión está más cerca de cada uno en espíritu, si no en doctrina. Y esto sugiere que en el centro de cada una hay algo, o Alguien, que, contra cualquier divergencia de creencias, contra cualquier diferencia de temperamento o cualquier recuerdo de mutua persecución, habla con la misma voz.

Eso en lo que respecta a mis omisiones en cuanto a la doctrina. En el Libro III, que trata sobre moral, he pasado también en silencio por encima de ciertas cosas, pero por una razón diferente. Desde que serví como segundo teniente de Infantería en la primera guerra mundial he sentido una gran antipatía por los que, hallándose cómodos y a salvo, lanzan exhortaciones a los que se encuentran en la línea de batalla. Como resultado me resisto a decir gran cosa acerca de las tentaciones a las que yo mismo no me veo expuesto. A ningún hombre, supongo, le tientan todos los pecados. Ocurre que el impulso que hace a los hombres jugar por dinero ha quedado fuera de mi constitución, y no cabe duda de que pago por esto careciendo de algún impulso bueno del cual aquel otro impulso es el exceso o la perversión. Por ello no me sentí cualificado para dar consejos acerca del juego, permisible o no permisible, si es que existe el juego permisible, porque ni siquiera puedo afirmar saber esto último. Tampoco he dicho nada acerca del control de la natalidad. No soy una mujer, ni siquiera un hombre casado, y tampoco un sacerdote. No me pareció que me correspondiera asumir una actitud de firmeza con respecto a dolores, peligros y cargas de los que estoy protegido, al carecer de un oficio pastoral que me obligase a hacerlo.

Objeciones mucho más profundas pueden expresarse —y han sido expresadas— en contra de mi utilización de la palabra cristiano como alguien que acepta las doctrinas comunes al cristianismo. La gente pregunta: «¿Quién es usted para dictaminar quién es o quién no es un cristiano?» o «¿No podrían muchos hombres que no creen en estas doctrinas ser mucho más cristianos, estar mucho más cerca del espíritu de Cristo, que otros que sí las creen?» Bien: esta objeción es, en cierto sentido, muy acertada, muy caritativa, muy espiritual, muy sensible. Tiene todas las cualidades salvo la de ser útil. Sencillamente no podemos, sin arriesgarnos al desastre, utilizar el lenguaje como estos objetores quieren que lo utilicemos. Intentaré aclarar esto por medio de la historia de otra, y mucho menos importante, palabra.

La palabra caballero significaba originalmente algo reconocible: un hombre que tenía un escudo de armas y era propietario de tierras. Cuando a alguien se le llamaba «un caballero» no se le estaba haciendo un cumplido sino simplemente estableciendo un hecho. Si se decía que no era «un caballero» no se le estaba insultando sino que se estaba dando información. No había ninguna contradicción en el hecho de decir que John era un mentiroso y un caballero, del mismo modo que tampoco la hay ahora cuando se dice que James es un imbécil y un M.A.[1] Pero luego llegaron gentes que dijeron —tan acertadamente, tan caritativamente, tan espiritualmente, tan sensiblemente, tan cualquier otra cosa menos útilmente—: «Ah, pero, ¿no es bien cierto que lo importante de un caballero no son su escudo de armas ni sus tierras, sino su comportamiento? ¿No es cierto que el verdadero caballero es el que se comporta como debería comportarse un caballero? ¿No es cierto que en ese sentido Edward es

mucho más caballero que John?» Sus intenciones eran buenas. Ser honorable y cortés y valiente es por supuesto algo mucho mejor que tener un escudo de armas. Pero no es lo mismo. Y lo que es peor, no es algo sobre lo cual todo el mundo estará de acuerdo. Llamar a un hombre «un caballero» en este nuevo y refinado sentido se convierte, de hecho, no en un modo de dar información acerca de él sino en un modo de alabarlo: negar que es «un caballero» se convierte sencillamente en una manera de insultarlo. Cuando una palabra deja de ser un término descriptivo y se transforma simplemente en un término elogioso, deja ya de comunicar hechos acerca del objeto. (Una «buena» comida sólo significa una comida que le gusta a la persona que la describe.) Un *caballero*, una vez que ha sido espiritualizado y refinado a partir de su antiguo sentido más tosco y objetivo, significa poco más que un hombre que le gusta a la persona que lo describe. Como resultado, *caballero* es hoy una palabra inútil. Ya teníamos muchos términos de aprobación, de modo que no se necesitaba para eso; por otra parte, si cualquiera (digamos en un libro de historia) quiere utilizarlo en su antiguo sentido, no puede hacerlo sin explicaciones. Para esa finalidad, el término ha sido desvirtuado.

Pues bien; si alguna vez permitimos que la gente empiece a espiritualizar y refinar o, como ellos dirían, a «profundizar» el sentido de la palabra *cristiano*, ésta también se convertirá rápidamente en una palabra inútil. En primer lugar, los cristianos mismos jamás podrán aplicarla a nadie. No es a nosotros a quienes corresponde decir quién, en el sentido más profundo, está o no está más cerca del espíritu de Cristo. Nosotros no vemos en el corazón de los hombres. No podemos juzgar, y, de hecho, se nos ha prohibido juzgar. Sería una perversa arrogancia por nuestra parte decir si un hombre es, o no es, un cristiano en este sentido refinado. Y evidentemente una palabra que no podemos aplicar nunca no va a ser una palabra muy útil. En cuanto a los no creyentes, no hay duda de que utilizarán alegremente el término en el sentido refinado. En sus bocas se convertirá simplemente en un término de alabanza. Al llamar a alguien un cristiano querrán decir que lo consideran un buen hombre. Pero esa manera de utilizar la palabra no será un enriquecimiento del idioma, puesto que ya tenemos la palabra bueno. Entretanto, la palabra *cristiano* habrá sido estropeada para lo que hubiera podido servir.

Debemos por lo tanto adherirnos al significado obvio y original. El nombre de *cristianos* fue dado por primera vez en Antioquía (Hechos XI, 26) a los «discípulos», a aquellos que aceptaban las enseñanzas de los apóstoles. No cabe duda de que estaba restringido a aquellos que se beneficiaban de esas enseñanzas tanto como debían. No cabe duda de que se extendía á aquellos que de algún modo espiritual, refinado, interior estaban «mucho más cerca del espíritu de Cristo» que los menos satisfactorios de los discípulos. No se trata de un hecho teológico, ni moral. Se trata de utilizar las palabras de manera que todos podamos comprender lo que se está

diciendo. Cuando un hombre que acepta la doctrina cristiana vive de un modo que no es digno de ésta, es mucho más claro decir que es un mal cristiano que decir que no es un cristiano.

Espero que ningún lector suponga que el «mero» cristianismo se presenta aquí como una alternativa a los credos dé las distintas confesiones, como si un hombre pudiese adoptarlo en preferencia al congregacionalismo o a la ortodoxia griega o a cualquier otra cosa. Se parece más a un vestíbulo desde el cual se abren puertas a varias habitaciones. Si puedo hacer que alguien entre en ese vestíbulo habré conseguido lo que intentaba. Pero es en las habitaciones, no en el vestíbulo, donde hay chimeneas encendidas, y sillones, y comidas. El vestíbulo es un lugar donde se espera, un lugar desde el cual pasar a las diferentes puertas, no un lugar para vivir en él. Para eso la peor de las habitaciones (sea cual sea) es, en mi opinión, preferible. Es verdad que algunos pueden descubrir que tienen que esperar en el vestíbulo un tiempo considerable, mientras que otros están seguros, casi inmediatamente, de a qué puerta tienen que llamar. No sé por qué existe esta diferencia, pero estoy seguro de que Dios no hace esperar a nadie a menos que vea que esperar es bueno para él. Cuando entréis en vuestra habitación comprobaréis que la larga espera ps ha proporcionado un bien que de otro modo no habríais obtenido. Pero debéis considerarlo como una espera, no como una acampada. Debéis seguir rezando para pedir luz y, por supuesto, incluso en el vestíbulo, debéis empezar a obedecer las reglas que son comunes a la casa entera. Y sobre todo debéis preguntar cuál de las puertas es la verdadera, no la que más os gusta por sus paneles o su pintura. En lenguaje común, la pregunta nunca debería ser: «¿Me gusta esa clase de servicio?» sino «¿Son verdaderas estas doctrinas? ¿Está aquí la santidad? ¿Me mueve hacia esto mi conciencia? ¿Mi resistencia a llamar a esta puerta se debe a mi orgullo, a mis simples gustos, o a mi desagrado personal por este guardián de la puerta en particular?»

Cuando hayáis llegado a vuestra habitación, sed amables con aquellos que han elegido puertas diferentes y con aquellos que siguen aún en el vestíbulo. Si están equivocados, necesitan mucho más de vuestra oraciones, y si son vuestros enemigos, entonces se os ha mandado rezar por ellos. Esa es una de las reglas comunes a toda la casa.

LIBRO I: VERDAD Y FALSEDAD COMO CLAVES PARA COMPRENDER EL UNIVERSO

1. La ley de la naturaleza humana

Todos hemos oído discutir a los demás. A veces nos resulta gracioso y a veces simplemente desagradable, pero, sea como sea, creo que podemos aprender algo muy importante escuchando la clase de cosas que dicen. Dicen cosas como éstas: «¿Qué te parecería si alguien te hiciera a ti algo así?» «Ese es mi asiento; yo llegué primero.» «Déjalo en paz; no te está haciendo ningún daño.» «¿Por qué vas a colarte antes que yo?» «Dame un trozo de tu naranja; yo te di un trozo de la mía.» «Vamos, lo prometiste.» La gente dice cosas como esas todos los días, la gente educada y la que no lo es, y los niños igual que los adultos.

Lo que me interesa acerca de estas manifestaciones es que el hombre que las hace no está diciendo simplemente que el comportamiento del otro hombre no le agrada. Está apelando a un cierto modelo de comportamiento que espera que el otro hombre conozca. Y el otro hombre rara vez contesta: «Al diablo con tu modelo.» Casi siempre intenta demostrar que lo que ha estado haciendo no va realmente en contra de ese modelo, o que si lo hace hay una excusa especial para ello. Pretende que hay una razón especial en este caso en particular por la cual la persona que cogió el asiento debe quedarse con él, o que las cosas eran muy diferentes cuando se le dio el trozo de naranja, o que ha ocurrido algo que lo exime de cumplir su promesa. Parece, de hecho, como si ambas partes tuvieran presente una especie de ley o regla de juego limpio o comportamiento decente o moralidad o como quiera llamársele, acerca de la cual sí están de acuerdo. Y la tienen. Si no la tuvieran podrían, por supuesto, luchar como animales, pero no podrían *discutir* en el sentido humano de la palabra. Discutir significa intentar demostrar que el otro hombre está equivocado. Y no tendría sentido intentar hacer eso a menos que tú y él tuvierais un determinado acuerdo en cuanto a lo que está bien y lo que está mal, del mismo modo que no tendría sentido decir que un jugador de fútbol ha cometido una falta a menos que hubiera un determinado acuerdo sobre las reglas de fútbol.

Esta ley o regla sobre lo que está bien o lo que está mal solía llamarse la ley natural. Hoy en día, cuando hablamos de las «leyes de la naturaleza», solemos referirnos a cosas como la ley de la gravedad o las leyes de la herencia o las leyes de la química. Pero cuando los antiguos pensadores llamaban a la ley de lo que está bien y lo que está mal «la ley de la naturaleza» se referían en realidad a la ley de la naturaleza humana. La idea era que, del mismo modo que todos los cuerpos están gobernados por la ley de la gravedad y los organismos por las leyes biológicas, la criatura llamada hombre también teñía su ley… con esta gran diferencia: que un cuerpo no puede elegir si obedece o no a la ley de la gravedad, pero un hombre puede elegir obedecer a la ley de la naturaleza o desobedecerla.

Podemos decirlo de otra manera. Todo hombre se encuentra en todo momento

sujeto a varios conjuntos de leyes, pero sólo hay una que es libre de desobedecer. Como cuerpo está sujeto a la ley de la gravedad y no puede desobedecerla; si se lo deja sin apoyo en el aire no tiene más elección sobre su caída de la que tiene una piedra. Como organismo, está sujeto a varias leyes biológicas que no puede desobedecer, como tampoco puede desobedecerlas un animal. Es decir, que no puede desobedecer aquellas leyes que comparte con otras cosas, pero la ley que es peculiar a su naturaleza humana, la ley que no comparte con animales o vegetales o cosas inorgánicas es la que puede desobedecer si así lo quiere.

Esta ley fue llamada la ley de la naturaleza humana porque la gente pensaba que todo el mundo la conocía por naturaleza y no necesitaba que se le enseñase. No querían decir, por supuesto, que no podía encontrarse un raro individuo aquí y allá que no la conociera, del mismo modo que uno se encuentra con personas daltónicas o que no tienen oído para la música. Pero tomando la raza como un todo, pensaban que la idea humana de un comportamiento decente era evidente para todo el mundo. Y yo creo que tenían razón. Si no la tuvieran, todas las cosas que dijimos sobre la guerra no tendrían sentido. ¿Qué sentido tendría decir que el enemigo estaba haciendo mal a menos que el bien sea una cosa real que los nazis en el fondo conocían tan bien como nosotros y debieron haber practicado? Si no tenían noción de lo que nosotros conocemos como bien, entonces, aunque hubiéramos tenido que luchar contra ellos, no podríamos haberles culpado más de lo que podríamos culparles por el color de su pelo.

Sé que algunos dicen que la idea de la ley de la naturaleza o del comportamiento decente conocida por todos los hombres no se sostiene, dado que las diferentes civilizaciones y épocas han tenido pautas morales diferentes. Pero esto no es verdad. Ha habido diferencias entre sus pautas morales, pero éstas no han llegado a ser tantas que constituyan una diferencia total. Si alguien se toma el trabajo de comparar las enseñanzas morales de, digamos, los antiguos egipcios, babilonios, hindúes, chinos, griegos o romanos, lo que realmente le llamará la atención es lo parecidas que son entre sí y a las nuestras. He recopilado algunas pruebas de esto en el apéndice de otro libro llamado *La abolición del hombre*, pero para nuestro presente propósito sólo necesito preguntar al lector qué significaría una moralidad totalmente diferente. Piénsese en un país en el que la gente fuese admirada por huir en la batalla, o en el que un hombre se sintiera orgulloso de traicionar a toda la gente que ha sido más bondadosa con él. Lo mismo daría imaginar un país en el que dos y dos sumaran cinco. Los hombres han disentido en cuanto a sobre quiénes ha de recaer nuestra generosidad —la propia familia, o los compatriotas, o todo el mundo—. Pero siempre han estado de acuerdo en que no debería ser uno el primero. El egoísmo nunca ha sido admirado. Los hombres han disentido sobre si se deberían tener una o varias esposas. Pero siempre han estado de acuerdo en que no se debe tomar a cualquier

mujer que se desee.

Pero lo más asombroso es esto: cada vez que se encuentra a un hombre que dice que no cree en lo que está bien o lo que está mal, se verá que este hombre se desdice casi inmediatamente. Puede que no cumpla la promesa que os ha hecho, pero si intentáis romper una promesa que le habéis hecho a él, empezará a quejarse diciendo «no es justo» antes de que os hayáis dado cuenta. Una nación puede decir que los tratados no son importantes, pero a continuación estropeará su argumento diciendo que el tratado en particular que quiere violar era injusto. Pero si los tratados no son importantes, y si no existe tal cosa como lo que está bien y lo que está mal —en otras palabras, si no hay una ley de la naturaleza—, ¿cuál es la diferencia entre un tratado injusto y un tratado justo? ¿No se han delatado demostrando que, digan lo que digan, realmente conocen la ley de la naturaleza como todos los demás?

Parece, entonces, que nos vemos forzados a creer en un auténtico bien y mal. La gente puede a veces equivocarse acerca de ellos, del mismo modo que la gente se ^equivoca haciendo cuentas, pero no son cuestión de simple gusto u opinión, del mismo modo que no lo son las tablas de multiplicar. Bien; si estamos de acuerdo en esto, pasaré a mi siguiente punto, que es éste: ninguno de nosotros guarda realmente la ley de la naturaleza. Si hay alguna excepción entre vosotros me disculpo. Será mucho mejor que leáis otro libro, ya que nada de lo que voy a decir os concierne. Y ahora, me dirigiré a los demás seres humanos que quedan:

Espero que no interpretéis mal lo que voy a decir. No estoy predicando, y Dios sabe que no pretendo ser mejor que los demás. Sólo intento llamar la atención respecto a un hecho: el hecho de que este año, o este mes, o, más probablemente, este mismo día, hemos dejado de practicar la clase de comportamiento que esperamos de los demás. Puede que tengamos toda clase de excusas. Aquella vez que fuiste tan injusto con los niños era porque estabas muy cansado. Aquel asunto de dinero ligeramente turbio —el que casi habías olvidado— ocurrió cuando estabas en apuros económicos. Y lo que prometiste hacer por el viejo Fulano de Tal y nunca hiciste… bueno, no lo habrías prometido si hubieras sabido lo terriblemente ocupado que ibas a estar. Y en cuanto a tu comportamiento con tu mujer (o tu marido), o tu hermano (o hermana), si yo supiera lo irritantes que pueden llegar a ser, no me extrañaría… ¿Y quién diablos soy yo, después de todo? Yo soy igual. Es decir, yo no consigo cumplir muy bien con la ley de la naturaleza, y en el momento en que alguien me dice que no la estoy cumpliendo empieza a fraguarse en mi mente una lista de excusas tan larga como mi brazo. La cuestión ahora no es si las excusas son buenas. El hecho es que son una prueba más de cuán profundamente, nos guste o no, creemos en la ley de la naturaleza. Si no creemos en un comportamiento decente, ¿por qué íbamos a estar tan ansiosos de excusarnos por no habernos comportado decentemente? La verdad es que creemos tanto en la decencia —tanto sentimos la ley de la naturaleza presionando

sobre nosotros— que no podemos soportar enfrentarnos con el hecho de transgredirla, y en consecuencia intentamos evadir la responsabilidad. Porque os daréis cuenta de que es sólo para nuestro mal comportamiento para los que intentamos buscar tantas explicaciones. Es sólo nuestro mal carácter lo que atribuimos al hecho de sentirnos cansados, o preocupados, o hambrientos; nuestro buen carácter lo atribuimos a nosotros mismos.

Estos, pues, son los dos puntos que quería tratar. Primero, que los seres humanos del mundo entero tienen esta curiosa idea de que deberían comportarse de una cierta manera, y no pueden librarse de ella. Segundo, que de hecho no se comportan de esa manera. Conocen la ley de la naturaleza, y la infringen. Estos dos hechos son el fundamento de todas las ideas claras acerca de nosotros mismos y del universo en que vivimos.

2. Algunas objeciones

Si esos hechos son el fundamento, será mejor que me detenga a consolidar esos cimientos antes de seguir adelante. Algunas de las cartas que he recibido demuestran que mucha gente encuentra difícil de comprender qué es exactamente esa ley de la naturaleza, o ley moral, o regla del comportamiento decente.

Por ejemplo, algunas personas me han escrito diciendo: «¿No es lo que usted llama la ley moral sencillamente nuestro instinto gregario y no se ha desarrollado del mismo modo que los demás instintos?» Bien; yo no niego que podamos tener un instinto gregario, pero eso no es lo que yo entiendo por ley moral. Todos sabemos lo que se siente al ser impulsados por el instinto: por el amor maternal, o el instinto sexual, o el instinto por la comida. Significa que uno siente una intensa necesidad o deseo de actuar de una cierta manera. Y, por supuesto, es cierto que a veces sentimos justamente esa clase de deseo al querer ayudar a otra persona. Y no hay duda de que ese deseo se debe al instinto gregario. Pero sentir un deseo de ayudar es muy diferente de sentir que uno debería ayudar lo quiera o no. Suponed que oís un grito de socorro de un hombre que se encuentra en peligro. Probablemente sentiréis dos deseos: el de prestar ayuda (debido a vuestro instinto gregario), y el de manteneros a salvo del peligro (debido al instinto de conservación). Pero sentiréis en vuestro interior, además de estos dos impulsos, una tercera cosa que os dice que deberíais seguir el impulso de prestar ayuda y reprimir el impulso de huir. Bien: esta cosa que juzga entre dos instintos, que decide cuál de ellos debe ser alentado, no puede ser ninguno de esos instintos. Sería lo mismo decir que la partitura de música que os indica, en un momento dado, tocar una nota de piano y no otra, es ella misma una de las notas del teclado. La ley moral nos indica qué canción tenemos que tocar; nuestros instintos son simplemente las teclas.

Otra manera de comprender que la ley moral no es sencillamente uno de nuestros instintos es la siguiente: si dos instintos están en conflicto, y no hay nada en la mente de la criatura excepto esos dos instintos, es evidente que ganará el más fuerte de los dos. Pero en esos momentos en que somos más conscientes de la ley moral, ésta normalmente parece decirnos que nos aliemos con el más débil de los dos. Probablemente querréis estar a salvo mucho más de lo que queréis ayudar al hombre que se está ahogando, pero la ley moral os dice que lo ayudéis a pesar de esto. ¿Y no nos dice a menudo que hagamos que el impulso correcto sea más fuerte de lo que naturalmente es? Quiero decir que a menudo sentimos que es nuestro deber estimular el instinto gregario despertando nuestra imaginación o nuestra piedad, etc., para generar estímulos suficientes que nos lleven a hacer lo correcto. Pero está claro que no estamos actuando impulsados por el instinto cuando nos empeñamos en hacer que un instinto sea más fuerte de lo que es. Lo que os dice: «Tu instinto gregario está

dormido. Despiértalo», no puede ser *en sí* el instinto gregario. Aquello que os dice qué nota del piano debéis tocar más fuerte no puede ser en sí esa nota.

He aquí una tercera manera de verlo: si la ley moral fuera uno de nuestros instintos, deberíamos ser capaces de señalar algún impulso particular en nuestro interior que fuera siempre lo que llamamos «bueno»; que siempre estuviera de acuerdo con las reglas del buen comportamiento. Pero no podemos hacerlo. No hay ninguno de nuestros impulsos que la ley moral no pueda en algún momento decirnos que reprimamos y ninguno que no pueda en algún momento decirnos que alentemos. Es un error pensar que algunos de nuestros impulsos —digamos el amor maternal o el patriotismo— son buenos, y otros, como el sexo o el instinto de lucha, son malos. Lo que queremos decir es que las ocasiones en que el instinto de lucha o el deseo sexual necesitan ser reprimidos son bastante más frecuentes que aquellas en las que es necesario restringir el amor maternal o el patriotismo. Pero hay situaciones en las que es el deber de un hombre casado alentar su impulso sexual, y de un soldado alentar su instinto de lucha. Hay también ocasiones en las que el amor de una madre por sus hijos o el de un hombre por su país tienen que ser reprimidos, o conducirán a una injusticia hacia los hijos o los países de los demás. Hablando con propiedad, no hay tal cosa como impulsos malos o impulsos buenos. Pensad otra vez en un piano. No tiene dos clases de notas, las «correctas» y las «equivocadas». Cada una de las notas es correcta en un momento dado y equivocada en otro. La ley moral no es un instinto ni un conjunto de instintos: es algo que compone una especie de melodía (la melodía que llamamos bondad o conducta adecuada) dirigiendo los instintos.

Por cierto, este punto es de una gran aplicación práctica. Lo más peligroso que podéis hacer es tomar cualquier impulso de vuestra propia naturaleza y fijarlo como lo que tenéis que seguir a toda costa. No hay uno solo de ellos que no nos convierta en demonios si lo fijamos como guía absoluta. Podríais pensar que el amor hacia la humanidad en general es algo seguro, pero no lo es. Si dejáis fuera la justicia os encontraréis violando acuerdos y falseando pruebas en un juicio «en nombre de la humanidad», y finalmente os convertiréis en hombres crueles y traidores.

Otras personas me han escrito diciendo: «¿No es lo que usted llama la ley moral simplemente una convención social, algo que nos ha sido inculcado por educación?» Creo que en este punto hay un malentendido. La gente que hace esa pregunta suele dar por sentado que si hemos aprendido una cosa de nuestros padres o maestros, tal cosa debe ser sencillamente una convención humana. Pero, naturalmente, no es así. Todos hemos aprendido las tablas de multiplicar en el colegio. Un niño que hubiera crecido solo en una isla desierta no las sabría. Pero ciertamente no se sigue de esto que las tablas de multiplicar sean sólo una convención humana, algo que los seres humanos han inventado para sí mismos y podrían haber hecho diferentes si lo hubieran querido. Estoy completamente de acuerdo en que aprendemos las reglas del

comportamiento decente de los padres y maestros, los amigos y los libros, del mismo modo que aprendemos todo lo demás. Pero algunas de las cosas que aprendemos son meras convenciones que podrían haber sido diferentes —aprendemos a mantenernos en el lado derecho de la carretera, pero igualmente la regla podía haber sido que nos mantuviésemos a la izquierda— y otras de ellas, como las matemáticas, son verdades auténticas. La cuestión es a qué clase pertenece la ley de la naturaleza humana.

Hay dos razones para decir que pertenece a la misma clase que las matemáticas. La primera es, como dije en el primer capítulo, que aunque hay diferencias entre las ideas morales de una época o país y las de otro, las diferencias no son realmente muy grandes —no tan grandes como la mayoría de la gente se imagina— y puede reconocerse la misma ley presente en todas, mientras que las meras convenciones, como las normas de la carretera o la clase de ropa que viste la gente, pueden variar hasta cierto punto. La otra razón es ésta: cuando pensáis en estas diferencias entre la moral de un pueblo y la de otro, ¿pensáis que la moral de un pueblo es mejor que la de otro? ¿Algunos de los cambios han sido mejoras? Si no, naturalmente, no podría haber habido ningún progreso moral. El progreso no sólo significa cambiar, sino cambiar para mejor. Si ningún conjunto de ideas morales fuera más verdadero o mejor que otro, no tendría sentido preferir la moral civilizada a la moral salvaje, o la moral cristiana a la moral nazi. De hecho, por supuesto, todos creemos que algunas morales son mejores que otras. Creemos que algunas de las personas que intentaron cambiar las ideas morales de su época eran lo que llamamos reformadores o pioneros, personas que comprendían la moralidad mejor que sus vecinos. Pues bien. En el momento en que decís que un conjunto de ideas morales puede ser mejor que otro estáis, de hecho, midiendo a ambos por una norma; estáis diciendo que uno de ellos se ajusta más a esa norma que el otro. Pero la norma que mide dos cosas es diferente de esas dos cosas. Estáis, de hecho, comparando a ambos con una Moral Auténtica, admitiendo que existe algo como el auténtico bien, independientemente de lo que piense la gente, y que las ideas de algunas personas se acercan más a ese auténtico bien que otras. O pongámoslo de esta manera: si vuestras ideas morales pueden ser más verdaderas, y las de los nazis menos verdaderas, debe de haber algo —alguna Moral Auténtica—, que haga que las primeras sean verdad. La razón por la que vuestra idea de Nueva York puede ser más verdadera o menos verdadera que la mía es que Nueva York es un lugar auténtico, que existe aparte de lo que cualquiera de nosotros pueda pensar. Si cuando cualquiera de nosotros dijera «Nueva York» simplemente quisiera decir «la ciudad que estoy imaginando en mi cabeza», ¿cómo podría uno de nosotros tener ideas más verdaderas que el otro? No habría cuestión de verdad o falsedad en absoluto. Del mismo modo, si la regla del comportamiento decente significara simplemente «lo que a cada uno le dé por aprobar», no tendría sentido decir que un país habría estado más acertado en su aprobación que cualquier

otro; no tendría sentido decir que el mundo podría volverse progresivamente mejor o progresivamente peor.

Llego por tanto a la conclusión de que, aunque las diferencias entre las ideas de la gente acerca del comportamiento correcto a menudo nos hacen sospechar que no hay una auténtica ley de comportamiento en absoluto, lo que podemos pensar acerca de estas diferencias realmente prueban lo contrario. Pero, una palabra antes de terminar. He conocido a gente que exagera las diferencias porque no ha hecho una distinción entre diferencias de creencia y hechos. Por ejemplo, un hombre me dijo: «Hace trescientos años había gente en Inglaterra que quemaba a las brujas. ¿Es eso lo que usted llama la regla de la naturaleza humana o el comportamiento correcto?» Pero no hay duda de que si no ejecutamos a las brujas es porque no creemos que las brujas existan. Si lo creyéramos —si realmente creyéramos que hay gente por ahí que se había vendido al demonio y recibido poderes sobrenaturales a cambio, y estuvieran utilizando estos poderes para matar a sus vecinos o volverles locos o provocar el mal tiempo—, no dudo de que estaríamos todos de acuerdo en que si alguien merecía la pena de muerte eran estos traidores repugnantes. Aquí no hay diferencia de principio moral; la diferencia es simplemente un asunto de hecho. Puede que sea un gran progreso en nuestro conocimiento no creer en las brujas, pero no hay progreso moral en el hecho de no ejecutarlas cuando no se cree que existan. No llamaríamos a un hombre considerado con los animales por dejar de poner trampas para ratones, si lo hiciera porque no creyese que hubiera ratones en la casa.

3. La realidad de la ley

Vuelvo ahora a lo que dije al final del primer capítulo acerca de que había dos cosas extrañas en la raza humana. La primera es que estaba obsesionada por la idea de una clase de comportamiento que debería practicar, lo que podríamos llamar juego limpio, o decencia, o moralidad, o la ley de la naturaleza humana. La segunda, que de hecho no lo hacía. Algunos de vosotros os preguntaréis por qué digo que es extraño esto. Puede que a vosotros os parezca lo más natural del mundo. Especialmente puede que hayáis pensado que soy bastante duro con la raza humana. Después de todo, podéis decir, lo que yo llamo quebrantar la ley de lo que está bien y lo que está mal, o la ley de la naturaleza, sólo significa que la gente no es perfecta. ¿Y por qué iba a esperar que lo fuera? Esa sería una buena respuesta si estuviese intentando fijar la cantidad exacta de culpa que tenemos por no comportarnos como esperamos que se comporten los demás. Pero eso no me compete en absoluto. Por el momento la culpa no me concierne; lo que intento averiguar es la verdad. Y desde ese punto de vista, la sola idea de algo como imperfecto, de algo que no es como debería ser, tiene ciertas consecuencias.

Si se toma algo como un árbol o una piedra, cada uno de ellos es como es, y no parece tener sentido decir que debería haber sido de otra manera. Naturalmente puede decirse que una piedra tiene «la forma equivocada» si quiere utilizársela para un jardín de rocas, o que un árbol es malo porque no nos da tanta sombra como esperamos. Pero lo único que queréis decir con esto es que la piedra o el árbol no resulta conveniente para vuestro interés particular. No les echáis, excepto en broma, la culpa por eso. En realidad sabéis que, dado el clima y el suelo, el árbol no podía haber sido diferente. Lo que nosotros, desde nuestro punto de vista, llamamos un «árbol malo» está obedeciendo las leyes de la naturaleza tanto como un árbol bueno.

Bien, ¿os habéis dado cuenta de lo que se sigue de esto? Se sigue que lo que nosotros llamamos las leyes de la naturaleza —el modo en que el clima actúa sobre un árbol, por ejemplo— pueden no ser realmente *leyes* en el estricto sentido de la palabra, sino sólo en un sentido figurativo. Cuando decís que las piedras que caen siempre obedecen a la ley de la gravedad, ¿no es esto tanto como decir que la ley sólo significa «lo que siempre hacen las piedras»? No pensáis en realidad que cuando se suelta una piedra, ésta recuerda súbitamente que tiene órdenes de caer al suelo. Sólo queréis decir que, de hecho, *cae*. En oirás palabras, no podéis estar seguros de que haya algo por encima de los hechos en sí, una ley acerca de lo que debería ocurrir, diferente de lo que de hecho ocurre. Las leyes de la naturaleza, tal como se las aplica a las piedras o a los árboles, podrían significar solamente «lo que la naturaleza, de hecho, hace». Pero si os fijáis en la ley de la naturaleza humana, o ley del comportamiento decente, la cosa cambia. Esa ley no significa, ciertamente, «lo que

los seres humanos, de hecho, hacen», porque como he dicho antes, muchos de ellos no obedecen esa ley en absoluto, y ninguno de ellos la obedece completamente. La ley de la gravedad os dice lo que hacen las piedras si las dejáis caer, pero la ley de la naturaleza humana os dice lo que los seres humanos deberían hacer y no hacen. En otras palabras, cuando se trata de seres humanos, algo más entra en juego que está más allá y por encima de los hechos en sí. Tenéis los hechos (cómo se comportan los hombres) y también tenéis algo más (cómo deberían comportarse). En el resto del universo no es necesario que haya otra cosa salvo los hechos. Los electrones y las moléculas se comportan de una cierta manera, y de ahí se siguen ciertos resultados, y puede que esa sea toda la historia[2]. Pero los hombres se comportan de una cierta manera, y esa no es toda la historia, ya que en todo momento se sabe que deberían comportarse de manera diferente.

Pues bien, esto es en realidad tan peculiar que uno se siente tentado de explicarlo. Por ejemplo, podríamos intentar fingir que, cuando decís que un hombre no debería comportarse como lo hace, sólo queréis dar a entender lo mismo que cuando decís que una piedra tiene la forma equivocada; es decir, que lo que el hombre está haciendo resulta ser inconveniente para vosotros. Pero eso, sencillamente, no es verdad. Un hombre que ocupa el asiento de la esquina en el tren porque él llegó primero, y un hombre que se coló en el asiento cuando yo no estaba mirando y quitó de allí mi maleta son los dos igualmente inconvenientes. Pero al segundo hombre le echo la culpa y al primero no. No me enfado —tal vez quizá por un momento, antes de entrar en razón— cuando un hombre me hace tropezar accidentalmente; me enfado con un hombre que intenta ponerme una zancadilla incluso si no lo consigue. Sin embargo, el primero me ha hecho daño y el segundo no. A veces el comportamiento que yo llamo malo no me resulta inconveniente en absoluto, sino todo lo contrario. En la guerra, cada lado puede encontrar que un traidor al otro lado le resulta muy útil. Pero aunque lo utilizan y le pagan, lo consideran un gusano. Así que no podéis decir que lo que llamamos comportamiento decente en los demás es simplemente el comportamiento que nos resulta útil a nosotros. Y en cuanto al comportamiento decente en nosotros mismos, supongo que es bastante evidente que no significa el comportamiento que compensa. Significa cosas como estar satisfecho con treinta chelines cuando podríais haber conseguido tres libras, estudiar honestamente cuando hubiera sido más fácil copiar, dejar a una chica en paz cuando os habría gustado hacer el amor con ella, permanecer en lugares peligrosos cuando podríais haber ido a un sitio más seguro, guardar promesas que habríais preferido no guardar y decir la verdad aunque esto os haga quedar en ridículo.

Algunas personas dicen que aunque el comportamiento humano decente no significa lo que le compensa a una persona en particular en un momento en particular, sí significa lo que le compensa a la raza humana como un todo, y que en

consecuencia no hay en ello ningún misterio. Después de todo, los seres humanos son bastante sensatos; se dan cuenta de que no se puede tener felicidad o seguridad auténticas excepto en una sociedad en la que todo el mundo juega limpio, y es porque se dan cuenta de esto por lo que intentan comportarse decentemente. Naturalmente es muy cierto que la seguridad y la felicidad sólo pueden provenir de que los individuos, las clases y los países sean honestos, justos y sinceros los unos con los otros. Esta es una de las verdades más importantes del mundo. Pero como explicación de por qué nos sentimos como nos sentimos acerca de lo que está bien y lo que está mal se queda corta. Si preguntamos: «¿Por qué debería ser generoso?» y alguien contesta: «Porque es bueno para la sociedad», podemos entonces preguntar a nuestra vez: «¿Por iba a importarme lo que es bueno para la sociedad salvo cuando resulta compensarme a *mí* personalmente?» Entonces tendrán que responder: «Porque deberías ser generoso», lo que nos lleva nuevamente adonde empezamos. Estáis diciendo lo que es verdad, pero no estáis haciendo ningún progreso. Si un hombre os preguntara para qué sirve jugar al fútbol, no serviría de mucho decirle: «Para marcar goles», ya que intentar marcar goles es el juego mismo, no la razón del juego, y en realidad sólo estaríais diciendo que el fútbol es el fútbol…, lo que es verdad, pero no vale la pena decirlo. Del mismo modo, si un hombre pregunta de qué sirve comportarse decentemente, es inútil contestarle «para beneficiar a la sociedad», ya que intentar beneficiar a la sociedad, en otras palabras, ser generoso (pues la sociedad, después de todo, significa «los demás»), es una de las cosas en las que consiste el comportamiento decente; lo único que estáis diciendo en realidad es que el comportamiento decente es el comportamiento decente. Habríais dicho lo mismo si os hubierais quedado en la frase «los hombres deberían ser generosos».

Y es ahí donde me detengo. Los hombres deberían ser generosos, deberían ser justos. No digo que los hombres son generosos, ni que les gusta ser generosos, sino que deberían serlo. La ley moral, o ley de la naturaleza humana, no es simplemente un hecho acerca del comportamiento humano del mismo modo que la ley de la gravedad es, o puede ser, simplemente un hecho acerca de cómo se comportan los objetos pesados. Por otro lado, no es una mera fantasía, ya que no podemos librarnos de la idea, y la mayoría de las cosas que pensamos y decimos acerca de los hombres quedarían reducidas a un sinsentido si lo hiciéramos. Y no es simplemente una manifestación de cómo nos gustaría que los hombres se comportasen para nuestra propia conveniencia, ya que el comportamiento que llamamos malo o injusto no es exactamente el mismo que el comportamiento que nos parece inconveniente, e incluso puede ser el opuesto. En consecuencia, esta norma de lo que está bien y lo que está mal, o ley de la naturaleza humana, o como quiera llamársela, debe, de uno u otro modo, ser algo auténtico… algo que está realmente ahí, y que no ha sido inventado por nosotros. Y sin embargo no es un hecho en el sentido corriente de la

palabra, no del mismo modo que nuestro comportamiento real es un hecho. Casi parece que tendremos que admitir que hay más de una clase de realidad; que, en este caso en particular, hay algo que está más allá y por encima de los hechos ordinarios del comportamiento humano, y que sin embargo es definitivamente real: una ley real, que ninguno de nosotros ha formulado, pero que encontramos que nos presiona.

4. Lo que yace detrás de la ley

Hagamos un resumen de lo que hemos alcanzado hasta ahora. En el caso de las piedras y los árboles y cosas de esa clase puede que lo que llamamos las leyes de la naturaleza no sea otra cosa que una manera de hablar. Cuando decimos que la naturaleza está regida por ciertas leyes esto puede solamente querer decir que la naturaleza, de hecho, se comporta de cierta manera. Las llamadas leyes pueden no ser nada real —nada por encima y más allá de los hechos que observamos—. Pero en el caso del hombre vimos que esto no es así. La ley de la naturaleza humana, o de lo que está bien y lo que está mal, puede ser algo por encima y más allá de los hechos en sí del comportamiento humano. En este caso, además de los hechos en sí, tenemos algo más: una ley real, que nosotros no inventamos y que sabemos que deberíamos obedecer.

Quiero ahora considerar lo que esto nos dice acerca del universo en que vivimos. Desde que los hombres fueron capaces de pensar han estado preguntándose qué es en realidad este universo y cómo ha llegado a estar donde está. Y, en términos muy generales, se han sostenido dos puntos de vista. Primero está lo que llamamos el punto de vista materialista. La gente que sostiene este punto de vista piensa que la materia y el espacio sencillamente existen, y siempre han existido, sin que nadie sepa por qué, y que la materia, comportándose de ciertas maneras fijas, ha dado en producir, por una suerte de rareza, criaturas como nosotros, que somos capaces de pensar. Por una posibilidad entre un millón algo chocó contra nuestro sol e hizo que produjese los planetas, y por otra posibilidad entre un millón los compuestos químicos y la temperatura necesarios para la vida se dieron en uno de esos planetas, y así, parte de la materia de esta tierra cobró vida, y luego, por una larga serie de coincidencias, las criaturas vivientes se convirtieron en seres como nosotros. El otro punto de vista es el religioso. Según éste, lo que está detrás del universo se parece más á una mente que a cualquier otra cosa que conozcamos. Es decir, es consciente, y tiene fines, y prefiere una cosa a otra. Y con esta intención hizo el universo, en parte con propósitos que desconocemos pero, en todo caso, para producir criaturas semejante a El. Y cuando digo semejante a El me refiero a que tengan mente. Por favor, no penséis que una de estas ideas fue sostenida hace mucho tiempo y que la otra fue tomando gradualmente su lugar. Allí donde había gente pensante aparecen ambas ideas. Y fijaos también en esto: no es posible averiguar cuál de las dos ideas es correcta sólo con la ayuda de la ciencia en el sentido ordinario de la palabra. La ciencia funciona a base ele experimentos. Observa cómo se comportan las cosas. Toda afirmación científica, a la larga, por complicada que sea, significa algo como «Apunté el telescopio a cierta parte del cielo a las 2.20 A.M. del día 15 de enero y vi tal cosa», o: «Puse un poco de esto en un matraz, lo calenté hasta llegar a tal

temperatura e hizo esto y aquello.» No penséis que estoy diciendo nada en contra de la ciencia: sólo estoy diciendo cuál es su cometido. Y cuanto más científico es un hombre, más (en mi opinión) estaría de acuerdo conmigo en que ésta es la misión de la ciencia… una misión por lo demás muy útil y necesaria. Pero la razón de por qué las cosas están donde están, y de si hay algo detrás de las cosas que observa la ciencia —algo de una clase diferente— esto no es cuestión científica. Si hay Algo Detrás, entonces, o tendrá que permanecer del todo desconocido para los hombres o si no hacerse conocer de un modo diferente. La afirmación de que existe tal cosa, o la afirmación de que tal no existe no son afirmaciones que la ciencia pueda hacer. Y los auténticos científicos no suelen hacerlas. Suelen ser los periodistas o los novelistas populares, que han recogido unos cuantos fragmentos de ciencia a medio cocer de los libros de texto, los que prefieren hacerlas. Después de todo, en realidad es un asunto de sentido común. Supongamos que la ciencia se tornase completa, de modo que conociera todas las cosas del universo, ¿no es evidente que las preguntas, «¿Por qué hay un universo?, «¿Por qué funciona como funciona?» o «¿Tiene significado?» seguirían sin ser contestadas?

La posición sería desesperada si no fuese por esto: hay una cosa, y solo una, en todo el universo de la que sabemos más de lo que podemos aprender por medio de la observación externa. Esta cosa es el hombre. No solamente observamos al hombre: *somos* hombres. En este caso tenemos, por así decirlo, información confidencial: estamos en el secreto. Y a causa de esto sabemos que los hombres se encuentran bajo una ley moral que ellos no hicieron, que no pueden olvidar incluso si lo intentan y que saben que deben obedecer. Fijaos en el siguiente punto: cualquiera que estudiase al hombre desde fuera como nosotros estudiamos la electricidad o las coles, sin conocer nuestro lenguaje y en consecuencia incapaz de obtener información confidencial sobre nosotros, jamás obtendría la más mínima evidencia de que tenemos esta ley moral. ¿Cómo podría? Puesto que sus observaciones sólo demostrarían lo que hacemos, y la ley moral trata de lo que debemos hacer. Del mismo modo, si hubiera cualquier cosa por encima y más allá de los hechos observados en el caso de las piedras o del clima, nosotros, estudiándolos desde fuera, jamás podríamos esperar descubrirlo.

La posición de la pregunta es, por lo tanto, ésta: queremos saber si el universo sencillamente es lo que es sin ninguna razón, o si hay algún poder detrás de él que lo hace ser lo que es. Dado que ese poder, si existe, no sería uno de los hechos observados sino una realidad que los hace, ninguna mera observación de los hechos puede descubrirlo. Hay sólo un caso en el que podemos saber si hay algo más, y ese caso es el nuestro, y en ese caso encontramos que ese poder existe. O digámoslo al revés: si hay un poder controlador fuera del universo, no podría mostrársenos como uno de los hechos dentro del universo… del mismo modo que el arquitecto de una

casa no podría ser una pared o una escalera o una chimenea de esa casa. El único modo en que podríamos esperar que se nos mostrase sería dentro de nosotros mismos como una influencia o una orden intentando que nos comportásemos de una cierta manera. Y eso es justamente lo que encontramos dentro de nosotros. ¿Y no debería esto despertar nuestras sospechas? En el único caso en el que se podría esperar obtener una respuesta, la respuestas resulta ser sí, y en los otros casos en los que no se obtiene una respuesta se ve por qué no se obtiene. Supongamos que alguien me pregunta, cuando veo un hombre de uniforme azul que va por la calle dejando pequeños paquetitos blancos en cada casa, ¿por qué supongo que estos contienen cartas? Yo debería responder: «Porque cada vez que deja un paquetito similar en mi casa compruebo que contiene una carta.» Y si esa persona entonces objetase: «Pero nunca has visto esas cartas que reciben los demás», yo diría: «Claro que no, y no espero hacerlo, porque no están dirigidas a mí. Explico los paquetitos que no se me permite abrir por medio de los paquetitos que sí se me permite abrir.» Lo mismo ocurre con esta pregunta. El único paquete que se me permite abrir es el hombre. Cuando lo hago, especialmente cuando abro ese paquete en particular que llamo yo mismo, encuentro que no existo solo, que estoy bajo una ley, que algo o alguien quiere que me comporte de una cierta manera. No creo, por supuesto, que si pudiera meterme dentro de una piedra o un árbol descubriría exactamente la misma cosa, del mismo modo que no creo que todas las demás gentes de la calle reciban la misma carta que yo. Esperaría, por ejemplo, descubrir que la piedra tiene que obedecer la ley de la gravedad… que mientras que el remitente de la carta simplemente me dice que obedezca la ley de mi naturaleza humana, El compele a la piedra a que obedezca las leyes de su naturaleza de piedra. Pero esperaría encontrar que había, por así decirlo, un remitente de las cartas en ambos casos, un Poder detrás de los hechos, un Director, un Guía.

No penséis que voy más deprisa de lo que en realidad lo hago. No estoy ni siquiera a mil kilómetros del Dios de la teología cristiana. Lo único que tengo es Algo que dirige el universo, y que aparece en mí como una ley que me urge a hacer el bien y me hace sentirme responsable e incómodo cuando hago el mal. Creo que tenemos que asumir que esto se parece más a una mente que a cualquier otra cosa que conozcamos… porque después de todo, la única otra cosa que conocemos es la materia, y es apenas imaginable que un fragmento de materia dé instrucciones. Pero, naturalmente, no es necesario que se parezca mucho a una mente, y aún menos a una persona. En el próximo capítulo veremos si podemos averiguar algo más acerca de ella. Pero una palabra de advertencia: se han dicho muchas cosas aduladoras acerca de Dios en los últimos cien años. Eso no es lo que yo ofrezco. Eso puede suprimirse.

Nota.— Con el objeto de que esta sección fuese lo más breve posible cuando fue emitida por la radio, sólo mencioné el punto de vista materialista y el punto de vista

religioso. Pero para ser completo debería mencionar el punto de vista intermedio llamado la filosofía de la fuerza vital, o evolución creativa, o evolución emergente. Las exposiciones más agudas acerca de esto aparecen en las obras de George Bernard Shaw, pero las más profundas aparecen en las de Bergson. La gente que sostiene este punto de vista dice que las pequeñas variaciones por las cuales la vida en estas tierra «evolucionó» de las formas más simples hasta el hombre no se debían al azar sino al «esfuerzo» o el «propósito» de una fuerza vital. Cuando la gente dice esto deberíamos preguntarle si por fuerza vital quieren decir algo que tiene mente o que no la tiene. Si la tiene, entonces «una mente que trae la vida a la existencia y la conduce a la perfección» es realmente Dios, y su punto de vista es por lo tanto idéntico al punto de vista religioso. Si no la tiene, ¿qué sentido tiene decir que algo que no tiene mente se «esfuerza» o tiene un «propósito»? Esto me parece fatal para su punto de vista. Una de las razones por las que la gente encuentra tan atractiva la idea de la evolución creativa es que le da uno gran parte del consuelo emocional de creer en Dios y lo exime de las consecuencias menos agradables. Cuando os sentís bien y brilla el sol y no queréis creer que todo el universo es una simple danza mecánica de átomos, es agradable poder pensar en esta gran fuerza misteriosa que se despliega a lo largo de los siglos y que os transporta en la cresta de la ola. Si, por otro lado, queréis hacer algo que no está muy bien, la fuerza vital, ya que es una fuerza ciega, sin moral y sin mente, jamás interferirá con vosotros como ese molesto Dios acerca del cual nos enseñaron cuando éramos pequeños. La fuerza vital es una especie de Dios domesticado. Podéis ponerlo en funcionamiento cuando queráis, pero no os molestará. Todas las emociones de la religión y ningún precio que pagar por ellas. ¿No es la fuerza vital el mayor logro de creencia deseada que el mundo ha visto hasta la fecha?

5. Tenemos un motivo para estar inquietos

Terminé mi último capítulo con la idea de que en la ley moral alguien o algo desde más allá del universo material estaba de hecho comunicándose con nosotros. Y supongo que cuando llegué a ese punto algunos de vosotros sentisteis cierta irritación. Incluso habréis podido pensar que os estaba tendiendo una especie de trampa… que había estado envolviendo cuidadosamente para que pareciese filosofía lo que resulta ser una «charla religiosa» más. Puede que hayáis pensado que estabais dispuestos a escucharme mientras creyerais que tenía algo nuevo que decir, pero si resulta ser sólo religión… bueno, el mundo es así y vosotros no podéis dar marcha atrás al reloj. Si alguien opina de esa manera me gustaría decirle tres cosas.

Primero, en lo que respecta a dar marcha atrás al reloj. ¿Pensaríais que estoy bromeando si dijera que podéis dar marcha atrás al reloj, y que si el reloj estuviera equivocado a menudo esto es algo muy sensato? Pero preferiría apartarme de esa idea de los relojes. A todos nos gusta el progreso. Pero el progreso significa acercarse más al lugar donde se quiere estar. Y si os habéis desviado del camino, avanzar hacia adelante no os acercará más a él. Si estáis en el camino equivocado, el progreso significa dar un giro de ciento ochenta grados y volver al camino correcto, y en este caso, el hombre que se vuelve antes es el hombre más progresista. Todos hemos visto esto cuando hacemos cuentas. Cuando he empezado a hacer una cuenta y me he equivocado, cuanto antes admita esto y empiece de nuevo antes voy a progresar. No hay nada de progresista en ser testarudo y negarse a admitir un error. Y creo que si observáis el estado actual del mundo es bastante evidente que la humanidad ha estado cometiendo un gran error. Estamos en el camino equivocado. Y si eso es así, debemos volver atrás. Volver atrás es la manera más rápida de seguir adelante.

En segundo lugar, esto no se ha convertido todavía exactamente en una charla religiosa. No hemos llegado aún al Dios de ninguna religión en sí, y aún menos al Dios de esa religión en particular llamada cristianismo. Hemos llegado solamente hasta un Algo o un Alguien que se encuentra detrás de la ley moral. No estamos sacando nada de la Biblia o de las Iglesias; estamos intentando ver qué podemos averiguar acerca de ese Alguien por nuestra propia cuenta. Y quiero dejar claro que lo que averiguamos acerca de ese Alguien es algo que nos deja sin aliento. Tenemos dos pequeñas pruebas acerca de ese Alguien. Una de ellas es el universo que ha creado. Si utilizáramos eso como nuestro único dato creo que tendríamos que llegar a la conclusión de que es un gran Artista (ya que el universo es un lugar muy bello), pero también de que es bastante despiadado y un enemigo del hombre (ya que el universo es un lugar peligroso y aterrador). El otro indicio de evidencia es esa ley moral que El ha puesto en nuestras mentes. Y ésta es una evidencia mejor que la otra, porque es información confidencial. Se descubre más acerca de Dios a través de la ley moral

que a través del universo en general, del mismo modo que se descubre más acerca de un hombre escuchando su conversación que mirando la casa que ha construido. A partir de esta segunda evidencia llegamos a la conclusión de que el universo está intensamente interesado en una conducta correcta… en el juego limpio, la generosidad, el valor, la buena fe, la honestidad y la sinceridad. En ese sentido deberíamos estar de acuerdo con lo que dicen el cristianismo y otras religiones de que Dios es «bueno». Pero no vayamos aquí demasiado deprisa. La ley moral no nos da ninguna base para pensar que Dios es «bueno» en el sentido de que es indulgente, o blando o simpático. No hay duda indulgente acerca de la ley moral. Es dura como un pedernal. Os dice que hagáis lo correcto y no parece importarle lo doloroso, lo peligroso o lo difícil que resulte esto. Si Dios es como la ley moral, entonces no es blando. No sirve de nada decir en este punto que a lo que os referís cuando habláis de un Dios «bueno» es a un Dios que puede perdonar. Estáis yendo demasiado deprisa. Sólo una Persona puede perdonar. Y aún no hemos llegado a hablar de un Dios personal… sólo hemos llegado a hablar de un poder, detrás de la ley moral, y más parecido a una mente que a cualquier otra cosa. Pero aún puede ser muy diferente a una Persona. Si es una mente puramente impersonal, puede que no tenga sentido pedirle que haga excepciones con vosotros o que os exima, del mismo modo que no tiene sentido pedirle a la tabla de multiplicar que os exima cuando hacéis mal vuestras cuentas. Es inevitable que saquéis un resultado equivocado. Y tampoco sirve de nada decir que si hay un Dios de esa clase —una bondad impersonal absoluta— entonces no os gusta y no vais a hacerle ningún caso. Ya que el problema es que una parte de vosotros está de Su parte y en realidad está de acuerdo con su desaprobación de la avaricia, la trampa y la explotación humanas. Puede que queráis que haga una excepción en vuestro caso, que os perdone por esta vez, pero sabéis en el fondo de vuestro corazón que a menos que el Poder que hay detrás del mundo realmente e inalterablemente deteste esa clase de comportamiento, Este no puede ser bueno. Por otro lado, sabemos que si de verdad existe una bondad absoluta ésta debe detestar la mayoría de las cosas que hacemos. Ese es el terrible dilema en el que nos hallamos. Si el universo no está gobernado por una bondad absoluta todos nuestros esfuerzos, a la larga, son inútiles. Pero si lo está, entonces nos estamos enemistando todos los días con esa bondad, y no es nada probable que mañana lo hagamos mejor, de modo que, nuevamente, nuestro caso es desesperado. No podemos estar sin ella ni podemos estar con ella. Dios es el único consuelo; también es el supremo terror, lo que más necesitamos y aquello de lo que más queremos escondernos. Es nuestro único aliado posible, y nos hemos convertido en sus enemigos. Algunas personas hablan como si encontrarse con la mirada de la bondad absoluta fuera divertido. Tienen que volver a pensárselo. Aún siguen solamente jugando con la religión. La bondad es o la gran seguridad o el gran peligro, según el modo en que reaccionéis ante ella. Y nosotros

hemos reaccionado mal.

Y he aquí mi tercer argumento: cuando preferí llegar a mi verdadero tema dando este rodeo no estaba intentando tenderos una trampa. Tenía una razón distinta. Mi razón es que el cristianismo sencillamente no tiene sentido hasta que no os enfrentéis con la clase de hechos que he estado describiendo. El cristianismo le dice a la gente que se arrepienta y les promete perdón. Por lo tanto no tiene, que yo sepa, nada que decir a aquellos que no saben que han hecho algo por lo que deban arrepentirse y que no piensan que necesitan perdón. Es después de que os habéis dado cuenta de que hay una verdadera ley moral, y un Poder detrás de esa ley, y que habéis infringido esa ley y os habéis puesto a mal con ese Poder… es después de todo esto, y no antes, cuando el cristianismo empieza a hablar. Cuando sabéis que estáis enfermos le haréis caso al médico. Cuando os hayáis dado cuenta de que nuestra posición es casi desesperada empezaréis a comprender de qué os habla el cristianismo. Los cristianos ofrecen una explicación de cómo hemos llegado a nuestro estado actual de odiar la bondad en vez de amarla. Ofrecen una explicación de cómo Dios puede ser una mente impersonal detrás de la ley moral y al mismo tiempo Persona. Os dice cómo las exigencias de esta ley, que ni vosotros ni yo podemos satisfacer, han sido satisfechas en nuestro nombre; cómo Dios mismo se hace hombre para salvar al hombre de la desaprobación de Dios. Es también una vieja historia, y si queréis profundizar en ella tendréis sin duda que consultar con personas que tienen más autoridad que yo para hablar del asunto. Lo único que yo hago es pedirle a la gente que se enfrente a los hechos… que comprendan las preguntas que el cristianismo pretende contestar. Y estos son hechos aterradores. Me gustaría poder decir algo más agradable. Pero debo decir lo que creo que es verdad. Naturalmente que estoy de acuerdo en que la religión cristiana es, a la larga, indeciblemente consoladora. Pero no empieza con consuelo: empieza con el desaliento que he estado describiendo, y no sirve de nada pasar al consuelo sin haber pasado antes por el desaliento. En la religión, como en la guerra y todo lo demás, el consuelo es lo único que no se puede obtener buscándolo. Si buscáis la verdad, puede que encontréis el consuelo al final. Si buscáis el consuelo no obtendréis ni el consuelo ni la verdad… sólo palabrería y creencias deseadas para empezar y, al final, desconsuelo. La mayoría de nosotros se ha sobrepuesto a las creencias deseadas de la preguerra sobre política internacional. Ya es hora de que hagamos lo mismo con la religión.

LIBRO II: LO QUE CREEN LOS CRISTIANOS

1. Las concepciones rivales de Dios

Se me ha pedido que os hable de lo que creen los cristianos y empezaré por deciros una de las cosas en la que los cristianos no necesitan creer. Si sois cristianos no tenéis por qué creer que todas las demás religiones están simple y totalmente equivocadas. Si sois ateos debéis creer que lo más importante de todas las religiones del mundo es sencillamente un tremendo error. Si sois cristianos, sois libres de pensar que todas estas religiones, incluso las más extrañas, contienen al menos un indicio de verdad. Cuando yo era ateo tenía que intentar persuadirme a mí mismo de que la mayor parte de la raza humana ha estado siempre equivocada acerca de la cuestión que más le importaba; cuando me hice cristiano pude adoptar un punto de vista más liberal. Pero, naturalmente, ser cristiano significa pensar que allí donde el cristianismo difiere de otras religiones el cristianismo tiene razón y las otras están equivocadas. Como en aritmética, una cuenta sólo tiene un resultado correcto, y todos los demás están equivocados; pero algunos de los resultados equivocados están mucho más cerca de ser el correcto que otros.

La primera gran división de la humanidad ocurre entre la mayoría, que cree en una clase de Dios o dioses, y la minoría, que no cree. En este punto el cristianismo se alinea con la mayoría —con los antiguos griegos y romanos, los salvajes modernos, los estoicos, los platónicos, los hinduistas, los mahometanos, etc.— contra los materialistas modernos de la Europa occidental.

Ahora hablaré de la siguiente gran división. Las personas que creen en Dios pueden dividirse según la clase de Dios en el que creen. Hay dos ideas muy diferentes acerca de esto. Una de ellas es la idea de que El está más allá del bien y del mal. Nosotros los seres humanos llamamos a una cosa buena y a otra cosa mala. Pero según algunas personas eso es simplemente nuestro punto de vista humano. Estas personas dirían que cuanto más sabio se vuelve uno menos querrá llamar a una cosa buena y a otra mala, y más claramente verá que todo es bueno en ciertos aspectos y malo en otros y que nada podría haber sido diferente. En consecuencia, estas personas creen que mucho antes de que se llegase incluso cerca del punto de vista divino esta distinción habría desaparecido completamente. A un cáncer lo llamamos malo, dirían, porque mata a un hombre; pero con el mismo criterio podríamos llamar malo a un cirujano porque mata a un cáncer. Todo depende del punto de vista. La otra, y opuesta, idea es que Dios es definitivamente bueno o «justo», un Dios que toma partido, que ama el amor y rechaza el odio, que quiere que nos comportemos de una manera y no de otra. El primero de estos puntos de vista —el que piensa que Dios está más allá del bien y del mal— se llama panteísmo. Lo sostenía el filósofo prusiano Hegel y, en cuanto yo puedo entenderlos, los hindúes. El otro punto de vista lo sostienen los judíos, los mahometanos y los cristianos.

Y a esta gran diferencia entre el panteísmo y la idea cristiana de Dios suele acompañarla otra. Los panteístas normalmente creen que Dios, por así decirlo, anima el universo como tú animas tu cuerpo; que el universo casi es Dios, de modo que si éste no existiera Él no existiría tampoco, y que cualquier cosa que se encuentre en el universo es una parte de Dios. La idea cristiana es muy diferente. Los cristianos piensan que Dios inventó y creó el universo del mismo modo que un hombre pinta un cuadro o compone una canción. Un pintor no es su cuadro, y no muere si su cuadro es destruido. Podéis decir: «Ha puesto mucho de sí mismo en él», pero con esto sólo queréis decir que toda la belleza y el interés del cuadro ha salido de su cabeza. La habilidad del pintor no está en el cuadro del mismo modo que está en su cabeza, o incluso en sus manos. Espero que os deis cuenta de cómo esta diferencia entre los panteístas y los cristianos se compagina con la otra. Si no os tomáis demasiado en serio la distinción entre el bien y el mal es fácil decir que todo lo que se encuentra en el mundo es parte de Dios. Pero, naturalmente, si pensáis que algunas cosas son realmente malas, y que Dios es realmente bueno, entonces no podéis hablar así. Debéis creer que Dios está separado del mundo y que algunas cosas que vemos en él son contrarias a Su voluntad. Ante un cáncer o un barrio de chabolas, el panteísta puede decir: «Si sólo lo vierais desde el punto de vista divino, os daríais cuenta de que esto también es Dios.» El cristiano replica: «No digas esas malditas tonterías». Ya que el cristianismo es una religión luchadora. Cree que Dios hizo el mundo —que el espacio y el tiempo, el calor y el frío, y todos los colores y los sabores, y todos los animales y los vegetales son cosas que Dios «inventó con su cabeza» del mismo modo que un hombre inventa una historia—. Pero también piensa que hay muchas cosas que han ido mal en este mundo que Dios creó, y que Dios insiste, e insiste en voz muy alta, en que volvamos a enderezarlas.

Y, naturalmente, esto suscita una pregunta muy importante. Si un Dios bueno ha creado el mundo, ¿por qué éste ha salido mal? Y durante muchos años yo sencillamente me negué a escuchar las respuestas de los cristianos a esta pregunta, porque no hacía más que pensar: «Digáis lo que digáis, y por inteligentes que sean vuestros argumentos, ¿no es mucho más fácil y sencillo decir que el mundo no fue creado por un poder inteligente? ¿No son todos vuestros argumentos más que un complicado intento de evitar lo que es evidente?» Pero entonces eso me llevaba a una nueva dificultad.

Mi argumento en contra de Dios era que el universo parecía tan injusto y cruel. ¿Pero cómo había yo adquirido esta idea de lo que era *justo* y lo que era *injusto*? Un hombre no dice que una línea está torcida a menos que tenga una idea de lo que es una línea recta. ¿Con qué estaba yo comparando este universo cuando lo llamaba injusto? Si todo el tinglado era malo y sin sentido de la A a la Z, por así decirlo, ¿por qué yo, que supuestamente formaba parte de ese tinglado, me encontraba

reaccionando tan violentamente en su contra? Un hombre se siente mojado cuando cae el agua porque el hombre no es un animal acuático: un pez no se sentiría mojado. Por supuesto que yo podía haber renunciado a mi idea de la justicia diciendo que ésta no era más que una idea privada mía. Pero si lo hacía, mi argumento en contra de Dios se derrumbaba también…, ya que el argumento dependía de decir que el mundo era realmente injusto, y no simplemente que no satisfacía mis fantasías privadas. Así, en el acto mismo de intentar demostrar que Dios no existía —en otras palabras, que toda la realidad carecía de sentido— descubrí que me veía forzado a asumir que una parte de^ la realidad —específicamente mi idea de la justicia— estaba llena de sentido. En consecuencia, el ateísmo resulta ser demasiado simple. Si todo el universo carece de significado, jamás nos habríamos dado cuenta de que carece de significado, del mismo modo que, si no hubiera luz en el universo, y por lo tanto ninguna criatura tuviese ojos, jamás habríamos sabido que el universo estaba a oscuras. La palabra *oscuridad* no tendría significado.

2. La invasión

De acuerdo, pues, el ateísmo es demasiado simple. Y os diré otro punto de vista que también es demasiado simple. Es el que yo llamo cristianismo-con-agua, el punto de vista que dice simplemente que existe un Dios bueno en el cielo y que todo marcha bien, dejando a un lado todas las doctrinas terribles y difíciles acerca del pecado, el infierno y la redención. Ambas filosofías son infantiles.

No sirve de nada pedir una religión sencilla. Después de todo, las cosas no son sencillas. Parecen sencillas, pero no lo son. La mesa ante la que estoy sentado parece sencilla, pero pedidle a un científico que os diga de qué está hecha realmente —que os hable sobre los átomos y sobre cómo las ondas de luz rebotan en ellos y se dirigen a mis ojos y lo que hacen con el nervio óptico y lo que éste hace con mi cerebro— y, por supuesto, descubriréis que lo que llamamos «ver una mesa» os lleva a misterios y complicaciones cuyo final apenas podéis alcanzar. Un niño que reza una plegaria infantil parece algo sencillo. Y si os conformáis con deteneros ahí, todo está bien. Pero si no os conformáis —y el mundo moderno no suele conformarse—, si queréis profundizar y preguntar qué está sucediendo realmente, entonces tendréis que prepararos para algo difícil. Si pedimos algo que vaya más allá de la simplicidad, es una necedad quejarse de que ese algo más no sea sencillo.

Muy a menudo, sin embargo, este necio comportamiento es adoptado por personas que no son necias en absoluto, pero que, consciente o inconscientemente, quieren destruir el cristianismo. Gentes como esas presentan una versión del cristianismo adecuada para un niño de seis años y la convierten en el objeto de sus ataques. Cuando intentas explicar la doctrina cristiana tal como realmente la sostiene un adulto instruido, se quejan de que haces que la cabeza les dé vueltas y de que es todo demasiado complicado, y dicen que si realmente hubiera un Dios están seguros de que El habría hecho simple la «religión», porque la simplicidad es tan hermosa, etc. Debéis poneros en guardia contra estas gentes, porque cambiarán sus bases a cada minuto y sencillamente os harán perder el tiempo. Daos cuenta, además, de su idea de que Dios «haga simple la religión»: como si la religión fuese algo que Dios ha inventado, y no Su manifestación a nosotros de ciertos hechos inalterables acerca de Su propia naturaleza.

Además de ser complicada, la realidad, en mi experiencia, suele ser extraña. No es nítida, ni obvia, no es lo que se espera. Por ejemplo, cuando habéis comprendido que la tierra y los demás planetas giran alrededor del sol, esperaríais, naturalmente, que todos los planetas hubieran sido creados parejos… todo a igual distancia unos de otros, por ejemplo, o a distancias que aumentaran regularmente, o todos el mismo tamaño, o si no aumentando o disminuyendo de tamaño a medida que se alejan del sol. De hecho, no hay consonancia alguna (que podamos ver) en sus tamaños o las

distancias que los separan, y algunos de ellos tienen una luna, uno tiene cuatro, otro tiene dos, algunos no tienen ninguna y otro tiene un anillo.

La realidad, de hecho, suele ser algo que no habríais podido adivinar. Esa es una de las razones por las que creo al cristianismo. Es una religión que no podría haberse adivinado. Si nos hubiera ofrecido exactamente la clase de universo que siempre habríamos esperado, yo habría sentido que la estábamos inventando. Pero, de hecho, no es algo que cualquiera hubiese podido inventar. Tiene justamente ese ingrediente de peculiaridad que poseen las cosas reales. De modo que dejemos atrás todas estas filosofías infantiles, estas respuestas demasiado simples. El problema no es simple y la respuesta tampoco lo será.

¿Cuál es el problema? Un universo que contiene muchas cosas obviamente malas y en apariencia carentes de sentido, pero que también contiene a criaturas como nosotros que sabemos que son malas y carentes de sentido. Sólo hay dos puntos de vista que encaran todos los hechos. Uno es el punto de vista cristiano de que este es un mundo bueno que ha ido por mal camino, pero que aún conserva el recuerdo de lo que debería haber sido. El otro es el punto de vista llamado dualismo. El dualismo es la creencia de que hay dos poderes iguales e independientes detrás de todo lo que existe, uno de ellos bueno y el otro malo, y que este universo es el campo de batalla en el que ambos libran una guerra sin fin. Yo, personalmente, creo que después del cristianismo el dualismo es el credo más valiente y sensible del mercado. Pero tiene una trampa.

Los dos poderes, o espíritus, o dioses —el bueno y el malo— son supuestamente independientes el uno del otro. Ambos existieron desde toda la eternidad. Ninguno de ellos creó al otro, y ninguno de ellos tiene más derecho que el otro de llamarse a sí mismo Dios. Presumiblemente, cada uno de ellos piensa que es bueno, y que el otro es malo. A uno de ellos le gusta el odio y la crueldad, al otro el amor y la compasión, y los dos apoyan su propio punto de vista. Bien, ¿qué queremos decir cuando llamamos a uno el Poder Bueno y al otro el Poder Malo? O estamos diciendo simplemente que preferimos el uno al otro —como el que prefiere la sidra a la cerveza—, o si no estamos diciendo que, piensen lo que piensen ambos poderes acerca de ello, y nos guste lo que nos guste ahora mismo a los humanos, uno de ellos está de hecho en un error, está equivocado al llamarse a sí mismo bueno. Pero si lo que queremos decir es que sencillamente preferimos el primero, entonces debemos renunciar totalmente a hablar del bien y del mal. Ya que el bien significa lo que deberíamos preferir, sin importarnos lo que nos pueda gustar en un momento dado. Si «ser bueno» meramente significa unirse al lado que nos gusta en un momento dado, sin razón aparente, entonces el bien no merecería llamarse bien. Así que debemos querer decir que uno de los dos poderes es de hecho equivocado y el otro es de hecho correcto.

Pero en el momento en que decimos esto, estamos poniendo en el universo una tercera cosa en adición a los dos poderes: una ley, o norma o regla del bien a la que uno de los dos poderes se adhiere y el otro no. Pero dado que ambos poderes son juzgados por este patrón, este patrón, o el Ser que estableció este patrón, está más arriba y por encima de ambos, y El será el auténtico Dios. De hecho, lo que queríamos decir al llamarlos bueno y malo resulta ser que uno de ellos está en relación correcta con el auténtico y definitivo Dios, y el otro está en una relación equivocada.

Lo mismo puede demostrarse de diferente manera. Si el dualismo es verdad, el poder malo debe de ser un ser a quien le gusta el mal por el mal en sí. Pero en la realidad no tenemos experiencia de alguien a quien le gusta el mal sólo porque es malo. Lo más que puede acercarnos a esto es la crueldad. Pero en la vida real la gente es cruel por una de dos razones: o porque son sádicos, es decir, porque tienen una perversión sexual que convierte para ellos la crueldad en causa de placer sexual, o porque hay algo que van a sacar de ello: dinero, o poder, o seguridad. Pero el placer, el dinero, el poder y la seguridad son todas ellas cosas buenas en sí mismas. La maldad consiste en perseguirlas por medio del método equivocado, o de una manera equivocada, o demasiado. No quiero decir, por supuesto, que las personas que hacen esto no sean desesperadamente malas. Quiero decir que la maldad, cuando se la examina, resulta ser la persecución de algún bien de una manera equivocada. Puedes ser bueno por el mero hecho de la bondad; no puedes ser malo por el mero hecho de la maldad. Puedes hacer una buena acción cuando no te sientas bondadoso y aunque no te produzca placer, pero nadie comete un acto cruel sencillamente porque la crueldad está mal, sino simplemente porque la crueldad le resulta útil o agradable. En otras palabras, la maldad no puede conseguir siquiera ser mala del mismo modo en que la bondad es buena. La bondad es, por así decirlo, ella misma, mientras que la maldad es sólo bondad echada a perder. Y para que algo se estropee primero tiene que ser bueno. Al sadismo lo consideramos una perversión sexual, pero primero hemos de tener la idea de una sexualidad normal para después llamarla pervertida; y podemos ver cuál es la perversión porque podemos explicar lo perverso a partir de lo normal, y no podemos explicar lo normal a partir de lo perverso. Se sigue que este Poder Malo, que se supone está en términos de igualdad con el Poder Bueno y que ama la maldad del mismo modo que el Poder Bueno ama la bondad, es un mero espejismo. Para ser malo debe tener cosas buenas para desearlas y luego perseguirlas de una manera equivocada: debe tener impulsos que fueron originalmente buenos para poder pervertirlos. Pero si es malo no puede proporcionarse a sí mismo cosas buenas para desearlas o buenos impulsos para pervertirlos. Debe de recibir ambos del Poder Bueno. Y si es así, entonces no es independiente. Forma parte del mundo del Poder Bueno: o fue creado por el Poder Bueno o por algún poder que los supere a ambos.

Digámoslo de manera aún más sencilla. Para ser malo, debe existir y poseer inteligencia y voluntad. Pero la existencia, la inteligencia y la voluntad son en sí mismas buenas. Por lo tanto debe estar obteniéndolas de un Poder Bueno: incluso para ser malo debe pedir prestado o robar a su oponente. ¿Empezáis a comprender por qué el cristianismo ha dicho siempre que el demonio es un ángel caído? Eso no es un mero cuento infantil. Es un reconocimiento real de que el mal es un parásito, no la cosa original. Los poderes que le permiten al mal seguir adelante son poderes que le ha otorgado la bondad. Todas las cosas que le permiten a un mal hombre ser eficazmente malo son buenas en sí mismas: la resolución, la inteligencia, la belleza, la existencia misma. Por eso, el dualismo, en un sentido estricto, no funcionará.

Pero admito libremente que el auténtico cristianismo (en tanto que diferente del cristianismo-con-agua) se acerca mucho más al dualismo de lo que la gente cree. Una de las cosas que me sorprendió la primera vez que leí seriamente el Nuevo Testamento fue que éste hablase tanto acerca de un Poder Oscuro en el universo… un poderoso espíritu del mal que se creía estaba detrás de la muerte, la enfermedad y el pecado. La diferencia es que el cristianismo piensa que este Poder Oscuro fue creado por Dios, y que era bueno cuando fue creado, y que fue por mal camino. El cristianismo está de acuerdo con el dualismo en que este universo está en guerra. Pero no cree que sea una guerra entre poderes independientes. Cree que es una guerra civil, una rebelión, y que estamos viviendo en una parte del universo ocupada por los rebeldes.

Un territorio ocupado por el enemigo: eso es lo que es este mundo. El cristianismo es la historia de cómo llegó aquí el verdadero rey, disfrazado, si queréis, y nos convocó a todos para tomar parte en una gran campaña de sabotaje. Cuando acudís a la iglesia estáis en realidad escuchando la secreta telegrafía de nuestros amigos; precisamente por eso el enemigo está tan ansioso por impedirnos acudir. Lo hace aprovechándose de nuestra vanidad, de nuestra pereza y de nuestro esnobismo intelectual. Sé que alguno me preguntaría: «¿De verdad te propones, en la época en que estamos, reintroducir a nuestro viejo amigo el demonio, con sus pezuñas y sus cuernos?» Bueno, no sé qué tiene que ver con ello la época en la que estamos.

Y no soy partidario de los cuernos y las pezuñas. Pero en otros aspectos mi respuesta es «Sí». No pretendo saber nada acerca de su apariencia personal. Si alguien quiere conocerlo mejor, yo le diría: «No te preocupes. Si de verdad lo quieres, lo harás. Pero si te gustará o no, ésa es otra cuestión.»

3. La chocante alternativa

Los cristianos, pues, creen que un poder maligno se ha constituido de momento en Príncipe de este Mundo. Y, naturalmente, esto presenta problemas. ¿Está esta situación de acuerdo con la voluntad de Dios o no? Si lo está, es un Dios muy extraño, diréis; y si no lo está, ¿cómo puede suceder algo contrario a la voluntad de un ser con poder absoluto?

Pero cualquiera que haya tenido autoridad sabe que una cosa puede estar de acuerdo con su voluntad en un aspecto y no en otro. Puede ser muy sensato por parte de una madre decirle a sus hijos: «No voy a pediros que ordenéis el cuarto de jugar todas las noches. Tenéis que aprender a mantenerlo ordenado por vuestra cuenta.» Pero una noche entra en el cuarto de jugar y se encuentra el oso de juguete y la tinta del tintero y el libro de gramática tirados por el suelo. Eso va en contra de su voluntad. Ella preferiría que los niños fueran ordenados. Pero por otro lado, es su voluntad la que ha permitido a los niños ser desordenados. Lo mismo sucede en un regimiento, en un sindicato o en una escuela. Si haces que algo sea voluntario, la mitad de la gente no lo hará. Eso no es lo que pretendías, pero tu voluntad lo ha hecho posible.

Probablemente lo mismo ocurre en el universo. Dios creó seres con libre albedrío. Eso significa criaturas que pueden acertar o equivocarse. Algunos creen que pueden imaginar una criatura que fuese libre pero que no tuviera posibilidad de equivocarse; yo no. Si alguien es libre de ser bueno también es libre de ser malo. Y el libre albedrío es lo que ha hecho posible el mal. ¿Por qué, entonces, nos ha dado Dios el libre albedrío? Porque el libre albedrío, aunque haga posible el mal, es también lo único que hace que el amor, la bondad o la alegría merezcan la pena tenerse. Un mundo de autómatas —de criaturas que funcionasen como máquinas— apenas merecería ser creado. La felicidad que Dios concibe para Sus criaturas más evolucionadas es la felicidad de estar libre y voluntariamente unidas a El y entre sí en un éxtasis de amor y deleite comparado con el cual el amor más arrobado entre hombre y mujer en este mundo es mera insignificancia. Y para ello deben ser libres.

Por supuesto que Dios sabía lo que ocurriría si utilizaban mal su libertad; aparentemente, le pareció que merecía la pena arriesgarse. Tal vez nos sintamos inclinados a disentir de El. Pero hay una dificultad acerca de disentir de Dios. El es la fuente de donde proviene todo vuestro poder razonador: no podríais tener razón y estar El equivocado del mismo modo que un arroyo no puede subir más alto que su propio manantial. Cuando argumentáis en Su contra, estáis argumentando en contra del poder mismo que os capacita para argumentar: es como cortar la rama del árbol en la que estáis sentados. Si Dios piensa que este estado de guerra en el universo es un precio que vale la pena pagar por el libre albedrío —es decir, por crear un mundo

vivo en el que las criaturas pueden hacer auténtico bien y auténtico mal, y en el que algo de auténtica importancia pueda suceder, en vez de un mundo de juguete que sólo se mueve cuando El tira de los hilos—, entonces podemos suponer que es un precio que vale la pena pagar.

Cuando hemos comprendido lo del libre albedrío nos damos cuenta de la necedad que es preguntar, como alguien me preguntó una vez: «¿Por qué hizo Dios a una criatura de tan mala pasta que salió mal?» Cuanto mejor sea la pasta de la que está hecha una criatura —cuanto más inteligente, más fuerte y más libre sea esa criatura— mejor será si sale bien y peor será si sale mal. Una vaca no puede ser muy buena ni muy mala; un perro puede ser mejor o peor; un niño, aún mejor y aún peor; un hombre corriente, mejor y peor todavía; un genio, mejor y peor aún, y un espíritu sobrehumano, mejor o peor que todos los anteriores.

¿Cómo salió mal el Poder Oscuro? Aquí, sin duda, hacemos una pregunta a la que los seres humanos no pueden responder con ninguna certeza. Podemos, sin embargo, aventurar una suposición razonable (y tradicional), basada en nuestra propia experiencia. En el momento en que tenemos un *ego*, existe la posibilidad de poner a ese *ego* por encima de todo —de querer ser el centro— de querer, de hecho, ser Dios. Ese fue el pecado de Satán: y ese fue el pecado que él enseñó a la raza humana. Algunos piensan que la caída de hombre estuvo relacionada con el sexo, pero eso es un error. (La historia del Libro del Génesis sugiere que una cierta corrupción de nuestra naturaleza sexual siguió a la caída y fue su resultado, no su causa.) Lo que Satán puso en la cabeza de nuestros antepasados remotos fue la idea de que podían «ser como dioses», que podían desenvolverse por sí solos como si se hubieran creado a sí mismos, ser sus propios amos, inventar una suerte de felicidad para sí mismos fuera de Dios, aparte de Dios. Y de ese desesperado intento ha salido casi todo lo que llamamos historia humana —el dinero, la pobreza, la ambición, la guerra, la prostitución, las clases, los imperios, la esclavitud—, la larga y terrible historia del hombre intentando encontrar otra cosa fuera de Dios que lo haga feliz.

La razón por la cual este intento no puede salir bien es ésta: Dios nos hizo: nos inventó del mismo modo que un hombre inventa una máquina. Un coche está hecho para funcionar con gasolina, y no funcionaría adecuadamente con ninguna otra cosa. Pues bien, Dios diseñó a la máquina humana para que funcionara con El. El combustible con el que nuestro espíritu ha sido diseñado para funcionar, o la comida que nuestro espíritu ha sido diseñado para comer es Dios mismo. No hay otra cosa. Esa es la razón por la que no sirve de nada pedirle a Dios que nos haga felices a nuestra manera sin molestarnos con la religión. Dios no puede darnos paz ni felicidad aparte de Él, porque no existen. No existe tal cosa.

Esa es la clave de la historia. Se gasta una tremenda energía, se construyen civilizaciones, se pergeñan excelentes instituciones, pero cada vez algo sale mal.

Algún defecto fatal acaba por llevar a la cima a las gentes crueles y egoístas y todo se desploma en la miseria y en la ruina. De hecho, la máquina se rompe. Parece empezar bien, consigue avanzar unos cuantos metros, y luego se rompe. Porque intentan que funcione con el combustible equivocado. Eso es lo que Satán nos ha hecho a los seres humanos.

¿Y qué hizo Dios? En primer lugar, nos dejó la conciencia, el sentido del bien y del mal: y a lo largo de la historia ha habido individuos que han intentado (algunos de ellos con gran empeño) obedecerlo. Ninguno de ellos lo consiguió del todo. En segundo lugar Dios envió a la raza humana lo que yo llamo sueños felices: me refiero a esas extrañas historias esparcidas por todas las religiones paganas acerca de un Dios que muere y vuelve después a vida y que, por medio de su muerte, ha dado de algún modo nueva vida a los hombres. En tercer lugar, escogió a un pueblo en particular y pasó varios siglos metiéndoles en la cabeza la clase de Dios que era —que sólo había uno como El y que le interesaba la buena conducta—. Ese pueblo era el pueblo judío, y el Antiguo Testamento nos relata todo ese proceso.

Pero entonces viene lo más chocante. Entre estos judíos aparece de pronto un hombre que va por ahí hablando como si El fuera Dios. Sostiene que El perdona los pecados. Dice que El siempre ha existido. Dice que vendrá a juzgar al mundo al final de los tiempos. Pero aclaremos una cosa. Entre los panteístas, como los hindúes, cualquiera podría decir que él es parte de Dios, o uno con Dios: no habría nada de extraño en ello. Pero este hombre, dado que era un judío, no podía referirse a esa clase de Dios. Dios, en el lenguaje de los judíos, significaba el Ser aparte del mundo que El había creado y que era infinitamente diferente de todo lo demás. Y cuando hayáis caído en la cuenta de ello veréis que lo que ese hombre decía era, sencillamente, lo más impresionante que jamás haya sido pronunciado por ningún ser humano.

Una parte de su pretensión tiende a pasar inadvertida porque la hemos oído tantas veces que ya no nos damos cuenta de lo que significa. Me refiero al hecho de perdonar los pecados: todos los pecados. Ahora bien; a menos que el que hable sea Dios, esto resulta tan absurdo que raya en lo cómico. Todos podemos comprender el que un hombre perdone ofensas que le han sido infligidas. Tú me pisas y yo te perdono, tú me robas el dinero y yo te perdono. ¿Pero qué hemos de pensar de un hombre, a quien nadie ha pisado, a quien nadie ha robado nada, que anuncia que él te perdona por haber pisado a otro hombre o haberle robado a otro hombre su dinero? Necia fatuidad es la descripción más benévola que podríamos hacer de su conducta. Y sin embargo esto es lo que hizo Jesús. Les dijo a las gentes que sus pecados eran perdonados, y no esperó a consultar a las demás gentes a quienes esos pecados habían sin duda perjudicado. Sin ninguna vacilación se comportó como si El hubiese sido la parte principalmente ofendida por esas ofensas. Esto tiene sentido sólo si El era

realmente ese Dios cuyas reglas son infringidas y cuyo amor es herido por cada uno de nuestros pecados. En boca de cualquiera que no fuese Dios, estas palabras implicarían lo que yo no puedo considerar más que una estupidez y una vanidad sin rival en ningún otro personaje de la historia.

Y sin embargo (y esto es lo más extraño y significativo), incluso Sus enemigos, cuando leen los Evangelios, no suelen tener la impresión de estupidez o vanidad. Aún menos la tienen los lectores sin prejuicios. Cristo dice que Él es «manso y humilde» y le creemos, sin darnos cuenta de que, si Él fuera meramente un hombre, la humildad y la mansedumbre serían las últimas características que atribuiríamos a algunas de Sus enseñanzas.

Intento con esto impedir que alguien diga la auténtica estupidez que algunos dicen acerca de Él: «Estoy dispuesto a aceptar a Jesús como un gran maestro moral, pero no acepto su afirmación de que era Dios.» Eso es precisamente lo que no debemos decir. Un hombre que fue meramente un hombre y que dijo las cosas que dijo Jesús no sería un gran maestro moral. Sería un lunático —en el mismo nivel del hombre que dice ser un huevo escalfado— o si no sería el mismísimo demonio. Tenéis que escoger. O ese hombre era, y es, el Hijo de Dios, o era un loco o algo mucho peor. Podéis hacerle callar por necio, podéis escupirle y matarle como si fuese un demonio, o podéis caer a sus pies y llamarlo Dios y Señor. Pero no salgamos ahora con insensateces paternalistas acerca de que fue un gran maestro moral. Él no nos dejó abierta esa posibilidad. No quiso hacerlo.

4. El perfecto penitente

Nos encontramos, pues, con una alternativa aterradora. O este hombre del que hablamos era (o es) justamente lo que El dijo ser o, si no, era un lunático o algo peor. Bien: a mí me parece evidente que no era ni un lunático ni un monstruo y que, en consecuencia, por extraño o terrible o improbable que pueda parecer, tengo que aceptar la idea de que El era y es Dios. Dios desembarcó en este mundo ocupado por el enemigo asumiendo una forma humana.

¿Y cuál era el propósito de todo esto? ¿Qué vino El a hacer aquí? Vino a enseñar, por supuesto; pero en cuanto se examina el Nuevo Testamento o cualquier otro escrito cristiano se descubre que están constantemente hablando de algo diferente… de Su muerte y Su resurrección. Es evidente que los cristianos consideran que lo más importante de esa historia reside en estos dos hechos. Creen que lo más importante que Él vino a hacer a la tierra fue sufrir y ser crucificado.

Antes de que me convirtiese al cristianismo yo creía que lo primero en lo que debían creer los cristianos era una teoría en particular en cuanto a la razón de esta muerte. Según esa teoría, Dios quería castigar a los hombres por haberle abandonado y haberse unido al Gran Rebelde, pero Cristo se ofreció como voluntario para ser castigado en lugar de ellos, y de ese modo Dios nos perdonó a nosotros. Ahora admito que ni siquiera esta teoría me parece tan inmoral y tan tonta como solía parecerme, pero ese no es el punto al que yo quería llegar. Lo que llegué a comprender más adelante fue que ni esta teoría ni ninguna otra son el cristianismo. La principal creencia cristiana es que la muerte de Cristo nos ha puesto de alguna manera a bien con Dios y nos ha otorgado un nuevo comienzo. Las teorías acerca de cómo Su muerte logró esto son un asunto aparte. Se han elaborado muchas y muy diferentes acerca de cómo funciona esto, pero en lo que todos los cristianos están de acuerdo es en que funciona. Os diré cómo lo veo yo. Cualquier persona sensata sabe que si uno está cansado y tiene hambre una buena comida le hará bien. Pero las teorías modernas acerca de la alimentación —todo lo que se refiere a las vitaminas y proteínas— es una cuestión diferente. Las personas comían y se sentían mejor mucho antes de que se oyese hablar de las vitaminas, y si alguna vez se abandona la idea de las vitaminas, los hombres seguirán comiendo igual que siempre. Las teorías acerca de la muerte de Cristo no son el cristianismo: son explicaciones de cómo esa muerte funciona. No todos los cristianos estarían de acuerdo en cuanto a la importancia de estas doctrinas. Mi propia Iglesia —la Iglesia Anglicana— no establece ninguna de ellas como la única verdadera. La Iglesia Católica va un poco más allá. Pero creo que todas estarán de acuerdo en que el hecho en sí es infinitamente más importante que cualquier explicación que los teólogos hayan podido ofrecernos. Opino que éstos probablemente admitirían que ninguna explicación será jamás del todo adecuada a la

realidad. Pero como dije en el prefacio de este libro, yo no soy más que un profano, y en este punto nos adentramos en aguas profundas. Sólo puedo deciros, por lo que pueda valer, cómo yo, personalmente, considero este tema.

En mi opinión, las teorías no son en sí mismas lo que se os pide que aceptéis. Sin duda muchos de vosotros habéis leído a Jeans o a Eddington. Lo que ellos hacen cuando quieren explicar el átomo o algo parecido es daros una descripción a partir de la cual podéis haceros una imagen mental. Pero luego os advierten que esta imagen no es aquello en lo que en realidad creen los científicos. En lo que los científicos creen es en una fórmula matemática. Las imágenes están allí sólo para ayudaros a comprender la fórmula. No son realmente válidas del modo en que la fórmula es válida; no os enseñan la cosa real sino algo más o menos parecido. Sólo están allí para ayudar, y si no lo hacen podéis prescindir de ellas. La cosa en sí no puede ser representada; sólo puede ser expresada matemáticamente.

Y aquí nos encontramos en una situación parecida. Creemos que la muerte de Cristo es aquel momento de la historia en el que algo absolutamente inimaginable llega desde fuera y aparece en nuestro mudo. Y si ni siquiera podemos imaginarnos los átomos de los que está construido nuestro mundo es evidente que no podremos imaginarnos esto. De hecho, si descubriésemos que podemos comprenderlo totalmente, esto mismo demostraría que el hecho no es lo que pretende ser… lo inconcebible, lo increado, lo que se halla fuera de la naturaleza, e irrumpe en la naturaleza como un relámpago. Podréis preguntar de qué nos sirve si no lo comprendemos. Pero eso tiene fácil respuesta. Un hombre puede comerse su cena sin comprender exactamente de qué modo lo alimenta la comida. Un hombre puede aceptar lo que hizo Cristo sin saber de qué modo opera: de hecho, no sabrá ciertamente cómo opera hasta que lo haya aceptado.

Se nos dice que Cristo fue muerto por nosotros, que Su muerte ha redimido nuestros pecados y que por el hecho de morir derrotó a la muerte misma. Esa es la fórmula. Eso es el cristianismo. Eso es lo que debe ser creído. Todas las teorías que elaboremos con respecto a cómo la muerte de Cristo logró esto son, a mi modo de ver, secundarias: meros planos o diagramas para ser abandonados si no nos ayudan, e incluso si nos ayudan, para no ser confundidos con el hecho en sí. De todos modos, algunas de estas teorías merecen ser examinadas.

La teoría que han escuchado la mayoría de las personas es la que mencioné antes: la de ser perdonados porque Cristo se había ofrecido voluntario para sufrir el castigo en lugar de nosotros. Pero en apariencia esta teoría es bastante absurda. Si Dios estaba dispuesto a perdonarnos, ¿por qué no lo hizo sin más? ¿Y qué sentido tenía castigar en cambio a una persona inocente? Ninguno, a mi parecer, si estáis pensando en un castigo como los que inflige un juzgado de guardia. Por otro lado, si pensáis en una deuda, tiene mucho sentido el que una persona que tenga medios pague en

nombre de otra que no los tiene. O si pensamos en «pagar la multa», no en el sentido de ser castigado sino en el sentido más general de «aguantar el chaparrón» o «correr con los gastos», entonces, por supuesto, es del todo sabido que cuando una persona se ha metido en un lío, la responsabilidad de sacarlo de él suele recaer sobre un amigo generoso.

¿Y cuál era el «lío» en que se había metido el hombre? Había intentado valerse por sí solo, comportarse como si se perteneciera a sí mismo. En otras palabras, el hombre caído no es simplemente una criatura imperfecta que necesita mejorarse: es un rebelde que debe deponer sus armas. Deponer vuestras armas, rendiros, pedir perdón, daros cuenta de que habéis escogido el camino equivocado y disponeros a empezar vuestra vida nuevamente desde el principio… esa es la única manera de salir del «lío». Este proceso de rendición —este movimiento hacia atrás a toda máquina— es lo que los cristianos llaman arrepentimiento. Y el arrepentimiento no es divertido en absoluto. Es algo mucho más difícil que bajar la cabeza humildemente. El arrepentimiento significa desaprender toda la vanidad y la autoconfianza en las que nos hemos estado ejercitando durante miles de años. Significa matar parte de uno mismo, padecer una especie de muerte. De hecho, hay que ser muy bueno para arrepentirse. Y aquí está la trampa. Sólo una mala persona necesita arrepentirse; sólo una buena persona puede arrepentirse perfectamente. Cuanto peor seas más lo necesitas y menos puedes hacerlo. La única persona que podría hacerlo perfectamente sería una persona perfecta… y ella no lo necesitaría.

Recordad que este arrepentimiento, esta voluntaria sumisión a la humillación y a una especie de muerte, no es algo que Dios os exige antes de recibiros de nuevo y de lo cual podría libraros si quisiera: es simplemente una descripción de lo que es volver a El. Si le pedís a Dios que os reciba de nuevo sin arrepentiros, lo que realmente le estáis pidiendo es volver a El sin volver a El. No puede ocurrir. Pues bien; entonces debemos pasar por ahí. Pero la misma maldad que nos hace necesitarlo nos imposibilita el hacerlo. ¿Podemos hacerlo si Dios nos ayuda? Sí, ¿pero qué queremos decir cuando hablamos de la ayuda de Dios? Queremos decir que Dios nos ponga dentro un trocito de Sí, por así decirlo. El nos presta un poquito de Su capacidad para razonar, y de ese modo pensamos; nos presta un poquito de Su amor y así es como nos amamos los unos a los otros. Cuando se le enseña a un niño a escribir, se le sostiene la mano mientras él forma las letras; es decir, él forma las letras porque vosotros las estáis formando. Nosotros amamos y razonamos porque Dios ama y razona y nos sostiene la mano mientras lo hacemos. Si no hubiéramos caído, todo eso sería facilísimo. Pero desgraciadamente ahora necesitamos la ayuda de Dios para hacer algo que Dios, en Su propia naturaleza, no haría jamás… rendirnos, sufrir, someternos, morir. Nada en la naturaleza de Dios corresponde a este proceso en absoluto. De modo que el único camino para el que ahora necesitamos más que nunca

la ayuda de Dios es un camino que Dios, en Su propia naturaleza, jamás ha recorrido. Dios sólo puede compartir lo que El tiene, y esto, en Su propia naturaleza, no lo tiene.

Pero supongamos que Dios se hace hombre… supongamos que nuestra naturaleza humana que puede sufrir y morir se amalgamase con la naturaleza de Dios en una persona. Esa persona, entonces, podría ayudarnos. Podría entregar su voluntad, sufrir y morir, porque era un hombre, y podría hacerlo perfectamente porque era Dios. Vosotros y yo sólo podemos pasar por este proceso sólo si Dios lo hace en nosotros, pero Dios sólo puede hacerlo si se hace hombre. Nuestros intentos de padecer esta muerte podrán llegar a buen fin sólo si, como hombres, compartimos la muerte de Dios, del mismo modo que nuestros pensamientos sólo pueden llevarse a cabo sólo porque son una gota del océano de Su inteligencia. Pero no podemos compartir la muerte de Dios a menos que Dios muera, y El no puede morir a menos que se haga hombre. Es en este sentido en el que El paga nuestras deudas, y sufre por nosotros lo que, como Dios, no es necesario que sufra.

He oído decir a algunos que si Jesús era Dios además de hombre, Su sufrimiento y Su muerte pierden todo valor para ellos «porque tiene que haber sido muy fácil para El». Otros pueden (con razón) rechazar la ingratitud y descortesía de esta objeción; lo que a mí me asombra es el malentendido que revela. En un sentido, por supuesto, aquellos que la hacen tienen razón. Incluso se han quedado cortos. La perfecta sumisión, el perfecto sufrimiento, la muerte perfecta no sólo fueron más fáciles para Jesús porque El era Dios, sino que fueron posibles sólo porque era Dios. Pero, ¿no es esa una extraña razón para no aceptarlos? El maestro puede formar las letras del niño sólo porque es un adulto y sabe escribir. Eso, naturalmente, lo hace más fácil para el maestro, y sólo porque para él es más fácil enseñar al niño. Si el niño lo rechazara porque «para los adultos es fácil», y esperase aprender a escribir de otro niño de su edad que no supiera hacerlo (y así no le llevaría una ventaja «injusta»), no haría demasiados progresos. Si yo me estoy ahogando en un río turbulento, un hombre que aún tenga un pie en la orilla puede echarme una mano que me salve la vida. ¿Debería gritarle, entre jadeos, «¡No, no es justo! ¡Tú tienes ventaja! ¡Aún tienes un pie en la orilla!» Esa ventaja —llamadla «injusta», si queréis— es la única razón por la que ese hombre puede serme útil. ¿A quién recurriréis en busca de ayuda si no a aquél que es más fuerte que vosotros?

Esa es mi manera de entender lo que los cristianos llaman Redención. Pero recordad que esto es sólo una imagen más. No lo confundáis con la cosa en sí. Y si no os ayuda, abandonadla.

5. La conclusión práctica

Cristo se sometió a la rendición y la humillación perfectas: perfectas porque El era Dios, rendición y humillación porque era un hombre. La creencia cristiana es que si nosotros compartimos de algún modo la humildad y el sufrimiento de Cristo también compartiremos Su conquista de la muerte, encontraremos una nueva vida después de muertos y en ella nos haremos criaturas perfectas y perfectamente felices. Esto significa algo mucho más importante que intentar seguir Sus enseñanzas. La gente a menudo pregunta cuándo tendrá lugar el próximo paso en la evolución del hombre: el paso hacia algo más allá de lo humano. Pero para los cristianos este paso ya ha sido dado. Con Cristo apareció una nueva clase de hombre: y la nueva clase de vida que empezó con El nos ha de ser dada.

¿Cómo va a suceder esto? Recordad de qué manera adquirimos la vida común y corriente. La derivamos de otros, de nuestro padre y nuestra madre y de todos nuestros ancestros, sin consentimiento nuestro, y a través de un proceso muy curioso que implica placer, dolor y peligro. Un proceso que jamás podríais haber adivinado. La mayoría de nosotros pasamos muchos años de nuestra infancia intentando adivinarlo, y algunos niños, cuando se enteran de ello por primera vez, no se lo creen. Y yo diría que no se lo reprocho, ya que es verdaderamente peculiar. Pues bien, el Dios que dispuso ese proceso es también el Dios que dispone cómo la nueva clase de vida —la vida de Cristo— va a difundirse. Debemos estar preparados para que esto también nos resulte extraño. Él no nos consultó cuando inventó el sexo: tampoco nos ha consultado cuando inventó esto.

Hay tres cosas que difunden la vida de Cristo en nosotros: el bautismo, la creencia, y ese acto misterioso que diferentes cristianos llaman con nombres diferentes: la santa comunión, la misa, la cena del Señor. Al menos esos son los tres métodos más comunes. No estoy diciendo que no pueda haber casos especiales en los que la vida de Cristo sea difundida sin una o más de estas cosas. No tengo tiempo de referirme a los casos especiales, y no sé lo bastante como para hacerlo. Si intentas decirle a un hombre en pocos minutos cómo llegar hasta Edimburgo le hablarás de los trenes; es verdad que puede llegar allí en barco o en avión, pero es poco probable que le hables de ello. Y no estoy diciendo nada acerca de cuál de estas tres cosas es la más esencial. A mi amigo metodista le gustaría que hablase más de la creencia y menos (en proporción) de la otras dos. Pero no voy a adentrarme en estos. Cualquiera que pretenda enseñar el cristianismo os dirá, de hecho, que utilicéis las tres, y por el momento eso es suficiente para nuestros propósitos.

Yo mismo no puedo entender por qué estas cosas serían los conductores de la nueva clase de vida. Pero, claro, si uno no conociera el proceso, tampoco habría comprendido la conexión entre un placer físico en particular y la aparición de un

nuevo ser humano en el mundo. Tenemos que tomar la realidad como se nos presenta: no sirve de nada hablar de cómo debería ser o cómo hubiéramos esperado que fuese. Pero aunque no comprenda por qué debe ser así, puedo deciros por qué creo que es así. He explicado por qué tengo que creer que Jesús era (y es) Dios. Y parece tan claro como un hecho histórico que Él enseñó a Sus seguidores que la nueva vida se comunicaba de este modo. En otras palabras: yo lo creo por Su autoridad. No dejéis que la palabra autoridad os asuste. Creer cosas por su autoridad sólo significa que las creemos porque nos las ha dicho alguien a quien tenemos por digno de confianza. El noventa y nueve por ciento de las cosas que creemos las creemos por autoridad. Yo creo que hay una ciudad llamada Nueva York. No la he visto con mis propios ojos. No podría probar por un razonamiento abstracto que tal ciudad debe de existir. Pero creo que existe porque personas en las que se puede confiar me han dicho que existe. El hombre común cree en el sistema solar, en los átomos, en la evolución y en la circulación de la sangre porque la autoridad de los científicos le dice que estas cosas existen. Todas las afirmaciones históricas del mundo son creídas por su autoridad. Ninguno de nosotros ha vivido la conquista de los Normandos o la derrota de la Armada española. Ninguno de nosotros podría demostrarlas por pura lógica como se demuestra una ecuación en matemáticas. Creemos en ellas sencillamente porque personas que sí las vivieron dejaron escritos que hablan de ellas; de hecho, las creemos por su autoridad. Un hombre que desconfiase de la autoridad en otros temas como algunos desconfían de la religión tendría que resignarse a no saber nada en toda su vida.

No creáis que estoy proponiendo el bautismo y la creencia y la comunión como las cosas que bastarán a cambio de vuestros propios intentos de imitar a Cristo. Vuestra vida natural la recibís de vuestros padres; eso no significa que seguirá allí si no hacéis nada por cuidar de ella. Podéis perderla por negligencia, o podéis despreciarla suicidándoos. Tenéis que alimentarla y cuidar de ella, pero recordad siempre que no estáis haciéndola, que sólo estáis preservando una vida que obtuvisteis de alguien más. Del mismo modo, un cristiano puede perder la vida de Cristo que le ha sido infundida, y tiene que esforzarse por conservarla. Pero ni siquiera el mejor cristiano que haya vivido nunca actúa por voluntad propia., sólo está nutriendo o protegiendo una vida que jamás habría adquirido gracias a sus propios esfuerzos. Y eso tiene consecuencias prácticas. Mientras la vida natural esté en vuestro cuerpo, hará mucho por reparar dicho cuerpo. Heridlo, y hasta cierto punto cicatrizará, lo que un cuerpo muerto no haría. Un cuerpo vivo no es un cuerpo que jamás se lastima, sino un cuerpo que, hasta cierto punto, puede repararse a sí mismo. Del mismo modo, un cristiano no es un hombre que no peca nunca, sino un hombre al que se le ha concedido la capacidad de arrepentirse, levantarse del suelo y empezar de nuevo después de cada tropiezo… porque la vida de Cristo está en su interior,

reparándolo en todo momento, permitiéndole que repita (hasta cierto punto) la clase de muerte voluntaria que Cristo mismo llevó a cabo.

De ahí que los cristianos estén en una posición diferente de otras personas que intentan ser buenas. Estas tienen la esperanza de que, siendo buenas, agradarán a Dios, si éste existe; o —si creen que no existe— al menos esperan merecer la aprobación de otras personas buenas. Pero los cristianos piensan que cualquier bien que hagan proviene de la vida de Cristo en su interior. No creen que Dios nos amará porque seamos buenos, sino que Dios nos hará buenos porque nos ama, del mismo modo que el tejado de un invernadero no atrae el sol porque es brillante, sino que se vuelve brillante porque el sol brilla sobre él.

Y quiero dejar bien claro que cuando los cristianos dicen que la vida de Cristo está en ellos, no se refieren simplemente a algo mental o moral. Cuando hablan de estar «en Cristo», o de que Cristo está «en ellos», esto no es sólo un modo de decir que están pensando en Cristo o imitando a Cristo. Lo que quieren decir es que Cristo está de hecho obrando a través de ellos; que la masa entera de cristianos es el organismo físico a través del cual actúa Cristo; que somos Sus dedos y Sus músculos, las células de Su cuerpo. Y tal vez eso explique un par de cosas. Explica por qué esta vida nueva se propaga no sólo por medio de actos mentales como la creencia, sino por actos corporales como el bautismo o la comunión. No es solamente la propagación de una idea; se parece más a la evolución: un hecho biológico o superbiológico. No sirve de nada intentar ser más espiritual que Dios. Dios nunca tuvo intención de que el hombre fuese una criatura puramente espiritual. Por eso precisamente utiliza substancias materiales, como el pan y el vino, para infundirnos esa vida nueva. Tal vez esto nos parezca burdo o poco espiritual, pero a Dios no. El inventó la comida. Le gusta la materia. El la inventó.

He aquí otra cosa que solía intrigarme. ¿No parece terriblemente injusto que esta vida nueva esté limitada a las personas que han oído hablar de Cristo y son capaces de creer en Él? Pero la verdad es que Dios no nos ha dicho qué ha dispuesto con respecto a todos los demás. Sabemos que ningún hombre puede salvarse si no es a través de Cristo, pero no sabemos que sólo aquellos que le conocen puedan salvarse a través de El. Pero entretanto, si os preocupan aquellos que han quedado fuera, lo menos razonable que podéis hacer es quedar fuera vosotros. Los cristianos son el cuerpo de Cristo, el organismo a través del cual El trabaja. Cualquier adición a ese cuerpo le permite a El hacer más. Si queréis ayudar a aquellos que están fuera debéis añadir vuestra pequeña célula al cuerpo de Cristo que es el único que puede ayudarlos. Cortarle los dedos a un hombre sería una extraña manera de hacer que trabajase más.

Otra posible objeción es ésta. ¿Por qué Dios desembarca disfrazado en este mundo ocupado por el enemigo e inicia una especie de sociedad secreta para

boicotear al demonio? ¿Por qué no desembarca por la fuerza; por qué no lo invade? ¿Es que no es lo bastante fuerte? Bueno, los cristianos creemos que desembarcará por la fuerza, aunque no sabemos cuando. Pero podemos adivinar por qué está retrasándolo. Quiere darnos la oportunidad de unirnos a Su bando libremente. Supongo que ni vosotros ni yo hubiéramos respetado mucho a un francés que hubiese esperado a que los Aliados entrasen en Alemania para anunciar entonces que estaba de nuestro lado. Dios nos invadirá. Pero me pregunto si las personas que le piden que interfiera abierta y directamente en nuestro mundo se dan cuenta realmente de lo que ocurrirá cuando lo haga. Cuando eso suceda, será el fin del mundo. Cuando el autor sube al escenario la obra ha terminado. Dios va a invadirnos, es verdad, pero, ¿de qué servirá decir entonces que estáis de Su lado, cuando veáis que el universo natural se difumina a vuestro alrededor como un sueño, y que algo más —algo que os hubiera sido imposible concebir— aparece de pronto; algo tan hermoso para algunos y tan terrible para otros que ninguno de nosotros tendrá la posibilidad de elegir? Pues esta vez será Dios sin su disfraz; algo tan sobrecogedor que inspirará o un amor irresistible o un odio irresistible a todas las criaturas. Entonces será demasiado tarde para elegir un bando u otro. No sirve de nada decir que elegís permanecer acostados cuando se ha hecho imposible que estéis de pie. No será ese el momento de elegir. Será el momento en que descubramos qué bando habíamos elegido realmente, nos hayamos dado cuenta antes o no. Hoy, ahora, en este momento tenemos la posibilidad de elegir el bando adecuado. Dios está esperando para darnos esa posibilidad. Pero Su espera no durará para siempre. Debemos aceptarlo o rechazarlo.

LIBRO III: EL COMPORTAMIENTO CRISTIANO

1. Las tres partes de la moral

Hay una historia acerca de un escolar a quien se le preguntó cómo pensaba que era Dios. El contestó que, a su parecer, Dios era «la clase de persona que siempre está espiando a ver si la gente se divierte y entonces intenta impedírselo». Y me temo que esa es la idea que la palabra «moralidad» inspira a gran número de personas: algo que interfiere, algo que nos impide pasarlo bien. En realidad, las reglas morales son instrucciones para el funcionamiento de la máquina humana. Toda regla moral está ahí para impedir un desperfecto, un esfuerzo desmedido o una fricción en el funcionamiento de esa máquina. Por eso al principio estas reglas parecen estar interfiriendo constantemente con nuestras inclinaciones naturales. Cuando se nos enseña a utilizar una máquina, el instructor no deja de decir: «No, no lo hagáis así», porque, naturalmente, hay toda clase de cosas que creemos que están bien y que nos parecen la manera más natural de tratar una máquina, pero que en realidad no funcionan.

Algunos prefieren hablar de «ideales» morales antes que de reglas morales, y de «idealismo» moral antes que de obediencia moral. Ahora bien, es verdad, por supuesto, que la perfección moral es un «ideal», en el sentido de que no podemos alcanzarla. En ese sentido, cualquier clase de perfección es, para nosotros los humanos, un ideal: no podemos conseguir ser perfectos conductores de automóviles, ni perfectos jugadores de tenis, o dibujar perfectas líneas rectas. Pero hay otro sentido en el que resulta muy equívoco llamar ideal a la perfección moral. Cuando un hombre dice que una cierta mujer, o casa, o barco o jardín es «su ideal», no quiere decir (a menos que sea un idiota) que todos los demás deberían tener el mismo ideal. En esos temas tenemos derecho a tener gustos diferentes y, por lo tanto, ideales diferentes. Pero es peligroso describir a un hombre que intenta con todas sus fuerzas guardar la ley moral como a alguien que tiene «altos ideales», porque podría llevarnos a pensar que la perfección moral es un gusto privado de ese hombre y que el resto de nosotros no estamos llamados a compartirla. Esto sería un error desastroso. Puede que el comportamiento perfecto sea tan difícil de alcanzar como el perfecto cambio de marchas cuando conducimos un automóvil, pero es un ideal necesario que se le recomienda a todos los hombres por la naturaleza misma de la máquina humana, del mismo modo que el cambio de marchas perfecto es un ideal recomendado a todos los conductores por la naturaleza misma de los coches. Y sería aún más peligroso pensar en uno mismo como en una persona de «altos ideales» porque uno intenta no mentir en absoluto (en vez de decir sólo unas pocas mentiras), o nunca cometer adulterio (en vez de cometerlo muy de vez en cuando), o no ser un fanfarrón (en vez de serlo moderadamente). Esto podría llevarnos a convertirnos en unos vanidosos y a pensar que somos personas bastante especiales que merecen ser felicitadas por su

«idealismo». En realidad, sería lo mismo que esperásemos ser felicitados porque, cada vez que hacemos una cuenta, intentamos que nos salga bien. Sin duda la perfección aritmética es un «ideal»; es verdad que cometeremos algún error en ciertos cálculos. Pero no hay nada de extraordinario en intentar ser exactos en todos los pasos de todas las cuentas. Sería una estupidez no intentarlo, ya que cualquier error nos causará problemas más adelante. Del mismo modo, todo fracaso moral nos causará problemas, seguramente a los demás y ciertamente a nosotros mismos. Al hablar de reglas y obediencia en vez de «ideales» e «idealismo» nos ayudamos a nosotros mismos a recordar estos hechos.

Y ahora vayamos un paso más adelante. Hay dos maneras en las que la máquina humana se estropea. Una de ellas ocurre cuando los individuos se apartan unos de otros, o chocan entre sí causándose daño, engañándose o agrediéndose. La otra tiene lugar cuando las cosas se estropean dentro del individuo… cuando las diferentes partes que lo componen (sus diferentes facultades, deseos, etc.), se separan entre sí o interfieren unas con otras. Podéis haceros una idea bastante clara si pensáis en nosotros como una flota de barcos navegando en perfecta formación. El viaje será un éxito sólo si, en primer lugar, los barcos no chocan unos con otros o se cruzan en sus trayectorias y si, en segundo lugar, cada barco está en buen estado y sus máquinas funcionan como deben. De hecho, no es posible tener una de estas dos cosas sin la otra. Si los barcos no hacen más que colisionar no podrán seguir navegando por mucho tiempo. Por otro lado, si sus timones están estropeados no podrán evitar la colisión. O, si preferís, pensad en la humanidad como en una orquesta que toca una melodía. Para obtener un buen resultado son necesarias dos cosas. El instrumento individual de cada miembro de la orquesta debe estar afinado, y cada uno de ellos debe entrar en el momento indicado para combinar con los demás.

Pero hay una cosa que aún no hemos considerado. No hemos preguntado adonde se dirige la flota, o qué pieza de música está intentando tocar la orquesta. Puede que todos los instrumentos estén afinados y que todos entren a tocar en el momento indicado, pero así y todo la actuación podría no ser un éxito si la orquesta hubiera sido contratada para tocar música bailable y en realidad no tocara otra cosa que marchas fúnebres. Y por bien que navegase la flota, su viaje podría resultar un fracaso si su destino final fuese Nueva York y llegase en cambio a Calcuta.

La moral, pues, parece ocuparse de tres cosas. La primera, de la justicia y la armonía entre los individuos. La segunda, de lo que podríamos llamar ordenar o armonizar lo que acontece en el interior de cada individuo. Y la tercera, del fin general de la vida humana como un todo: aquello para lo que el hombre ha sido creado; el rumbo que debería seguir toda la flota; la canción que el director de la orquesta quiere que ésta toque.

Tal vez os hayáis dado cuenta de que las personas modernas están casi siempre

pensando en la primera cosa y olvidándose de las otras dos. Cuando se dice en los periódicos que intentamos alcanzar pautas morales cristianas, generalmente quieren decir que nos esforzamos por alcanzar la solidaridad y la justicia entre las naciones, las clases y los individuos; esto es, están pensando sólo en la primera cosa. Cuando un hombre dice acerca de algo que quiere hacer: «No puede ser malo, porque esto no le hace daño a nadie», sólo está pensando en la primera cosa. Piensa que no importa cómo esté su barco por dentro siempre que no choque con el barco de al lado. Y es bastante natural, cuando empezamos a pensar en la moralidad, que empecemos por lo primero, por las relaciones sociales. Por un lado, los resultados de una mala moral en esa esfera son muy evidentes y nos influyen todos los días: la guerra, la pobreza, los sobornos, las mentiras, el trabajo mal hecho. Y además, mientras se quede uno en la primera cosa, hay muy poco desacuerdo en lo que respecta a la moralidad. Casi todas las gentes de todos los tiempos han acordado (en teoría) que los seres humanos deben ser honestos, amables y serviciales los unos con los otros. Pero aunque es natural empezar con eso, si nuestras ideas acerca de la moral se detienen ahí daría lo mismo que no las hubiéramos tenido. A menos que progresemos a la segunda cosa —el orden dentro de cada ser humano— sólo nos estaremos engañando a nosotros mismos.

¿De qué sirve enseñarle a los barcos a maniobrar para evitar colisiones si en realidad son unos trastos en tan mal estado que no pueden ser maniobrados en absoluto? ¿De qué sirve esbozar sobre el papel reglas de comportamiento social si sabemos que, de hecho, nuestra codicia, nuestra cobardía, nuestro mal carácter y nuestra vanidad van a impedirnos que las cumplamos? No quiero decir ni por un momento que no deberíamos pensar, y pensar mucho, en mejorar nuestro sistema social y económico. Lo que quiero decir es que todos esos pensamientos se quedarán en agua de borrajas a menos que nos demos cuenta de que nada, salvo el valor y la generosidad de los individuos, conseguirá que ningún sistema funcione correctamente. Es relativamente fácil eliminar la clase de sobornos o avasallamientos que tienen lugar bajo el presente sistema, pero mientras los hombres sean tramposos o avasalladores encontrarán una nueva manera de llevar a cabo el antiguo juego bajo el nuevo sistema. No se puede hacer buenos a los hombres por ley, y sin hombres buenos no es posible una sociedad buena. Por eso debemos pasar a la segunda cosa: la moralidad dentro del individuo.

Pero creo que tampoco podemos detenernos ahí. Estamos llegando a un punto en el que diferentes creencias acerca del universo conducen a tipos de comportamiento diferentes. Y a primera vista parecería muy sensato detenernos antes de llegar a ese punto, y seguir hablando de las clases de moralidad en las que todos los hombres prácticos están de acuerdo. ¿Pero podemos hacerlo? Recordemos que la religión implica una serie de afirmaciones acerca de ciertos hechos que deben ser falsos o

verdaderos. Si son verdaderos, ciertas conclusiones se seguirán acerca de la correcta navegación de la flota humana; si son falsos, las conclusiones serán enteramente diferentes. Por ejemplo, volvamos al hombre que dice que una cosa no puede estar mal a menos que perjudique a otro ser humano. Este hombre comprende que no debe dañar a los demás barcos de la flota, pero cree sinceramente que lo que él haga con su propio barco es asunto suyo. Pero, ¿no supone una gran diferencia el hecho de que ese barco sea o no de su propiedad? ¿No supone una gran diferencia el hecho de que yo sea, por así decirlo, el propietario de mi mente y mi cuerpo, o sólo un inquilino, responsable sólo ante su verdadero propietario. Si alguien me ha creado para sus propios fines yo tendré muchos deberes que cumplir, deberes que no tendría si sencillamente me perteneciera a mí mismo.

Además, el cristianismo afirma que todo ser humano individual vivirá para siempre, y esto debe ser o falso o verdadero. Hay muchas cosas sobre las que no me haría falta molestarme si fuera a vivir sólo setenta años, pero por las que más valdrá que me moleste, y mucho, si voy a vivir eternamente. Tal vez mi mal carácter o mis celos están empeorando gradualmente… tan gradualmente que su aumento a lo largo de setenta años no será demasiado evidente. Pero podrían llegar a ser un infierno dentro de un millón de años: de hecho, si el cristianismo es verdad, infierno es el término técnicamente correcto para describir lo que podrían llegar a ser. Y la inmortalidad marca esta otra diferencia, que, por cierto, tiene una relación con la diferencia entre el totalitarismo y la democracia. Si los individuos sólo viven setenta años, un estado, una nación o una civilización, que pueden durar más de mil años, son más importantes que un individuo. Pero si el cristianismo es verdad, el individuo no es sólo más importante sino incomparablemente más importante, puesto que él es eterno, y la vida de un estado o una civilización, comparada con la suya, es sólo un momento.

Parece, entonces, que si vamos a pensar en la moral, debemos pensar en los tres departamentos: las relaciones entre un hombre y otro, lo que hay en el interior de cada hombre y las relaciones entre el hombre y el poder que lo creó. Todos podemos cooperar en lo primero. Con lo segundo empiezan los desacuerdos, y estos se hacen realmente serios en lo tercero. Es tratando del tercer departamento donde aparecen las principales diferencias entre la moral cristiana y la no-cristiana. En lo que queda de este libro voy a asumir el punto de vista cristiano, y examinar todo el panorama tal como sería si el cristianismo fuera verdad.

2. Las «virtudes cardinales»

La sección anterior fue compuesta originalmente para ser emitida por la radio como una breve conferencia.

Si a uno se le permite hablar durante sólo diez minutos, casi todo deberá ser sacrificado en aras de la brevedad. Una de las principales razones por las que he dividido la moralidad en tres partes (con la imagen de los barcos navegando en formación) fue que esta parecía la manera más corta de cubrir el terreno. Aquí quiero proporcionar una idea de otro modo en el que el tema ha sido dividido por antiguos autores, demasiado largo para utilizar en mi charla, pero indudablemente muy bueno.

Según este esquema más largo, hay siete virtudes. Cuatro de ellas se llaman cardinales, y las tres restantes se llaman teologales. Las virtudes cardinales son aquellas que reconoce toda la gente civilizada; las teologales son aquellas que, principalmente, sólo conocen los cristianos. Me ocuparé las virtudes teologales más tarde: por el momento voy a referirme a las cuatro virtudes cardinales. (La palabra «cardinales» no tiene nada que ver con los «Cardenales» de la Iglesia Católica. Proviene de una palabra griega que significa «el gozne de una puerta». Se llamaron virtudes cardinales porque cumplen, por así decirlo, la función de un eje o pivote). Estas son: prudencia, templanza, justicia y fortaleza.

La prudencia se refiere al práctico sentido común, a tomarse el trabajo de pensar en lo que uno está haciendo y en lo que podría resultar de ello. Hoy en día muy pocas personas piensan en la prudencia como una virtud. De hecho, porque Cristo dijo que sólo podríamos entrar en Su reino haciéndonos como niños, muchos cristianos tienen la idea de que, siempre que uno sea «bueno» no importa que sea un imbécil. Pero eso es un malentendido. En primer lugar, la mayoría de los niños dan grandes muestras de prudencia acerca de las cosas que realmente les interesan, y las meditan con mucha sensatez. En segundo lugar, como señala San Pablo, Cristo no quiso decir que debíamos permanecer como niños en cuanto a *inteligencia*: por el contrario, nos dijo que fuéramos no sólo «inocentes como palomas» sino también «cautos como serpientes». Cristo quiere un corazón de niño, pero una cabeza de adulto. Quiere que seamos sencillos, coherentes, afectuosos y sujetos a ser enseñados, como son los niños buenos, pero también quiere toda la inteligencia de la que podamos disponer para estar alerta en el trabajo y en óptimo estado físico. El hecho de que estéis donando dinero a una obra de caridad no significa que no necesitéis averiguar si esa obra de caridad es un fraude o no. El hecho de que estéis pensando en Dios mismo (cuando rezáis, por ejemplo) no significa que os deis por satisfechos con las mismas ideas infantiles que teníais a los cinco o seis años. Es cierto, naturalmente, que Dios no os amará menos ni podrá valerse menos de vosotros si habéis nacido con una inteligencia limitada. Dios tiene sitio para personas con muy poco sentido común,

pero quiere que todos hagan uso del sentido común que poseen. El lema apropiado no es «Sé buena, tierna doncella, y deja a la que pueda que sea lista», sino «Sé buena, tierna doncella, y no olvides que esto implica ser tan lista como puedas». A Dios no le disgustan menos los perezosos intelectuales que cualquier otra clase de perezosos. Si estáis pensando en haceros cristianos, os advierto que os embarcáis en algo que lo exigirá todo de vosotros, el cerebro incluido. Pero afortunadamente esto funciona también al revés. Cualquiera que está sinceramente intentando convertirse al cristianismo pronto descubrirá que su inteligencia se agudiza: una de las razones por las que no se necesita una educación especial para ser cristiano es que el cristianismo es una educación en sí mismo. Esa es la razón por la que un creyente no educado, como Bunyan[3], fue capaz de escribir un libro que asombró al mundo entero.

La templanza es, desgraciadamente, una de esas palabras cuyo significado ha cambiado. Ahora suele significar abstinencia del alcohol. Pero en los días en los que la segunda virtud cardinal fue llamada «templanza» no significaba eso en absoluto. La templanza no se refería en especial a la bebida, sino a todos los placeres, y no significaba abstenerse de ellos sino disfrutarlos hasta un límite adecuado y no más allá. Es un error pensar que todos los cristianos deberían ser abstemios: el islamismo, y no el cristianismo, es la religión de la abstinencia. Naturalmente que el deber de un cristiano en particular, o de cualquier cristiano en un momento en particular, podría ser el de abstenerse de cualquier bebida alcohólica, ya sea porque es un hombre que no puede beber sin hacerlo en exceso, o porque quiere darle a los pobres el dinero que gastaría en beber, o porque está con personas inclinadas a beber demasiado y no debe alentarlas bebiendo él. Pero el caso es que se está absteniendo, por una buena razón, de algo que él no condena y de lo que le gusta ver disfrutar a otros. Una de las particularidades de un cierto tipo de mala persona es que no puede renunciar a una cosa por sí solo sin querer que todos los demás renuncien también a ella. Ese no es el comportamiento cristiano. Un cristiano puede creer conveniente renunciar a toda clase de cosas por razones especiales: el matrimonio, la carne, la cerveza o el cine, pero en el momento en que empieza a decir que esas cosas son malas en sí, o a mirar con desprecio a otras personas que las practican, ha escogido el camino equivocado.

Se ha creado una confusión importante debido a la moderna restricción de la palabra templanza al tema de la bebida. Esto contribuye a que la gente olvide que se puede ser igualmente abusivo de muchas otras cosas. Un hombre que convierte el golf o su motocicleta en el centro de su vida, o una mujer que dedica todos sus pensamientos a la ropa o al *bridge* o a su perro están siendo tan «destemplados» como alguien que se emborracha todas las noches. Claro que esto no se ve en apariencia tan fácilmente: la manía por el *bridge* o por el golf no os hacen caer al suelo en mitad del camino. Pero a Dios no le engañan las apariencias.

La justicia significa mucho más que lo que ocurre en los juzgados. Es el antiguo

nombre para todo aquello que ahora llamaríamos «imparcialidad». Esto incluye la honestidad, la flexibilidad, la sinceridad, el cumplir con las promesas, y todos esos aspectos de la vida. Y la fortaleza incluye dos tipos de valor: el que se enfrenta al peligro así como el que «aguanta» ante el dolor. Tener «riñones» es lo que más se aproximaría a esto en el lenguaje moderno. Os daréis cuenta, por supuesto, de que no podéis practicar ninguna de las demás virtudes por mucho tiempo sin que ésta haga su aparición.

Hay un punto más acerca de las virtudes que deberíamos hacer notar. Existe una diferencia entre llevar a cabo una acción justa o templada y ser un hombre justo y templado. Alguien que no es un buen jugador de tenis podría de vez en cuando dar un buen golpe. Lo que queremos decir por un buen jugador es un hombre cuyos ojos, músculos y nervios han sido tan entrenados por innumerables buenos golpes que ahora se puede confiar en ellos. Tienen un cierto tono o cualidad que están ahí incluso cuando no está jugando, del mismo modo que la mente de un matemático posee un cierto hábito y punto de vista que permanecen incluso cuando no se dedica a las matemáticas. Del mismo modo, un hombre que persevera en hacer buenas acciones adquiere al final una cierta cualidad de carácter. Y entonces es a esa cualidad, antes que a sus acciones en particular, a lo que nos referimos cuando hablamos de «virtud».

Esta distinción es importante por la siguiente razón. Si pensáramos solamente en las acciones en particular podríamos fomentar tres ideas equivocadas:

(1) Podríamos pensar que, siempre que hiciéramos lo correcto, no importaba cómo o por qué lo hiciéramos: si lo hiciéramos voluntaria o involuntariamente, alegres o disgustados, por miedo a la opinión pública o por el hecho en sí mismo. Pero la verdad es que las buenas acciones llevadas a cabo por motivos equivocados no ayudan a construir la cualidad interna o característica llamada «virtud», y es esta cualidad o característica la que importa realmente. (Si un mal jugador de tenis tiene un saque muy fuerte, no porque crea que se necesite un saque fuerte, sino porque ha perdido los estribos, es posible que ese saque, con suerte, le ayude a ganar ese juego en particular, pero no lo ayudará a convertirse en un jugador consistente.)

(2) Podríamos pensar que Dios sólo quiere la simple obediencia a un conjunto de reglas, mientras que lo que quiere es personas de una determinada manera de ser.

(3) Podríamos pensar que las «virtudes» son sólo necesarias en la vida presente… que en el otro mundo podremos dejar de ser justos porque no hay nada por qué disputar, o dejar de ser valientes porque allí no hay ningún peligro. Bien, es verdad que probablemente no habrá ocasiones para acciones justas o valientes en el otro mundo, pero habrá todo tipo de ocasiones para ser la clase de personas en las que podríamos convertirnos sólo como resultado de haber llevado a cabo tales acciones en la tierra. No se trata de que Dios os niegue la admisión en Su paraíso si no poseéis ciertas cualidades de carácter: se trata de que si las personas no tienen al menos un

indicio de tales, cualidades en su interior, ninguna condición externa posible podría crear un «cielo» para ellas… es decir, hacerlas felices con la profunda, intensa, inamovible felicidad que Dios nos tiene reservada.

3. Moral social

Lo primero que tenemos que aclarar sobre la moral cristiana entre un individuo y otro es que, en este apartado, Cristo no vino a predicar ninguna moral nueva. La regla de oro del Nuevo Testamento (haz a los demás lo que quieres que te hagan a ti) es un resumen de lo que todos, en el fondo, sabíamos que era lo correcto. Los grandes maestros morales nunca introducen moralidades nuevas; sólo los embaucadores y los charlatanes lo hacen. Como dijo el Dr. Johnson[4]: «La gente necesita que se le recuerden cosas más a menudo que se le enseñen.» El verdadero trabajo de todo maestro moral es seguir llevándonos, una y otra vez, a los antiguos y sencillos principios que estamos tan intranquilos por ignorar, del mismo modo que una y otra vez se lleva a un caballo a la valla que se ha negado a saltar, o a un niño a la parte de la lección que quiere pasarse por alto.

El segundo punto que debemos aclarar es que el cristianismo no tiene, ni pretende tener, un detallado programa político para aplicar el «haz a los demás lo que quieres que te hagan a ti» a una sociedad en particular en un momento en particular. No podría tenerlo. Va dirigido a los hombres de todos los tiempos, y el programa en particular que se adecuase a un lugar o un momento no se adecuaría a otros. Cuando os dice que deis de comer al hambriento no os da clase de cocina. Cuando os dice que leáis las Escrituras no os da lecciones de griego o hebreo, y ni siquiera de gramática inglesa. Jamás fue destinado a reemplazar o a imponerse sobre las artes o las ciencias humanas en general: se parece más a un director que las pondrá á todas a trabajar en sus funciones adecuadas, y a una fuente de energía que les dará a todas nueva vida sólo con que se pongan a su disposición.

La gente dice: «La Iglesia debería darnos una pauta.» Eso es verdad si lo dicen de la manera acertada, y falso si lo dicen de la manera equivocada. Por iglesia deberían querer decir el cuerpo entero de los cristianos practicantes. Y cuando dicen que la Iglesia debería darnos una pauta, deberían querer decir que algunos cristianos —aquellos que posean el talento adecuado— deberían ser economistas y hombres de estado, y que todos los economistas y hombres de estado deberían ser cristianos, y que todos sus esfuerzos en política o economía deberían estar dirigidos a poner en práctica el «Haz a los demás lo que quieres que te hagan a ti». Si eso ocurriera, y si nosotros estuviéramos realmente preparados para aceptarlo, encontraríamos la solución cristiana a nuestros problemas sociales con considerable rapidez. Pero, naturalmente, cuando piden una pauta por parte de la Iglesia, la mayoría de las personas se refiere a que sea el clero el que proponga un programa político.

Y eso es absurdo. El clero está compuesto por esas personas en particular dentro de la Iglesia que han sido especialmente preparadas y señaladas para cuidar de lo que nos concierne como criatura que van a vivir para siempre: y nosotros les estamos

pidiendo que hagan un trabajo enteramente diferente para el cual no han sido preparadas. El trabajo nos atañe a nosotros, los seglares. La aplicación de los principios cristianos a, digamos, los sindicatos o la educación, debe venir de los sindicalistas o educadores cristianos, del mismo modo que la literatura cristiana viene de novelistas o dramaturgos cristianos… y no de un colegio de obispos que se reúnen para escribir obras de teatro o novelas en sus ratos libres.

De todos modos, el Nuevo Testamento, sin entrar en detalles, nos da una idea bastante clara de lo que sería una sociedad enteramente cristiana. Tal vez nos dé más de lo que podamos soportar. Nos dice que no habrá pasajeros o parásitos: si un hombre no trabaja, no debería comer. Todos deberán trabajar con sus propias manos, y lo que es más, el trabajo de cada uno habrá de producir algo bueno: no habrá manufactura de lujos innecesarios y tampoco vana publicidad para inducirnos a que los compremos. Tampoco habrá «pavoneos», o «esnobismo», o «darse aires». En ese extremo, una sociedad cristiana sería lo que hoy llamamos «de izquierdas». Pero por otro lado el cristianismo no deja de insistir en la obediencia, una obediencia (y manifiestas señales de respeto) por parte de todos nosotros a magistrados apropiadamente escogidos, de los hijos a los padres, y (temo que esto sea muy poco popular) de las mujeres a sus maridos. En tercer lugar, habrá de ser una sociedad alegre, llena de canciones y regocijo, y que contemple la preocupación o la ansiedad como cosas negativas. La cortesía es una de las virtudes cristianas; y el Nuevo Testamento detesta a los que llama «chismosos».

Si tal sociedad existiera y vosotros o yo la visitáramos, creo que saldríamos de allí con una impresión curiosa. Pensaríamos que su vida económica era muy socializada y, en ese sentido, «avanzada», pero que su vida familiar y sus códigos de comportamiento eran bastante anticuados; incluso hasta ceremoniosos y aristocráticos. A cada uno de nosotros nos gustarían partes de ella, pero me temo que a muy pocos de nosotros nos gustara la sociedad entera. Eso es justamente lo que cabría esperar si el cristianismo fuese el plan total para la máquina humana. Todos nos hemos alejado de ese plan total de diferentes maneras, y cada uno quiere hacer ver que su propia modificación del plan original es el plan en sí. Encontraréis que esto se repite una y otra vez en todo lo que es realmente cristiano: a cada uno le atraen pequeños fragmentos de la religión, y quiere escoger esos fragmentos y dejar fuera lo demás. Es por eso por lo que no hacemos grandes progresos, y grupos de personas que luchan por dos cosas opuestas pueden decir en ambos casos que luchan por el cristianismo.

Y ahora algo más. Hay un consejo que nos han dado los antiguos paganos griegos, y los judíos del Antiguo Testamento, y los grandes maestros cristianos de la Edad Media, que los sistemas económicos modernos han desobedecido completamente. Todos estos grupos nos han dicho que no prestemos dinero cobrando

intereses, y prestar dinero cobrando intereses —lo que llamamos inversión— es la base de todo nuestro sistema económico. Bien; es posible que de esto no se siga necesariamente que estamos equivocados. Algunos dicen que cuando Moisés y Aristóteles y los cristianos acordaron prohibir el interés (o la «usura», como lo llamaban), no podían prever el mercado bursátil y sólo estaban pensando en el prestamista privado, y que, por lo tanto, no debemos preocuparnos por lo que dijeron. Esa es una cuestión sobre la que no puedo pronunciarme. No soy economista, y simplemente desconozco si el sistema de inversiones es responsable del estado en que nos encontramos o no. Aquí es donde necesitamos al economista cristiano. Pero no sería sincero si no os dijera que tres grandes civilizaciones acordaron (o eso parece a primera vista) condenar la operación en la que hemos basado nuestra vida entera.

Una cosa más y habré terminado. En el pasaje del Nuevo Testamento que dice que todos deben trabajar, se da como razón la siguiente: «para que puedan tener algo que dar a los necesitados». La caridad —el dar a los pobres— es una parte esencial de la moral cristiana: en la aterradora parábola de las ovejas y los cabritos esto parece ser el eje alrededor del cual gira todo. Hoy en día algunas personas dicen que la caridad debería ser innecesaria, y que en vez de dar a los pobres deberíamos estar creando una sociedad en la que no hubiera pobres a los que darles nada. Puede que tengan razón al decir que deberíamos crear una sociedad así. Pero si alguno piensa que, en consecuencia, puede entretanto dejar de dar, ése se ha separado de hecho de toda moralidad cristiana. Yo no creo que alguien deba establecer cuánto se ha de dar. Me temo que la única norma segura es dar más de lo que podemos permitirnos. En otras palabras, si nuestros gastos en comodidades, lujos, diversiones, etc., están al mismo nivel que el de aquellos que tienen unos ingresos similares a los nuestros, probablemente estemos dando demasiado poco. Si nuestras obras de caridad no nos incomodan o no afectan demasiado a nuestro presupuesto, yo diría que son demasiado pequeñas. Tendría que haber cosas que nos gustaría hacer y que no hacemos porque el dinero que dedicamos a la caridad las excluye. Hablo ahora de «obras de caridad» en su versión ordinaria. Casos particulares de apuros económicos entre vuestros parientes, amigos, vecinos o empleado que Dios, por así decirlo, pone forzosamente ante vuestros ojos, pueden exigir mucho más: incluso hasta el punto de afectar o poner en peligro vuestra propia posición. Para muchos de nosotros el gran obstáculo que nos separa de las obras de caridad no reside en nuestra vida lujosa o en nuestro deseo de más dinero, sino en nuestro miedo… nuestro miedo a la inseguridad. Esto debe a menudo ser reconocido como una tentación. A veces también nuestro orgullo afecta a nuestra caridad: nos vemos tentados de gastar más de lo que debemos en las formas más ostentosas de la generosidad (las propinas, la hospitalidad), y menos de lo que debemos en aquellos que realmente lo necesitan.

Y ahora, antes de terminar, voy a aventurar una conjetura en cuanto a cómo ha

afectado este capítulo a aquellos que lo han leído. Mi idea es que hay entre ellos algunos de ideas izquierdistas que están furiosos porque dicho capítulo no ha ido más allá en esa dirección, y otros de ideas opuestas que están furiosos porque ha ido demasiado lejos. Si esto es así, nos lleva directamente al auténtico obstáculo en todo este esbozo de planos para una sociedad cristiana. La mayoría de nosotros realmente no abordamos el tema con el objeto de descubrir lo que dice el cristianismo: lo abordamos con la esperanza de encontrar algún apoyo por parte del cristianismo para las ideas de nuestro grupo. Estamos buscando un aliado allí donde se nos ofrece o un Maestro… o un Juez. Yo hago lo mismo. Hay partes de este capítulo que quería suprimir. Y esta es la razón por la que nada en absoluto saldrá de tales disertaciones a menos que demos un rodeo mucho más largo. No llegaremos nunca a conseguir una sociedad cristiana hasta que la mayoría de nosotros lo desee de verdad. Y no lo desearemos de verdad hasta que nos hagamos totalmente cristianos. Yo podría repetir «Haz a los demás lo que quieres que te hagan a ti» hasta que me salgan canas verdes, pero no podré realmente llevarlo a cabo hasta que ame a mi prójimo como a mí mismo. Y no puedo aprender a amar a mi prójimo como a mí mismo hasta que no aprenda a amar a Dios. Y no puedo aprender a amar a Dios salvo aprendiendo a obedecerle. Y así, como ya os lo advertí, llegamos a algo más interior… de los asuntos sociales a los asuntos religiosos. Porque el rodeo más largo es el camino más corto a casa.

4. La moral y el psicoanálisis

He dicho que jamás llegaríamos a una sociedad cristiana a menos que la mayoría de nosotros nos convirtamos en personas cristianas. Eso no significa, por supuesto, que podamos aplazar el hacer algo por la sociedad hasta una fecha imaginaria en un futuro lejano. Significa que debemos emprender ambas cosas inmediatamente: 1) la tarea de ver cómo el «Haz a los demás lo que quieres que te hagan a ti» puede aplicarse en detalle a la sociedad moderna, y 2) la tarea de convertirnos en la clase de personas que realmente lo aplicarían si supiéramos cómo. Ahora quiero empezar a considerar cuál es la idea cristiana de un hombre bueno… la especificación cristiana para la máquina humana.

Antes de entrar en detalles hay dos temas más generales que quisiera establecer. En primer lugar, dado que la moral cristiana dice ser capaz de corregir la máquina humana, creo que os gustará saber cómo se relaciona con una técnica que parece preciarse de algo similar: en concreto, el psicoanálisis.

Es necesario hacer una clara distinción entre dos cosas: entre las teorías y técnicas médicas de los psicoanalistas, y la perspectiva filosófica general del mundo que Freud y otros han añadido a las primeras. Lo segundo —la filosofía de Freud— está en directa contradicción con el cristianismo, y también en directa contradicción con ese otro gran psicólogo, Jung. Además, cuando Freud habla de cómo curar a los neuróticos habla como especialista en su propio tema, pero cuando procede a hablar de filosofía en general habla como un aficionado. Es por lo tanto sensato escucharle con respeto en un sentido y no hacerlo en el otro… y eso es justamente lo que yo hago. Y estoy aún más dispuesto a hacerlo porque he descubierto que cuando habla fuera de su propio tema y sobre un tema sobre el que yo conozco algo (idiomas, por ejemplo), demuestra ser muy ignorante. Pero el psicoanálisis en sí, aparte de todas las connotaciones filosóficas que Freud y otros le han añadido, no es en absoluto contradictorio con el cristianismo. Su técnica se superpone a la moral cristiana en ciertos puntos, y no sería mala cosa que todos supiéramos algo de él. Pero no transcurre enteramente por el mismo curso.

La elección moral de un hombre implica dos cosas. Una de ellas es el acto de elegir. La otra son los diversos sentimientos, impulsos, etc. que le presenta su estructura psicológica, y que son el material en bruto de su elección. Este material en bruto puede ser de dos clases. Una de ellas es lo que llamaríamos normal: puede consistir en la clase de sentimientos que son comunes a todos los hombres. O, si no, puede consistir en sentimientos antinaturales debido a que algo ha ido mal en su subconsciente. Así, el miedo a cosas que son realmente peligrosas sería un ejemplo de la primera clase, y un miedo irracional a los gatos o las arañas sería un ejemplo de la segunda. El deseo de un hombre por una mujer sería un ejemplo de la primera

clase; el deseo pervertido de un hombre por otro hombre sería un ejemplo de la segunda. Lo que el psicoanálisis se encarga de hacer es eliminar los sentimientos anormales; es decir, darle al hombre un mejor material en bruto para llevar a cabo sus elecciones: la moral se ocupa de las elecciones en sí.

Pongámoslo de otra manera. Imaginaos a tres hombres que van a la guerra. Uno de ellos tiene el miedo común y natural al peligro que puede tener cualquier hombre, lo domina a través de un esfuerzo moral y se convierte en un hombre valiente. Supongamos que los otros dos tienen, como resultado del contenido de sus subconscientes, miedos exagerados e irracionales que ningún esfuerzo moral consigue dominar. Supongamos que llega un psicoanalista y cura a estos dos últimos, es decir, los pone a ambos en la posición del primero. Pues bien, es justamente entonces donde terminar el problema psicoanalítico y empieza el problema moral. Porque, ahora que están curados, estos dos últimos hombres podrían seguir caminos bien diferentes. El primero podría decir: «Gracias a Dios que me he librado de estos miedos absurdos. Ahora por fin puedo hacer lo que quería… cumplir con mi deber en la causa de la libertad.» Pero el otro podría decir: «Bueno, me alegra saber que ahora me sentiré relativamente tranquilo en la batalla, pero naturalmente eso no altera el hecho de que sigo totalmente decidido a cuidar de mí mismo y dejar que otro haga el trabajo peligroso siempre que pueda. De hecho, una de las ventajas de no sentirme tan asustado es que ahora puedo cuidar de mí mismo con mucha más eficacia y ser más astuto para disimularlo ante los demás.» Pues bien; esta diferencia es puramente moral, y el psicoanálisis no puede hacer nada al respecto. Por mucho que se mejore el material en bruto de un hombre, aún tenemos algo más: la auténtica y libre elección de ese hombre, basada en el material que se le facilita, de anteponer su propio beneficio o relegarlo a un último lugar. Y esta libre elección es lo único que le concierne a la moral.

El material psicológico malo no es un pecado sino una enfermedad. No necesita del arrepentimiento sino de la curación. Y por cierto, esto es muy importante. Los seres humanos se juzgan unos a otros por sus actos externos. Dios los juzga por sus elecciones morales. Cuando un neurótico que tiene un terror patológico de los gatos se obliga a sí mismo a coger un gato por una buena razón, es bastante posible que a los ojos de Dios haya demostrado tener más coraje que un hombre sano que gana la V.C.[5] Cuando un hombre que ha sido pervertido desde su juventud y al que se le ha enseñado que la crueldad es lo natural hace una buena acción, por pequeña que sea, o se abstiene de algún acto de crueldad que podría haber cometido, arriesgándose por tanto a las burlas de sus compañeros, es posible que a los ojos de Dios esté haciendo más que vosotros o yo si renunciásemos a la vida misma por un amigo.

Lo mismo da presentar esto desde un punto de vista contrario. Algunos de nosotros, que parecemos buenas personas, podemos haber hecho tan poco uso de una

buena herencia genética y una buena educación, que somos en realidad peores que aquellos a los que consideramos delincuentes. ¿Podemos estar seguros de cómo nos habríamos comportado si hubiéramos tenido que cargar con la estructura psicológica, la mala educación y por añadidura el poder de un hombre como Himmler? Por eso precisamente se les dice a los cristianos que no juzguen. Sólo vemos los resultados que las elecciones de un hombre extraen de su material en bruto. Pero Dios no juzga en absoluto a ese hombre por su material en bruto, sino por lo que ha hecho con él. La mayor parte de la estructura psicológica de un hombre se debe probablemente a su cuerpo: cuando su cuerpo muera todo eso se desprenderá de él, y el hombre central auténtico, aquello que eligió, el mejor o el peor partido que sacó de ese material, se quedará desnudo. Toda clase de cosas buenas que creíamos eran nuestras, pero que en realidad se debían a una buena digestión, se desprenderán de nosotros, y toda clase de cosas malas que se debían a los complejos o a la mala salud de los demás se desprenderán de ellos. Y entonces, por primerísima vez, veremos a todos tal como son. Y habrá sorpresas.

Y esto nos lleva a mi segundo punto. La gente a menudo piensa en la moral cristiana como una especie de trato en el que Dios dice: «Si guardáis una serie de reglas os recompensaré, y si no las guardáis haré lo contrario.» Yo no creo que ésta sea la mejor manera de considerarla. Preferiría con mucho decir que cada vez que hacéis una elección estáis transformando el núcleo central de lo que sois en algo ligeramente diferente de lo que erais antes. Y considerando vuestra vida como un todo, con todas sus innumerables elecciones, a lo largo de toda ella estáis transformando este núcleo central en una criatura celestial o en una criatura infernal: en una criatura que está en armonía con Dios, con las demás criaturas y con sí misma, o en una que está en un estado de guerra con Dios, con sus congéneres y con ella misma. Ser la primera clase de criatura es el cielo: es alegría, y paz, y conocimiento y poder. Ser la otra clase de criatura significa la locura, el horror, la imbecilidad, la rabia, la impotencia y la soledad eterna. Cada uno de nosotros, en cada momento, progresa hacia un estado o hacia otro.

Eso explica lo que siempre solía intrigarme acerca de los escritores cristianos: parecen ser tan estrictos en un momento dado y tan libres y desenfadados en otro. Hablan acerca de meros pecados de pensamiento como si estos fueran inmensamente importantes, y luego hablan de los más terribles asesinatos y las más pavorosas traiciones como si lo único que hubiera que hacer fuese arrepentirse y todo será perdonado. Pero he llegado a darme cuenta de que tienen razón. En lo que siempre están pensando es en la marca que cada uno de nuestros actos deja en ese minúsculo núcleo central que nadie ve en esta vida pero que cada uno de nosotros tendrá que soportar —o disfrutar— para siempre. Un hombre puede estar situado de tal forma que su ira derrame la sangre de miles, y otro situado de forma tal que por muy airado

que se encuentre sólo conseguirá que se rían de él. Pero la pequeña marca en el alma podría ser más o menos la misma en ambos casos. Cada uno de ellos se ha hecho algo a sí mismo que, a menos que se arrepienta, hará que sea más difícil para él mantenerse lejos de la ira la próxima vez que sea tentado, y hará que la ira sea peor cuando caiga en la tentación. Cada uno de ellos, si se vuelve de verdad a Dios, puede hacer que ese núcleo central se enderece de nuevo; cada uno de ellos está, a la larga, condenado si no lo hace. La importancia o insignificancia de la cosa, vista desde fuera, no es lo que realmente importa.

Un último punto. Recordad que, como he dicho, la dirección correcta lleva no sólo a la paz sino al conocimiento. Cuando un hombre se va haciendo mejor, comprende cada vez con más claridad el mal que aún queda dentro de él. Cuando un hombre se hace peor, comprende cada vez menos su maldad. Un hombre moderadamente malo sabe que no es muy bueno: un hombre totalmente malo piensa que está bastante bien. Esto, después de todo, es de sentido común. Comprendemos el sueño cuando estamos despiertos, no mientras dormimos. Podemos ver errores en aritmética cuando la mente nos funciona correctamente; cuando los estamos cometiendo no podemos verlos. Podemos comprender la naturaleza de la borrachera cuando estamos sobrios, no cuando estamos borrachos. La buena gente conoce lo que es el bien y lo que es el mal; la mala gente no conoce ninguno de los dos.

5. Moral sexual

Debemos considerar ahora la moral cristiana en lo que respecta al sexo: lo que los cristianos llaman la virtud de la castidad. La regla cristiana de la castidad no debe ser confundida con la regla social de la «modestia» (en un sentido de la palabra); i.e. buena crianza o decencia. La regla social de la decencia establece qué porción del cuerpo humano debería ser enseñada y a qué temas debe referirse, y qué palabras deben usarse, según las costumbres de un cierto círculo social. Así, mientras que la regla de castidad es la misma para todos los cristianos de todos los tiempos, la regla de la decencia cambia. Una muchacha de una isla del Pacífico que apenas lleva ropa encima y una dama victoriana completamente cubierta de ropa podrían ser igualmente «modestas» o decentes, según las normas de la sociedad en que viven, y ambas, por lo que podamos saber de su indumentaria, podrían ser igualmente castas (o igualmente impuras). Parte del lenguaje que utilizaban las mujeres castas en la época de Shakespeare habría sido utilizado en el siglo XIX sólo por mujeres totalmente licenciosas. Cuando las gentes transgreden las reglas de la decencia común de su época y lugar, si lo hacen para excitar la lujuria en ellos mismos o en los demás, están pecando contra la castidad. Pero si las transgreden por ignorancia o descuido sólo son culpables de mala educación. Cuando, como ocurre a menudo, las transgreden como un desafío para escandalizar o avergonzar a los demás, no están actuando en contra de la castidad sino de la caridad: ya que es poco caritativo complacerse con la incomodidad de los demás. Yo no creo que unas reglas de la decencia muy estrictas o puntillosas sean prueba de castidad o ayuden a ella, y por lo tanto considero que la gran relajación y simplificación de esas reglas que ha tenido lugar en la época en que vivo son una buena cosa. En el momento actual, sin embargo, esto tiene el inconveniente de que personas de diferentes tipos y edades no reconocen todas el mismo patrón, y no sabemos dónde nos encontramos. Mientras dure esta confusión opino que la gente mayor, o los más anticuados, deberían cuidarse de no asumir que los jóvenes o los «emancipados» son corruptos cuando su conducta es impropia (según las antiguas normas); y que, a su vez, los jóvenes no deberían llamar puritanos a sus mayores porque no adoptan las nuevas normas con facilidad. Un auténtico deseo de creer todo lo bueno que se pueda de los demás y hacer que se sientan lo más cómodos posible resolverá la mayor parte de los problemas.

La castidad es la menos popular de las virtudes cristianas. No hay manera de evitarla: la antigua norma cristiana es «O boda, con fidelidad absoluta a la pareja, o la abstinencia total». Esto es tan difícil y tan contrario a nuestros instintos que, evidentemente, o el cristianismo se equivoca o nuestro instinto sexual, tal como es en la actualidad, sé ha desvirtuado. Una de dos. Naturalmente, siendo cristiano, creo que

es el instinto lo que se ha desvirtuado.

Pero tengo otras razones para pensar así. La finalidad biológica del sexo es la procreación, del mismo modo que el fin biológico de comer es restaurar el cuerpo. Pero si comemos cada vez que nos venga en gana y todo cuanto queramos, es indudable que la mayoría de nosotros comerá en exceso, aunque no es un exceso irreparable. Un hombre puede comer por dos, pero no puede comer por diez. El apetito va un poco más allá de su finalidad biológica, pero no enormemente. Pero si un hombre joven y sano satisficiera su apetito sexual cada vez que se sintiera inclinado a ello, y si cada uno de sus actos produjera un hijo, en diez años podría poblar con facilidad una pequeña villa. Este apetito está en absurda y excesiva desproporción con su función.

O considerémoslo de otra manera. Podemos reunir un público considerable para un número de strip-tease; es decir, para contemplar cómo una mujer se desnuda en un escenario. Supongamos que llegamos a un país donde podría llenarse un teatro sencillamente presentando en un escenario una fuente cubierta, y luego levantando lentamente la tapa para dejar que todos vieran, justo antes de que se apagasen las luces, que esta contenía una chuleta de cordero o una loncha de tocino, ¿no pensaríais que en ese país algo se había desvirtuado en lo que respecta al apetito por la comida? ¿Y no pensaría alguien que hubiese crecido en un mundo diferente que algo igualmente extraño ha ocurrido en lo que respecta al instinto sexual entre nosotros?

Un crítico ha dicho que si él encontrase un país en el que números de strip-tease con la comida fueran populares llegaría a la conclusión de que las gentes de ese país se estaban muriendo de hambre. Lo que quiere decir, por supuesto, es que cosas tales como el número de strip-tease serían el resultado no de la corrupción sexual sino de la inanición sexual. Estoy de acuerdo con él en que si, en un país extraño, descubriésemos que números similares con chuletas de cordero fueran populares, una de las posibles explicaciones que se me ocurriría sería la hambruna. Pero el próximo paso sería poner a prueba esa hipótesis averiguando si, de hecho, en ese país se consumía poca o mucha comida. Si la evidencia demostrase que se comía mucho, tendríamos, naturalmente, que abandonar nuestra hipótesis de la hambruna e intentar pensar en otra. Del mismo modo, antes de aceptar la inanición sexual como la causa del strip-tease, deberíamos buscar pruebas de que existe, de hecho, más abstinencia sexual en nuestra época que en aquellas épocas en las que cosas como el strip-tease eran desconocidas. Pero es indudable que tales pruebas no existen. Los anticonceptivos han hecho de la permisividad sexual algo mucho menos costoso dentro del matrimonio y mucho más seguro fuera de él que en ninguna otra época, y la opinión pública es menos hostil a las uniones ilícitas, e incluso a la perversión, que lo ha sido desde los tiempos paganos. Tampoco es la hipótesis de la «hambruna» sexual la única que podemos imaginar. Todos sabemos que el apetito sexual, como

otros de nuestros apetitos, aumenta con su satisfacción. Los que se mueren de hambre pueden pensar mucho en la comida, pero también lo hacen los glotones; a los ahítos, igual que a los hambrientos, les gusta la tentación.

Y he aquí un tercer punto. Encontramos a muy poca gente que quiera comer cosas que no son realmente comida o hacer con la comida otra cosa que no sea comer. En otras palabras, las perversiones del apetito por la comida son raras. Pero las perversiones del instinto sexual son numerosas, difíciles de curar y terribles. Siento tener que entrar en todos estos detalles, pero debo hacerlo. La razón por la que debo hacerlo es que vosotros o yo, a lo largo de los últimos veinte años, hemos sido permanentemente alimentados de rotundas mentiras acerca del sexo. Se nos ha dicho, hasta que nos hemos hartado de escucharlo, que el deseo sexual está en el mismo estado que cualquier otro de nuestros deseos naturales, y que sólo con que abandonemos nuestra anticuada idea victoriana de silenciarlo, todo en el jardín será bellísimo. Esto no es cierto. En cuanto consideramos los hechos, e ignoramos la propaganda, vemos que no es así.

Nos dicen que el sexo se ha convertido en un lío porque ha sido mantenido en secreto. Pero a lo largo de los últimos veinte años no ha sido mantenido en secreto. Se ha hablado de él en todo momento. Y sin embargo sigue siendo un lío. Si el hecho de mantenerlo en secreto hubiera sido la razón del problema, el hablar de él lo hubiera solucionado. Pero no ha sido así. Yo creo que ha sido al revés. Creo que la raza humana lo mantuvo originalmente en secreto porque se había convertido en un lío tal. La gente moderna siempre está diciendo: «El sexo no es algo de lo que debamos avergonzarnos.» Pueden querer decir dos cosas. Pueden querer decir: «No hay nada de qué avergonzarse en el hecho de que la raza humana se reproduce de una cierta manera, ni en el hecho de que esto produzca placer.» Si se refieren a eso, tienen razón. El cristianismo dice lo mismo. El problema no es el hecho en sí, ni el placer que produce. Los antiguos maestros cristianos dicen que si el hombre no hubiera caído, el placer sexual, en vez de ser menor de lo que es ahora, sería en realidad mayor. Sé que algunos cristianos confundidos han hablado como si el cristianismo pensara que el sexo, o el cuerpo, o el placer fueran malos en sí mismos. Pero se equivocaban. El cristianismo es casi la única de las grandes religiones que aprueba el cuerpo totalmente, que cree que la materia es buena, que Dios mismo tomó una vez un cuerpo humano, que recibiremos alguna especie de cuerpo en el cielo y que este será una parte esencial de nuestra felicidad, de nuestra belleza y nuestra energía. El cristianismo ha glorificado el matrimonio más que ninguna otra religión, y casi toda la mejor poesía de amor del mundo ha sido escrita por cristianos. Si alguien dice que el sexo, en sí mismo, es malo, el cristianismo le contradice inmediatamente. Pero, por supuesto, cuando la gente dice: «El sexo no es algo de lo que debamos avergonzarnos», puede querer decir: «el estado en el que se encuentra ahora el

instinto sexual no es nada de lo que debamos avergonzarnos».

Si es esto lo que quieren decir creo que están equivocados. Opino que debemos avergonzarnos de ello, y mucho. No hay nada de qué avergonzarse en el hecho de disfrutar de la comida, pero sí habría de qué avergonzarse si la mitad del mundo hiciera de la comida el mayor interés de su vida y pasara el tiempo mirando fotografías de comida, babeando y chasqueando los labios. Yo no digo que vosotros o yo seamos responsables de la situación actual. Nuestros antepasados nos han legado organismos que se han torcido en este aspecto, y crecemos rodeados de propaganda en favor de la libertad sexual. Hay gente que quiere mantener nuestro instinto sexual inflamado para sacar dinero de ello. Porque, naturalmente, un hombre con una obsesión es un hombre que tiene muy poca resistencia a lo que pueda vendérsele. Dios conoce nuestra situación; no nos juzgará como si no tuviéramos dificultades que sortear. Lo que importa es la sinceridad y perseverancia de nuestra voluntad para sortearlas.

Antes de poder ser curados debemos querer ser curados. Aquellos que realmente desean ayuda la obtendrán; pero para mucha gente moderna incluso este deseo es difícil. Es fácil pensar que queremos una cosa cuando realmente no la queremos. Un famoso cristiano nos dijo hace mucho tiempo que cuando era joven rezaba constantemente pidiendo la castidad, pero que muchos años más tarde se dio cuenta de que mientras sus labios decían «Dios mío, dame la castidad», su corazón añadía secretamente: «…pero no todavía». Esto también puede ocurrir en nuestras oraciones con respecto a otras virtudes, pero hay tres razones por las que ahora nos es especialmente difícil desear —para no hablar de conseguir— la castidad completa.

En primer lugar, nuestra naturaleza caída, los demonios que nos tientan y toda la propaganda contemporánea en favor de la lujuria se combinan para hacernos sentir que los deseos a los que nos resistimos son tan «naturales», tan «sanos» y tan razonables que es casi perverso resistirse a ellos. Cartel tras cartel, película tras película, novela tras novela asocian la idea de la permisividad sexual con las de la salud, la normalidad, la juventud, la franqueza y el buen humor. Esta asociación es una mentira. Como todas las mentiras poderosas, está basada en una verdad, la verdad, reconocida más arriba, de que el sexo en sí (aparte de los excesos y las obsesiones que han crecido a su alrededor) es «normal» y «sano» y todo lo demás. La mentira consiste en pretender que todo acto sexual al que te sientes tentado es ipso facto saludable y normal. Pues bien; esto, desde cualquier punto de vista, y sin ninguna relación con el cristianismo, tiene que ser una insensatez. Ceder a todos nuestros deseos evidentemente conduce a la impotencia, la enfermedad, los celos, la mentira, la ocultación y todo aquello que es lo opuesto a la felicidad, la franqueza y el buen humor. Para cualquier tipo de felicidad, incluso en este mundo, se necesitará una gran dosis de control, de modo que lo que pretende cualquier clase de deseo

fuerte, ser sano y razonable, no cuenta para nada. Todo hombre cuerdo y civilizado debe tener un conjunto de principios según los cuales elija rechazar algunos de sus deseos y permitir otros. Un hombre hace esto basándose en los principios cristianos; otro, en principios de higiene; otro, en principios sociológicos. El verdadero conflicto no está entre el cristianismo y la «naturaleza», sino entre los principios cristianos y otros principios en el control de la «naturaleza». Puesto que la «naturaleza» (en el sentido de los deseos naturales) tendrá que ser controlada de todos modos, a menos que uno prefiera arruinar toda su vida. Es cosa admitida que los principios cristianos son más estrictos que otros, aunque pensamos que recibiréis una ayuda para obedecerlos que no recibiréis para obedecer a los otros.

En segundo lugar, muchos se arredran ante la perspectiva de intentar seriamente la práctica de la castidad cristiana porque creen (antes de intentarlo) que esto es imposible. Pero cuando algo ha de ser intentado, nunca se debe pensar en la posibilidad o la imposibilidad. Enfrentado a una pregunta opcional en un examen, uno considera si puede contestarla o no; enfrentados a una pregunta obligatoria, uno ha de hacer lo que pueda. Podemos obtener una nota por una respuesta muy poco correcta, pero no recibiremos ninguna si dejamos la pregunta sin contestar. No sólo en los exámenes, sino también en las guerras, en el alpinismo, en aprender a patinar, a nadar, a montar en bicicleta, incluso a abotonarse un cuello duro con los dedos entumecidos, la gente a menudo hace lo que parecía imposible antes de que lo hicieran. Es maravilloso lo que podemos hacer cuando tenemos que hacerlo.

Podemos ciertamente estar seguros de que la castidad perfecta, como la caridad perfecta, no serán alcanzadas por nuestros meros esfuerzos humanos. Debemos pedir la ayuda de Dios. Incluso cuando esto ya se ha hecho es posible que os parezca que durante mucho tiempo ninguna ayuda, o menos de la que necesitáis, os es otorgada. No importa. Después de cada fracaso, pedid perdón, levantaos del suelo y volved a intentarlo. Muy a menudo, lo que Dios nos otorga primero no es la virtud en sí sino este poder de volver a intentarlo de nuevo. Pues por muy importante que sea la castidad (o el valor, la sinceridad, o cualquier otra virtud), este proceso nos entrena en hábitos del alma que son más importantes todavía. Nos cura de nuestras ilusiones con respecto a nosotros mismos y nos enseña a depender de Dios. Por un lado, aprendemos que no podemos confiar en nosotros mismos ni siquiera en nuestros mejores momentos y, por el otro, que no debemos desesperar ni en nuestros peores momentos, porque nuestros fracasos son perdonados. La única cosa fatal es sentirse satisfecho con cualquier cosa que no sea la perfección.

En tercer lugar, la gente a menudo malinterpreta lo que la psicología nos enseña acerca de las «represiones». La psicología nos enseña que el sexo «reprimido» es peligroso. Pero «reprimido» es aquí una palabra técnica: no significa «suprimido» en el sentido de «negado» o «resistido». Un deseo o pensamiento reprimido es uno que

ha sido relegado al subconsciente (generalmente a una edad muy temprana) y que puede presentarse ahora a la conciencia sólo de un modo disfrazado e irreconocible. La sexualidad reprimida no le parece al paciente sexualidad en absoluto. Cuando un adolescente o un adulto se ocupa de resistir un deseo consciente, no está tratando con una represión ni está en el menor peligro de crear una represión. Por el contrarío; aquellos que seriamente intentan practicar la castidad son más conscientes, y pronto saben mucho más acerca de su propia sexualidad que ningún otro. Llegan a saber de sus deseos como Wellington sabía de Napoleón, o Sherlock Holmes de Moriarty; como un cazador de ratas sabe de ratas o un fontanero de tuberías que pierden agua. La virtud —incluso la virtud que se intenta— trae consigo la luz; la permisividad trae las tinieblas.

Finalmente, aunque he tenido que extenderme un poco en el tema del sexo, quiero dejar tan claro como sea posible que el centro de la moral cristiana no está aquí. Si alguien piensa que los cristianos consideran la falta de castidad como el vicio supremo, está del todo equivocado. Los pecados de la carne son malos, pero son los menos malos de todos los pecados. Los peores placeres son puramente espirituales: el placer de dejar a alguien en ridículo, el placer de dominar, de tratar con desprecio, de denigrar; el placer del poder o del odio. Puesto que hay dos elementos en mí, compitiendo con el ser humano en el que debo intentar convertirme. Estos son el ser Animal y el ser Diabólico. El ser Diabólico es el peor de los dos. Por eso un hipócrita frío y autocomplaciente que acude regularmente a la iglesia puede estar mucho más cerca del infierno que una prostituta. Aunque, naturalmente, es mejor no ser ninguna de las dos cosas.

6. El matrimonio cristiano

El último capítulo ha sido principalmente negativo. En él he hablado de lo que iba mal con el impulso sexual en el hombre, pero dije muy poco acerca de su funcionamiento correcto… en otras palabras, del matrimonio cristiano. Hay dos razones por las que particularmente no quiero tratar del matrimonio. La primera es que las doctrinas cristianas sobre este tema son extremadamente impopulares. La segunda es que yo mismo no he estado casado nunca y, por lo tanto, sólo puedo hablar de lo que conozco de oídas. Pero a pesar de esto pienso que no puedo dejar fuera este tema en un escrito sobre la moral cristiana.

La idea cristiana del matrimonio está basada en las palabras de Cristo de que un hombre y una mujer han de ser considerados como un único organismo… ya que eso es lo que las palabras «una sola carne» significarían en lenguaje moderno. Y los cristianos creen que cuando Cristo dijo esto no estaba expresando un sentimiento, sino estableciendo un hecho, del mismo modo que uno establece un hecho cuando dice que una cerradura y su llave son un solo mecanismo, o que un violín y su arco son un solo instrumento musical. El inventor de la máquina humana nos estaba diciendo que sus dos mitades, la masculina y la femenina, estaban hechas para combinarse entre ellas en parejas, no simplemente en el nivel sexual sino combinadas totalmente. La monstruosidad de la unión sexual fuera del matrimonio es que aquellos que la practican están intentando aislar una sola clase de unión (la sexual) de todas las demás clases de unión que habían sido destinadas a acompañarla para realizar la unión. La actitud cristiana no significa que haya nada malo en el placer sexual, como tampoco lo hay en el placer de comer. Significa que no debemos aislar el placer e intentar obtenerlo por sí mismo, del mismo modo que no debemos intentar obtener el placer del gusto sin tragar ni digerir, masticando cosas y escupiéndolas después.

En consecuencia, el cristianismo enseña que el matrimonio es para toda la vida. Aquí existe, por supuesto, una diferencia entre las diferentes Iglesias: algunas no admiten el divorcio en absoluto; otras lo permiten de mala gana en casos muy especiales. Es una pena que los cristianos estén en desacuerdo con respecto a un tema como éste, pero para un simple profano lo que debe ser notado es que las Iglesias están de acuerdo entre ellas acerca del matrimonio en mucha mayor medida de lo que cualquiera de ellas lo está con el mundo exterior. Con esto quiero decir que todas ellas consideran el divorcio como algo parecido a seccionar un cuerpo vivo; como una especie de operación quirúrgica. Algunas piensan que la operación es tan violenta que no puede ser llevada a cabo en absoluto; otras la admiten como un remedio desesperado para casos extremos. Todas están de acuerdo en que se parece más a cortarle las piernas a una persona que a disolver una sociedad de negocios o incluso a

desertar de un regimiento. Con lo que todas difieren es con el punto de vista moderno de que se trata de un simple reajuste de parejas, que se puede hacer cuando marido y mujer creen que ya no están enamorados o cuando uno de los dos se enamora de un tercero.

Antes de considerar este punto de vista moderno en relación con la castidad, no debemos olvidar considerarlo en relación con otra virtud: la justicia. La justicia, como he dicho antes, incluye el hecho de mantener las promesas. Todos aquellos que se han casado en una iglesia han hecho una promesa pública y solemne de permanecer junto a su compañero (o compañera) hasta la muerte. El deber de mantener esa promesa no tiene una conexión especial con la moralidad sexual: está en la misma posición que cualquier otra promesa. Si, como la gente moderna no deja de decirnos, el impulso sexual es igual a todos nuestros demás impulsos, debería ser tratado como todos ellos; y como la satisfacción de esos impulsos está controlada por nuestras promesas, también debería estarlo la de éste. Si, como yo creo, el impulso sexual no es como todos los demás impulsos, sino que está morbosamente inflamado, deberíamos ser especialmente cuidadosos de no permitirle que nos condujese a la deshonestidad.

A esto alguien puede responder que él consideró la promesa hecha en la iglesia como una mera formalidad y que jamás tuvo intención de cumplirla. ¿A quién, entonces, estaba intentando engañar cuando la hizo? ¿A Dios? Eso es muy poco inteligente. ¿A sí mismo? Esto es poco más inteligente que lo primero. ¿A la novia, o al novio, o a la familia política? Eso es una traición. En la mayoría de los casos, creo, la pareja, (o uno dejos dos) esperaba engañar al público. Querían la respetabilidad que lleva consigo el matrimonio sin tener la intención de pagar su precio: es decir, eran impostores, hicieron trampa. Si siguen siendo tramposos satisfechos, no tengo nada que decirles: ¿quién impondría el gran y difícil deber de la castidad a personas que aún no desean siquiera ser honestas? Si han vuelto a sus cabales y desean ser honestos, su promesa, ya expresada, los constriñe. Y esto, como veréis, pertenece al apartado de la justicia, no al de la castidad. Si la gente no cree en el matrimonio permanente, tal vez sea mejor que vivan juntos sin casarse antes que hacer promesas que no tienen la intención de cumplir. Es verdad que viviendo juntos sin casarse serán culpables (a los ojos del cristianismo) de fornicación.

Pero una falta no es enmendada añadiéndole otra: la falta de castidad no mejora añadiéndole el perjurio.

La idea de que «estar enamorados» es la única razón para permanecer casados no deja realmente espacio en absoluto para el matrimonio como un contrato o una promesa. Si el amor lo es todo, la promesa no puede añadir nada, y si no puede añadir nada entonces no debería hacerse. Lo curioso es que los enamorados mismos, mientras siguen realmente enamorados, saben esto mejor que aquellos que hablan del

amor. Como señaló Chesterton, los que están enamorados tienen una inclinación natural a vincularse por medio de promesas. Las canciones de amor del mundo entero están llenas de promesas de fidelidad eterna. La ley cristiana no impone sobre la pasión del amor algo que es ajeno a la naturaleza de esa pasión: exige que los enamorados se tomen en serio algo que su pasión por sí misma los impulsa a hacer.

Y, por supuesto, la promesa, hecha cuando estoy enamorado y porque estoy enamorado, de ser fiel al ser amado durante toda mi vida, me compromete a ser fiel aunque deje de estar enamorado. Una promesa debe ser hecha acerca de cosas que yo puedo hacer, acerca de actos: nadie puede prometer seguir sintiendo los mismos sentimientos. Sería lo mismo que prometiese no volver a sufrir ningún dolor de cabeza o tener siempre apetito. ¿Pero de qué sirve, podría preguntarse, mantener juntas a dos personas cuando ya no están enamoradas? Hay varias razones sociales de peso: proporcionarle un hogar a sus hijos, proteger a la mujer (que seguramente ha sacrificado o perjudicado su propia carrera para casarse) de ser abandonada cuando su marido se ha cansado de ella. Pero también hay otra razón de la cual estoy seguro, aunque la considere difícil de explicar.

Es difícil porque hay mucha gente que no puede llegar a comprender que cuando *B* es mejor que *C*, *A* puede ser aún mejor que *B*. A la gente le gusta pensar en términos de bueno y malo, no en términos de bueno, mejor y óptimo, o de malo, peor y pésimo. Quieren saber si crees que el patriotismo es bueno: si tú contestas que es, por supuesto, mucho mejor que el egoísmo individual, pero que es inferior a la caridad universal y que siempre debería dejar paso a la caridad universal cuando ambos entran en conflicto, creen que tu respuesta es evasiva. Te preguntan qué piensas de los duelos. Si respondes que es mucho mejor perdonar a un hombre que librar un duelo con él, pero que incluso un duelo podría ser mejor que una enemistad de por vida que se manifiesta en secretos intentos de perjudicar a ese hombre, se alejan lamentándose de que no quieres darles una respuesta directa. Espero que nadie cometa este error acerca de lo que ahora voy a decir.

Lo que llamáis «estar enamorados» es un estado glorioso y, en varios aspectos, es bueno para nosotros. Nos ayuda a ser generosos y valientes, nos abre los ojos no sólo a la belleza del ser amado sino a la belleza toda, y subordina (especialmente al principio) nuestra sexualidad meramente animal; en ese sentido, el amor es el gran conquistador de la lujuria. Nadie que estuviera en sus cabales negaría que estar enamorado es mucho mejor que la sensualidad común o que el frío egocentrismo. Pero, como he dicho antes, «lo más peligroso que podemos hacer es tomar cualquier impulso de nuestra propia naturaleza y ponerlo como ejemplo de que lo que deberíamos seguir a toda costa». Estar enamorado es bueno, pero no es lo mejor. Hay muchas cosas por debajo de eso, pero también hay cosas por encima. No se lo puede convertir en la base de toda una vida. Es un sentimiento noble, pero no deja de ser un

sentimiento. No se puede depender de que' ningún sentimiento perdure en toda su intensidad, ni siquiera de que perdure. El conocimiento puede perdurar, los principios pueden perdurar, los hábitos pueden perdurar, pero los sentimientos vienen y van. Y de hecho, digan lo que digan, el sentimiento de «estar enamorado» no suele durar. Si el antiguo final de los cuentos de hadas «y vivieron felices para siempre» se interpreta como «y sintieron durante los próximos cincuenta años exactamente lo que sentían el día antes de casarse», entonces lo que dice es lo que probablemente nunca fue ni nunca podría ser verdad, y algo que sería del todo indeseable si lo fuera. ¿Quién podría soportar vivir en tal estado de excitación incluso durante cinco años? ¿Qué sería de nuestro trabajo, nuestro apetito, nuestro sueño, nuestras amistades? Pero, naturalmente, dejar de «estar enamorados» no necesariamente implica dejar de amar. El amor en este otro sentido, el amor como distinto de «estar enamorado», no es meramente un sentimiento. Es una profunda unidad, mantenida por la voluntad y deliberadamente reforzada por el hábito; reforzada por (en los matrimonios cristianos) la gracia que ambos cónyuges piden, y reciben, de Dios. Pueden sentir este amor el uno por el otro incluso en los momentos en que no se gustan, del mismo modo que yo me amo a mí mismo incluso si no me gusto. Pueden retener este amor incluso cuando cada uno podría fácilmente, si se lo permitieran, estar «enamorado» de otra persona. «Estar enamorados» los llevó primero a prometerse fidelidad; este amor más tranquilo les permite guardar esa promesa. Es a base de este amor como funciona el motor del matrimonio: estar enamorados fue la ignición que lo puso en marcha.

Si no estáis de acuerdo conmigo diréis, por supuesto: «No sabe lo que está diciendo. El no está casado». Es muy posible que tengáis razón. Pero antes de que digáis eso, aseguraos de que me estáis juzgando por lo que realmente sabéis a partir de vuestra propia experiencia y observando la vida de vuestros amigos, y no por ideas que habéis sacado de libros y películas. Esto no es tan fácil de hacer como la gente cree. Nuestra experiencia está totalmente influenciada por libros y obras de teatro y por el cine, y hace falta paciencia y habilidad para desenredar las cosas que realmente hemos aprendido de la vida por nosotros mismos.

La gente saca de los libros la idea de que si te has casado con la persona adecuada puedes esperar seguir estando «enamorado» para siempre. Como resultado, cuando descubren que no lo están, creen que esto demuestra que se han equivocado y que tienen derecho a un cambio… sin darse cuenta de que, cuando hayan cambiado, el hechizo desaparecerá eventualmente de la nueva relación, del mismo modo que desapareció de la antigua. En este aspecto de la vida, como en muchos otros, las emociones vienen al principio, y no duran. La emoción que siente un muchacho ante la primera idea de volar no perdurará cuando se haya alistado en la R.A.F.[6] y realmente esté aprendiendo a volar. La emoción que uno experimenta cuando se ve

por primera vez un lugar encantador desaparece cuando va a vivir allí. ¿Significa esto que sería mejor no aprender a volar o no vivir en ese lugar encantador? De ningún modo. En ambos casos, si se sigue adelante, la desaparición de la primera emoción será compensada por un interés más sosegado y duradero. Lo que es más (y apenas encuentro palabras para deciros lo importante que considero esto); es justamente la gente que está dispuesta a someterse a la pérdida de esa primera intensa emoción y amoldarse al interés más sobrio la que tiene más probabilidad de encontrar nuevas emociones en otras direcciones diferentes. El hombre que ha aprendido a volar y se convierte en un buen piloto descubrirá de pronto la música; el hombre que se ha establecido en ese lugar encantador descubrirá la jardinería.

Esto es, en mi opinión, una pequeña parte de aquello a lo que Cristo se refería cuando dijo que una cosa no vivirá verdaderamente a menos que muera primero. Es sencillamente inútil intentar conservar las emociones fuertes: eso es lo peor que se puede hacer. Dejad que esas sensaciones desaparezcan —dejad que mueran—, seguid adelante a través de ese período de muerte hacia el interés más sosegado y la felicidad que lo suceden, y descubriréis que estáis viviendo en un mundo que os proporciona nuevas emociones todo el tiempo. Pero si decidís hacer de las emociones fuertes vuestra dieta habitual e intentáis prolongarlas artificialmente, se volverán cada vez más débiles y cada vez menos frecuentes, y seréis viejos aburridos y desilusionados durante el resto de vuestra vida. Precisamente porque hay tan poca gente que comprenda esto encontramos muchos hombres y mujeres de mediana edad lamentándose de su juventud perdida a la edad misma en la que nuevos horizontes deberían aparecérseles y nuevas puertas deberían abrirse a su alrededor. Es mucho más divertido aprender a nadar que seguir interminablemente (y desesperadamente) intentando recobrar lo que sentisteis la primera vez que os mojasteis en la orilla de pequeños.

Otra idea que sacamos de novelas y obras de teatro es que «enamorarse» es algo casi irresistible, algo que simplemente le ocurre a uno, como el sarampión. Y porque creen esto, algunas personas casadas tiran la toalla y se rinden cuando se sienten atraídas por una nueva relación. Pero yo me inclino a pensar que estas pasiones irresistibles son mucho más raras en la vida real que en los libros, al menos cuando uno es un adulto. Cuando conocemos a una persona guapa, inteligente y simpática, deberíamos, por supuesto, admirar y apreciar estas buenas cualidades. ¿Pero no depende en gran medida de nuestra propia elección el hecho de que este amor se convierta, o no, en lo que llamamos «estar enamorados?» Es indudable que si nuestras mentes están llenas de novelas y obras teatrales y canciones sentimentales, y nuestros cuerpos llenos de alcohol, convertiremos cualquier tipo de amor que sintamos en esa clase de amor: del mismo modo que si tenéis un surco en vuestro camino, el agua de lluvia se acumulará en ese surco, y si lleváis gafas de color azul,

todo lo que veáis se volverá azul. Pero eso será culpa nuestra.

Antes de abandonar el tema del divorcio, quisiera distinguir dos cosas que muchas veces se confunden. La concepción cristiana del matrimonio es una; la otra es una cuestión muy diferente. ¿Hasta qué punto deberían los cristianos, si son votantes o miembros del Parlamento, intentar imponer sus opiniones sobre el matrimonio al resto de la comunidad incorporándolas a las leyes del divorcio? Mucha gente parece pensar que si uno es cristiano debería hacer que el divorcio fuera difícil para todos. Yo no opino lo mismo. Al menos, sé que me indignaría si los musulmanes intentaran impedirnos beber vino a todos los demás. Mi opinión es que las Iglesias deberían reconocer francamente que la mayoría de los ingleses no son cristianos y que, por lo tanto, no se puede esperar que vivan vidas cristianas. Debería haber dos clases distintas de matrimonio: uno gobernado por el estado y cuyas reglas fuesen impuestas a todos los ciudadanos, y el otro gobernado por la Iglesia cuyas reglas fuesen impuestas por ella a sus miembros. La distinción debería ser muy nítida, de modo que cualquiera supiese qué parejas están casadas en el sentido cristiano y qué parejas no lo están.

Baste esto acerca de la doctrina cristiana sobre la permanencia del matrimonio. Aún nos queda algo, más impopular aún, que tratar. Las esposas cristianas prometen obedecer a sus maridos. En un matrimonio cristiano se dice que el hombre es «la cabeza». Aquí se presentan, obviamente, dos cuestiones. 1) ¿Por qué ha de haber una «cabeza»? ¿Por qué no la igualdad? y 2) ¿Por qué tiene que ser el hombre?

1) La necesidad de una cabeza deriva de la idea de que el matrimonio es permanente. Naturalmente, siempre que el marido y la mujer estén de acuerdo, no es necesario que surja la idea de una «cabeza», y debemos esperar que éste sea el estado normal de las cosas en un matrimonio cristiano. Pero cuando haya un serio desacuerdo, ¿qué sucederá? Se discutirá, por supuesto, pero estoy asumiendo que la pareja ya ha hecho eso y sigue sin llegar a un acuerdo. ¿Qué hacen a continuación? No pueden decidir por el voto de la mayoría, porque en un grupo de dos no puede haber mayoría. Es indudable que sólo puede ocurrir una de dos cosas: o deben separarse e ir cada uno por su lado, o uno de los dos debe tener un voto decisivo. Si el matrimonio es permanente, una de las dos partes debe, en última instancia, tener el poder de decidir la política familiar. No es posible tener una asociación permanente sin una constitución.

2) Si ha de haber una cabeza, ¿por qué el hombre? Bueno, en primer lugar, ¿hay alguna razón de peso por la que debería ser la mujer? Como he dicho, yo no estoy casado, pero creo que incluso una mujer que quiere ser la cabeza de su propia familia no suele admirar el mismo estado de cosas si descubre que está sucediendo en la casa de al lado. Es más probable que diga: «¡Pobre Sr. X! No puedo entender cómo permite que esa espantosa mujer lo domine de la manera en que lo hace.» Y no creo

que incluso se sienta halagada si alguien le menciona el hecho de su propia «dominación». Debe de haber algo antinatural acerca de la supremacía de las mujeres sobre los maridos, porque las mujeres mismas se avergüenzan de ella y desprecian a los maridos a quienes dominan. Pero también hay otra razón, y aquí hablo francamente como soltero, porque es una razón que puede observarse desde fuera incluso mejor que desde dentro. Las relaciones de la familia con el mundo exterior —lo que podría llamarse su política exterior— deben depender, en última instancia, del hombre, porque éste siempre debería ser, y suele serlo, mucho más justo con los extraños. Una mujer principalmente está luchando por sus hijos y su marido contra el resto del mundo. Naturalmente, y casi, en un sentido, con justicia, sus derechos se imponen, para ella, a todos los demás. Ella es la fiadora especial de sus intereses. La función del marido es cuidar de que esta preferencia natural de la mujer no pase por encima de todo. El tiene la última palabra con el fin de proteger a los demás del intenso patriotismo familiar de la mujer. Si alguien pone esto en duda, permítaseme hacer una sencilla pregunta. Si vuestro perro ha mordido al niño de la casa de al lado, o si vuestro niño ha hecho daño al perro de al lado, ¿con quién preferiríais entenderos, con el dueño de casa o con la dueña? O, si sois mujeres casadas, dejadme preguntaros lo siguiente: por mucho que admiréis a vuestro marido, ¿no diríais que su defecto principal es su tendencia a no defender sus derechos y los vuestros ante los vecinos tan contundentemente como quisierais? ¿No es un poco un pacificador?

7. El perdón

Dije en un capítulo anterior que la castidad era la menos popular de las virtudes cristianas. Pero no estoy seguro de no haberme equivocado. Creo que la virtud sobre la que tengo que hablar hoy es aún menos popular: la regla cristiana de «amarás a tu prójimo como a ti mismo». Porque en la moral cristiana «tu prójimo» incluye a «tu enemigo», y así nos encontramos con este terrible deber de perdonar a nuestros enemigos.

Todo el mundo dice que el perdón es una hermosa idea hasta que tienen algo que perdonar, como nos ocurrió durante la guerra. Entonces, el mero hecho de mencionar el tema significaba ser recibidos con gritos de protesta. No es que la gente piense que esta virtud es demasiado refinada o difícil: la considera odiosa y despreciable. «Esta conversación me enferma», dicen. Y la mitad de vosotros estáis a punto de decirme: «Me pregunto qué le parecería perdonar a la Gestapo si fuera usted polaco o judío.»

También yo me lo pregunto. Me lo pregunto muchas veces. Del mismo modo que cuando el cristianismo me dice que no debo negar mi religión ni siquiera para salvarme de morir bajo tortura, me pregunto muchas veces qué haría llegado el caso. No intento deciros en este libro lo que haría —podría hacer bien poco—; os digo lo que es el cristianismo. Yo no lo inventé.

Y ahí, en el medio mismo del cristianismo, encuentro: «Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» No hay ni la más remota sugerencia de que se nos ofrece el perdón en otros términos. Se deja perfectamente claro que si no perdonamos no seremos perdonados. No cabe ninguna duda. ¿Qué vamos a hacer?

De todos modos será bastante difícil, pero creo que hay dos cosas que podemos hacer para que resulte más fácil. Cuando empezamos con las matemáticas no empezamos por el cálculo; comenzamos con unas sencillas sumas. Del mismo modo, si realmente queremos (pero todo depende de quererlo realmente) aprender a perdonar, tal vez sea mejor que empecemos con algo más fácil que la Gestapo. Podríamos empezar por perdonar a nuestro marido o nuestra mujer, o a nuestros padres o a nuestros hijos, o al oficial no-comisionado más cercano, por algo que hayan dicho o hecho la semana pasada. Probablemente esto nos mantenga ocupados por un tiempo. Y en segundo lugar, podríamos intentar comprender exactamente qué significa amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Tengo que amar a mi prójimo como me amo a mí mismo. Bien, ¿cómo, exactamente, me amo a mí mismo?

Ahora que lo pienso, no experimento lo que se dice un sentimiento de cariño o afecto por mí mismo, y ni siquiera disfruto siempre de mi propia compañíia. Así que «ama a tu prójimo» no significa «tenle cariño» o «encuéntralo atractivo». Tendría que haberme dado cuenta de eso antes porque, naturalmente, uno no puede sentir cariño

por alguien intentándolo. ¿Tengo buena opinión de mí, me considero una buena persona? Bueno, me temo que a veces sí (y esos son, sin duda, mis peores momentos), pero esa no es la razón por la que me amo a mí mismo. De hecho, es al revés: el amor que me tengo hace que me tenga por una buena persona, pero tenerme por una buena persona no es la razón por la que me amo a mí mismo. De modo que amar a mis enemigos tampoco parece significar que los tenga por buenas personas. Eso es un enorme alivio. Ya que un gran número de personas imagina que perdonar a nuestros enemigos significa hacer ver que no son tan mala gente después de todo, cuando resulta bastante evidente que sí lo son. Vayamos un paso más allá. En mis momentos más clarividentes no sólo no me considero una buena persona sino que sé que soy una persona muy mala. Puedo contemplar algunas de las cosas que he hecho con rechazo y horror. De modo que en apariencia se me permite odiar y rechazar algunas de las cosas que hacen mis enemigos. Y ahora que lo pienso, recuerdo que los maestros cristianos me decían hace mucho tiempo que debo odiar las malas acciones de un hombre pero no odiar al mal hombre, o, como ellos dirían, odiar el pecado pero no al pecador.

Durante largo tiempo pensé que esta era una distinción estúpida y mezquina. ¿Cómo se podía odiar lo que hacía un hombre y no odiar al hombre? Pero años más tarde se me ocurrió que había un hombre con el que yo había puesto esto en práctica durante toda mi vida. Ese hombre era yo mismo. Por mucho que me disgustase mi cobardía o mi vanidad o mi codicia, seguía queriéndome a mí mismo. Jamás había tenido la más ligera dificultad en ello. De hecho, la razón misma por la que odiaba esas cosas era que amaba al hombre. Justamente ,porque me amaba a mí mismo lamentaba descubrir que era la clase de hombre que hacía esas cosas. En consecuencia, el cristianismo no quiere que reduzcamos en un átomo el odio que sentimos por la crueldad y la traición. Deberíamos odiarlas. Ni una sola palabra de lo que hemos dicho sobre ellas necesita ser desdicha. Pero el cristianismo quiere que las odiemos del mismo modo en que odiamos esas cosas en nosotros mismos: lamentando que ese hombre haya hecho esas cosas y esperando, si es posible, que de algún modo, en algún momento, en algún lugar, el hombre puede ser curado y humanizado de nuevo.

La prueba de fuego es ésta. Supongamos que leemos una historia de terribles atrocidades en el periódico. Supongamos que luego aparece algo que sugiere que la historia podría no ser del todo cierta, o no tan mala como parecía al principio. ¿Lo primero que pensamos es: «Gracias a Dios, ni siquiera ellos son tan malos», o experimentamos un sentimiento de desencanto, o incluso la determinación de aferramos a la primera historia por el mero placer de pensar que nuestros enemigos son tan malos como sea posible? Si lo que experimentamos es lo segundo, me temo que esto es el primer paso en un proceso que, seguido hasta el final, nos convertirá en

demonios. Porque esto indica que empezamos a desear que lo negro sea un poco más negro. Si le damos curso a ese deseo, más tarde desearemos ver lo gris como si fuera negro, y luego ver incluso lo blanco como si fuera negro. Finalmente, insistiremos en verlo todo —Dios, nuestros amigos, y hasta nosotros mismos— igual de malo, y no podremos dejar de hacerlo: nos quedaremos fijos para siempre en un universo de puro odio.

Ahora vayamos un poco más allá. ¿Amar a nuestros enemigos significa no castigarlos? No, porque amarme a mí mismo no significa que no deba someterme a mí mismo a castigo, incluso a la muerte. Si uno hubiera cometido un asesinato, lo correcto, lo cristiano, sería entregarse a la policía y ser ahorcado. Por lo tanto, en mi opinión, es perfectamente lícito que un juez cristiano sentencie a muerte a un hombre, o que un soldado cristiano mate a un enemigo. Siempre lo he pensado, desde que me convertí al cristianismo, y mucho antes de la guerra, y sigo pensándolo ahora que estamos en paz. De nada sirve citar el «No matarás». Hay dos palabras griegas: la palabra *matar* y la palabra *asesinar*. Y cuando Cristo cita ese mandamiento utiliza la palabra equivalente a *asesinar* en los tres Evangelios, el de Mateo, el de Marcos y el de Lucas. Y me dicen que la misma distinción se hace en la versión hebrea. No toda muerte es un asesinato del mismo modo que no toda relación sexual es un adulterio. Cuando los soldados acudieron a San Juan el Bautista preguntándole qué debían hacer, éste ni remotamente les sugirió que debían dejar el ejército; ni Cristo, cuando se encontró con un sargento romano —a los que llamaban centuriones— La idea del caballero —el cristiano armado para defender una causa noble— es una de las grandes ideas cristianas. La guerra es algo terrible y yo respeto a todos los pacifistas sinceros, aunque pienso que están completamente equivocados. Lo que no puedo comprender es esta especie de semi-pacifismo que se encuentra hoy en día, que hace pensar a la gente que aunque se tenga que luchar, hay que hacerlo con caras largas y como si uno se avergonzara de ello. Es ese sentimiento lo que despoja a muchos magníficos jóvenes cristianos que están en filas de algo a lo que tienen derecho, algo que es el acompañamiento natural del coraje… una especie de entrega y alegría.

A menudo he pensado cómo hubiera sido si, cuando combatí en la primera guerra mundial, yo y algunos jóvenes alemanes nos hubiéramos dado muerte simultáneamente y nos hubiéramos encontrado un momento después de la muerte. No puedo imaginar que hubiéramos sentido ningún resentimiento o ni siquiera vergüenza. Creo que nos hubiéramos reído de lo ocurrido.

Imagino que alguno dirá: «Bueno, si a uno se le permite condenar las acciones del enemigo, y castigarlo, y matarlo, ¿qué diferencia hay entre la moral cristiana y el punto de vista corriente?» Toda la diferencia del mundo. Recordad que los cristianos pensamos que el hombre vive para siempre. Por lo tanto, lo que realmente importa son esas pequeñas marcas o señales en la parte interior o central del alma que van a

convertirla, a la larga, en una criatura celestial o una criatura demoníaca. Podemos matar, si es necesario, pero no podemos odiar ni disfrutar odiando. Podemos castigar, si es necesario, pero no podemos disfrutar haciéndolo. En otras palabras, algo dentro de nosotros, el resentimiento, la sensación de venganza, deben sencillamente ser aniquilados. No quiero decir que alguien pueda decidir en este momento que nunca volverá a sentir esas cosas. No es así como sucede. Quiero decir que cada vez que estos sentimientos asoman la cabeza, día tras día, año tras año, durante toda nuestra vida, debemos hacerlos desaparecer. En una tarea difícil, pero el intento no es imposible. Incluso mientras matamos o castigamos debemos tratar de sentir por el enemigo lo que sentimos por nosotros mismos: desear que no fuese tan malo, esperar que pueda, en este mundo o en el otro, ser curado; de hecho, desearle el bien. A eso es a lo que se refiere la Biblia cuando dice que debemos amar a nuestros enemigos: deseándoles el bien, y no teniéndoles afecto o diciendo que son buenos cuando no lo son.

Admito que esto significa amar a personas que no tienen nada de amable. Pero, ¿tiene uno mismo algo de amable? Uno se ama simplemente porque es uno. Dios nos pide que amemos a todos los seres del mismo modo y por la misma razón; pero El nos ha dado la operación llevada a cabo en su totalidad en nuestro propio caso para mostrarnos cómo funciona. Tenemos entonces que proceder a aplicar la misma regla a todos los demás seres. Tal vez lo haga más fácil recordar que ese es el modo en que Dios nos ama a nosotros. No por ninguna cualidad atractiva o digna de amor que creamos tener, sino sólo porque existimos. Puesto que realmente no hay otra cosa en nosotros que amar. Criaturas como nosotros, a quienes de hecho el odio nos proporciona un placer tal que renunciar a él es como renunciar a la cerveza o al tabaco…

8. El gran pecado

Hoy llegamos a esa parte de la moral cristiana que difiere mucho más rotundamente de todas las demás. Hay un vicio del que ningún hombre del mundo está libre, que todos los hombres detestan cuando lo ven en los demás y del que apenas nadie, salvo los cristianos, imagina ser culpable. He oído a muchos admitir que tienen mal carácter, o que no pueden abstenerse de las mujeres, o de la bebida, o incluso que son cobardes. No creo haber oído a nadie que no fuera cristiano ^acusarse de este otro vicio. Y al mismo tiempo, pocas veces he conocido a alguien que no fuera cristiano que demostrase la más mínima compasión con este vicio en otras personas. No hay defecto que haga a un hombre más impopular, y ninguno del que seamos más inconscientes en nosotros mismos. Y cuanto más lo tenemos en nosotros mismos más nos disgusta en los demás.

El vicio al que me refiero es el orgullo o la vanidad, y la virtud que se le opone es, en la moral cristiana, la humildad. Tal vez recordéis, cuando hablaba de moral sexual, que os advertí que el centro de la moral cristiana no residía allí. Pues bien, ahora hemos llegado a ese centro. Según los maestros cristianos, el vicio esencial, el mal más terrible, es el orgullo.

La falta de castidad, la ira, la codicia, la ebriedad y cosas tales son meros pecadillos en comparación. Fue a través del orgullo como el demonio se convirtió en demonio: el orgullo conduce a todos los demás vicios: es el estado mental completamente anti-Dios.

¿Os parece esto exagerado? Si es así, pensadlo un poco. He señalado hace un momento que cuanto más orgullo tenía uno más aborrecía el orgullo en los demás. De hecho, si queréis averiguar lo orgullosos que sois lo más fácil es preguntaros: «¿Hasta qué punto me disgusta que otros me desprecien, o se nieguen a fijarse en mí, o se entrometan en mi vida, o me traten con paternalismo, o se den aires?» El hecho es que el orgullo de cada persona está en competencia con el orgullo de todos los demás. Es porque yo quería ser el alma de la fiesta por lo que me molestó tanto que alguien más lo fuera. Dos de la misma especie nunca están de acuerdo. Lo que es necesario aclarar es que el orgullo es *esencialmente* competitivo —es competitivo por su naturaleza misma—, mientras que los demás vicios son competitivos sólo, por así decirlo, por accidente. El orgullo no deriva de ningún placer de poseer algo, sino sólo de poseer algo más de eso que el vecino. Decimos que la gente está orgullosa de ser rica, o inteligente, o guapa, pero no es así. Están orgullosos de ser más ricos, más inteligentes o más guapos que los demás. Si todos los demás se hicieran igualmente ricos, o inteligentes o guapos, no habría nada de lo que estar orgulloso. Es la comparación lo que nos vuelve orgullosos: el placer de estar por encima de los demás. Una vez que el elemento de competición ha desaparecido, el orgullo

desaparece. Por eso digo que el orgullo es esencialmente competitivo de un modo en que los demás vicios no lo son. El impulso sexual puede empujar a dos hombres a competir si ambos desean a la misma mujer. Pero un hombre orgulloso os quitará la mujer, no porque la desee, sino para demostrarse a sí mismo que es mejor que vosotros. La codicia puede empujar a dos hombres a competir si no hay bastante de lo que sea para los dos, pero el hombre orgulloso, incluso cuando ya tiene más de lo que necesita, intentará obtener aún más para afirmar su poder. Casi todos los males del mundo que la gente atribuye a la codicia o al egoísmo son, en mucha mayor medida, el resultado del orgullo.

Tomemos el dinero. La codicia hará sin duda que un hombre desee el dinero, para tener una casa mejor, mejores vacaciones, mejores cosas que comer y beber. Pero sólo hasta cierto punto. ¿Qué es lo que hace que un hombre que gane 10.000 libras al año ansíe ganar 20.000 libras? No es la ambición de mayor placer. 10.000 libras le darán todos los lujos que un hombre puede realmente disfrutar. Es el orgullo… el deseo de ser más rico que algún otro hombre rico, y (aún más) el deseo de poder. Puesto que, naturalmente, el poder es lo que el orgullo disfruta realmente: no hay nada que haga que un hombre se sienta superior a los demás como ser capaz de manipularlos como soldados de juguete. ¿Qué hace que una muchacha bonita reparta miseria allí donde vaya coleccionando admiradores? Ciertamente no su instinto sexual: esa clase de muchacha suele ser sexualmente frígida. Es el orgullo. ¿Qué es lo que hace que un líder político o una nación entera sigan pidiendo más y más, exigiendo más y más? Otra vez el orgullo. El orgullo es competitivo por su naturaleza misma: por eso cada ' vez demanda más y más poder. Si yo soy orgulloso, mientras haya otro hombre en el mundo que sea más poderoso, más rico o más inteligente que yo, ese hombre será mi rival y mi enemigo.

Los cristianos tienen razón: es el orgullo el mayor causante de la desgracia en todos los países y en todas las familias desde el principio del mundo. Otros vicios pueden a veces acercar a las personas: es posible encontrar camaradería y buen talante entre borrachos o entre personas que no son castas. Pero el orgullo siempre significa la enemistad: es la enemistad. Y no sólo la enemistad entre hombre y hombre, sino también la enemistad entre el hombre y Dios.

En Dios nos encontramos con algo que es en todos los aspectos inconmesurablemente superior a nosotros. A menos que reconozcamos esto —y, por lo tanto, que nos reconozcamos como nada en comparación— no conocemos a Dios en absoluto. Un hombre orgulloso siempre desprecia todo lo que considera por debajo de él, y, naturalmente, mientras se desprecia lo que se considera por debajo de uno, no es posible apreciar lo que está por encima.

Eso nos plantea una terrible pregunta. ¿Cómo es posible que personas que evidentemente están devoradas por el orgullo puedan decir que creen en Dios y

aparecer ante sí mismas como muy religiosas? Me temo que significa que están venerando a un Dios imaginario. En teoría admiten no ser nada en presencia de ese fantasma que es Dios, pero en realidad están imaginando en todo momento que El los aprueba y los considera mucho mejores que el resto de la gente corriente; es decir, pagan un insignificante tributo de imaginaria humildad a Dios y sacan de ello una ingente cantidad de orgullo con respecto a sus congéneres. Supongo que Cristo pensaba en personas así cuando dijo que algunos predicarían acerca de El y arrojarían demonios en Su nombre, sólo para escuchar de Sus labios, al final de los tiempos, que El jamás los había conocido. Y cualquiera de nosotros puede caer en cualquier momento en esta trampa mortal. Afortunadamente, tenemos una prueba. Cada vez que pensemos que nuestra vida religiosa nos está haciendo sentir que somos buenos —y sobre todo que somos mejores que los demás— creo que podemos estar seguros de que es el diablo, y no Dios, quien está obrando en nosotros. La auténtica prueba de que estamos en presencia de Dios es que, o nos olvidamos por completo de nosotros mismos, o nos vemos como objetos pequeños y despreciables. Y es mejor olvidarnos por completo de nosotros mismos.

Es terrible que el peor de todos los vicios pueda infiltrarse en el centro mismo de nuestra vida religiosa. Pero podemos comprender por qué. Los otros, y menos malos, vicios, vienen de que el demonio actúa en nosotros a través de nuestra naturaleza animal. Pero éste no viene a través de nuestra naturaleza animal en absoluto. Este viene directamente del infierno. Es puramente espiritual, y en consecuencia, es mucho más mortífero y sutil. Por la misma razón, el orgullo puede ser a menudo utilizado para combatir los vicios menores. Los maestros, de hecho, a menudo acuden al orgullo de los alumnos, o, como ellos lo llaman, a la estimación que sienten por sí mismos, para impulsarles a comportarse correctamente: más de un hombre ha superado la cobardía, la lujuria o el mal carácter aprendiendo a pensar que estas cosas no son dignas de él… es decir, por orgullo. El demonio se ríe. Le importa muy poco ver cómo os hacéis castos y valientes y dueños de vuestros impulsos siempre que, en todo momento, él esté infligiendo en vosotros la dictadura del orgullo… del mismo modo que no le importaría que se os curasen los sabañones si se le permitiera a cambio infligiros un cáncer. Porque el orgullo es un cáncer espiritual, devora la posibilidad misma del amor, de la satisfacción, o incluso del sentido común.

Antes de abandonar este tema quiero advertiros de algunos posibles malentendidos:

1) El placer ante el elogio no es orgullo. El niño al que se felicita por haberse aprendido bien su lección, la mujer cuya belleza es alabada por su amante, el alma redimida a la que Cristo dice «Bien hecho», se sienten complacidos, y así debería ser. Porque aquí el placer reside no en lo que somos, sino en el hecho de que hemos complacido a alguien a quien queríamos (y con razón) complacer. El problema

empieza cuando se pasa de pensar: «Le he complacido: todo está bien», a pensar: «Qué estupenda persona debo ser para haberlo hecho.» Cuanto más nos deleitamos en nosotros mismos y menos en el elogio, peores nos hacemos. Cuando nos deleitamos enteramente en nosotros mismos y el elogio no nos importa nada, hemos tocado fondo. Por eso la vanidad, aunque es la clase de orgullo que más se muestra en la superficie, es realmente la menos mala y la más digna de perdón. La persona vanidosa quiere halagos, aplauso, admiración en demasía, y siempre los está pidiendo. Es un defecto, pero un defecto infantil e incluso (de un modo extraño) un defecto humilde. Demuestra que no estás del todo satisfecho con tu propia admiración. Das a los demás el valor suficiente como para querer que te miren. Sigues, de hecho, siendo humano. El orgullo auténticamente negro y diabólico viene cuando desprecias tanto a los demás que no te importa lo que piensen de ti. Naturalmente está muy bien, y a menudo es un deber, el no importarnos lo que los demás piensen de nosotros, si lo hacemos por las razones adecuadas; por ejemplo, porque nos importe muchísimo más lo que piense Dios. Pero la razón por la que al hombre orgulloso no le importa lo que piensen los demás es diferente. El dice: «¿Por qué iba a importarme el aplauso de esa gentuza, como si su opinión valiera para algo? E incluso si su opinión tuviera algún valor, ¿soy yo la clase de hombre que se ruboriza de placer ante un cumplido como una damisela en su primer baile? No, yo soy una personalidad integrada y adulta. Todo lo que he hecho ha sido hecho para satisfacer mis propios ideales —o mi conciencia artística, o las tradiciones de mi familia— o, en una palabra, porque soy esa *clase de hombre*. Si eso le gusta al vulgo, que le guste. No significan nada para mí.» De este modo el puro y auténtico orgullo puede actuar como un freno de la vanidad, porque, como he dicho hace un momento, al demonio le encanta «curar» un pequeño defecto dándonos a cambio uno grande. Debemos tratar de no ser vanidosos, pero jamás hemos de recurrir a nuestro orgullo para curar nuestra vanidad: la sartén es mejor que el fuego.

2) Decimos que un hombre está «orgulloso» de su hijo, o de su padre, o de su escuela o de su regimiento, y podría preguntarse si el «orgullo» en este sentido es pecado. Creo que esto depende de qué exactamente queremos decir con estar «orgulloso» de algo. Muy a menudo, en frases como esas, las palabras «estar orgulloso» significan «sentir una cálida admiración» por algo o alguien. Tal admiración está, por supuesto, muy lejos de ser un pecado. Pero podría tal vez significar que la persona en cuestión se jacta de su distinguido padre, o de pertenecer a un famoso regimiento. Esto, indudablemente, sería una falta, pero aún así sería mejor que sentirse orgulloso sencillamente de sí mismo. Amar o admirar cualquier cosa que no sea uno es alejarse un paso de la ruina espiritual absoluta; aunque no estaremos bien mientras amemos o admiremos cualquier cosa más de lo que amamos y admiramos a Dios.

3) No debemos pensar que el orgullo es algo que Dios prohíbe porque se siente ofendido por él, o que la humildad es algo que él exige como algo debido a Su dignidad… como si Dios mismo fuese orgulloso. A Dios no le preocupa en lo más mínimo Su dignidad. El hecho es que Él quiere que le conozcamos: quiere entregarse a Sí mismo. Y El y nosotros somos de tal especie que si realmente entramos en algún tipo de contacto con El nos sentiremos, de hecho, humildes… alegremente humildes, sintiendo el infinito alivio de habernos librado por una vez de toda la necia insensatez de nuestra propia dignidad, que nos ha hecho sentirnos inquietos y desgraciados toda la vida. Dios está intentando hacernos humildes para que este momento sea posible; está intentando despojarnos de todos los vanos adornos y disfraces con los que nos hemos ataviado y con los que nos paseamos como pequeños imbéciles que somos. Ojalá yo mismo hubiese llegado un poco más lejos con la humildad: si así fuera, probablemente podría deciros más acerca del alivio, la comodidad de quitarme ese disfraz… de quitarme ese falso ego con todos sus «Miradme» y «¿No soy un buen chico?» y todas sus poses y posturas. Acercarse apenas un poco a ese alivio, aunque sólo sea por un momento, es lo que un vaso de agua fresca para un hombre en medio de un desierto.

4) No imaginéis que si conocéis a un hombre realmente humilde será lo que la mayoría de la gente llama «humilde» hoy en día. No será la clase de persona untuosa y reverente que no cesa de decir que él, naturalmente, no es nadie. Seguramente lo que pensaréis de él es que se trata de un hombre alegre e inteligente que pareció interesarse realmente en lo que *vosotros* le decíais a *él* Si os cae mal será porque sentís una cierta envidia de alguien que parece disfrutar con tanta facilidad de la vida. Ese hombre no estará pensando en la humildad: no estará pensando en sí mismo en absoluto.

Si alguien quiere adquirir humildad, creo que puedo decirle cuál es el primer paso. El primer paso es darse cuenta de que uno es orgulloso. Y este paso no es pequeño. Al menos, no se puede hacer nada antes de darlo. Si pensáis que no sois vanidosos, es que sois vanidosos de verdad.

9. Caridad

Dije en un capítulo anterior que había cuatro virtudes cardinales y tres virtudes teologales. Las tres virtudes teologales son fe, esperanza y caridad. Hablaremos de la fe en los dos próximos capítulos. Tratamos en parte de la caridad en el capítulo 7, pero allí me concentré en esa parte de la caridad que se llama perdón. Ahora quiero añadir algo más.

Primero, en cuanto al significado de la palabra. Ahora la «caridad» significa simplemente lo que antes se llamaba «limosnas», es decir, ayudar a los pobres. Originalmente su significado era mucho más amplio. (Pueden ver cómo obtuvo el significado moderno. Si un hombre tiene «caridad», ayudar a los pobres es una de las cosas más evidentes que hace, y por eso la gente dio en hablar de ello como si la caridad fuera solamente eso. Del mismo modo, la «rima» es lo más evidente de la poesía, y así la gente quiere decir por «poesía» lo que simplemente es rima y nada más.) Caridad significa «amor en el sentido cristiano». Pero el amor, en el sentido cristiano, no significa una emoción. Es un estado, no de los sentimientos, sino de la voluntad; el estado de la voluntad que naturalmente tenemos acerca de nosotros mismos, y que debemos aprender a tener acerca de los demás.

Ya señalé en el capítulo sobre el perdón que nuestro amor por nosotros mismos no significa que nos *gustemos* a nosotros mismos. Significa que deseamos nuestro propio bien. Del mismo modo, el amor cristiano (o la caridad) por nuestros prójimos es algo muy diferente de la simpatía o el afecto. Nos «gustan» o «apreciamos» a algunas personas y no a otras. Es importante comprender que esta simpatía natural no es ni un pecado ni una virtud, del mismo modo que vuestro gusto o disgusto por una comida no lo son. Son sólo hechos. Pero, claro, lo que hacemos acerca de ello es o pecaminoso o virtuoso.

Una simpatía o un afecto natural por la gente hace que sea más fácil ser «caritativos» con ellos. Por lo tanto, es normalmente un deber alentar nuestros afectos —«gustar» de la gente tanto como podamos (del mismo modo que a menudo debemos alentar nuestro gusto por el ejercicio o la comida sana)— no porque este afecto sea en sí mismo la virtud de la caridad, sino porque la ayuda. Por otro lado, también es necesario mantener una atenta vigilancia en caso de que nuestra simpatía por una persona en particular nos vuelva menos caritativos, o incluso injustos, con alguien más. Incluso hay casos en los que nuestra simpatía interfiere con nuestra caridad por la persona que nos es simpática. Por ejemplo, una madre amante, llevada por su afecto natural, puede sentirse tentada de «malcriar» a su hijo; es decir, de gratificar sus propios impulsos afectuosos a costa de la auténtica felicidad de la criatura más adelante.

Pero a pesar de que las simpatías naturales deberían ser alentadas, sería

equivocado pensar que el modo de volverse caritativo es tratar de fabricar sentimientos de afecto. Algunas personas son «frías» por naturaleza; puede que eso sea una desgracia para ellos, pero no es más pecado que hacer mal la digestión, y no los aleja de la posibilidad, o los disculpa del deber, de aprender a ser caritativos. La regla para todos nosotros es perfectamente simple. No perdáis el tiempo preguntándoos si «amáis» a vuestro prójimo: comportaos como si fuera así. En cuanto hacemos esto, descubrimos uno de los grandes secretos. Cuando nos comportamos como si amásemos a alguien, al cabo del tiempo llegaremos a amarlo. Si le hacemos daño a alguien que nos disgusta, descubriremos que nos disgusta aún más que antes. Si le hacemos un favor, encontraremos que nos disgusta menos. Hay, ciertamente, una excepción. Si le hacemos un favor, no para agradar a Dios u obedecer la regla de la caridad, sino para demostrarle lo buenos y generosos que somos y convertirlo en acreedor nuestro, y luego nos sentamos a esperar su «gratitud», seguramente nos veremos decepcionados. (La gente no es tonta: enseguida se da cuenta de la ostentación, o el paternalismo.) Pero cada vez que hacemos un bien a otra persona, sólo porque es una persona, hecha (como nosotros) por Dios, y deseando su felicidad como nosotros deseamos la nuestra, habremos aprendido a amarla un poco más o, al menos, a que nos desagrade un poco menos.

En consecuencia, a pesar de que la caridad cristiana le parece algo muy frío a la gente que piensa en el sentimentalismo, y aunque es bastante distinta del afecto, conduce, sin embargo, al afecto. La diferencia entre un cristiano y un hombre mundano no es que el hombre mundano sólo siente afectos o «simpatías» y el cristiano sólo siente «caridad». El hombre mundano trata a ciertas personas amablemente porque le «gustan»; el cristiano, intentando tratar a todo el mundo amablemente, se encuentra a sí mismo gustando cada vez de más gente, incluyendo personas que al principio jamás se hubiera imaginado le gustarían.

Esta misma ley espiritual funciona de un modo terrible en el sentido inverso. Los nazis, al principio, tal vez maltratasen a los judíos porque los odiaban; más tarde los odiaron mucho más porque los habían maltratado. Cuanto más crueles seamos, más odiaremos, y cuanto más odiemos, más crueles nos volveremos… y así sucesivamente en un círculo vicioso para siempre.

El mal y el bien aumentan los dos a un interés compuesto. Por eso, las pequeñas decisiones que vosotros y yo hacemos todos los días son de una importancia infinita. La más pequeña buena acción de hoy es la conquista de un punto estratégico desde el cual, unos meses más tarde, podremos avanzar hacia victorias con las que nunca soñamos. Ceder hoy a nuestra ira o nuestra lujuria, por trivial que sea esa concesión, es la pérdida de un camino, una vía férrea o un puente desde los que el enemigo puede lanzar un ataque de otro modo imposible.

Algunos escritores utilizan la palabra caridad para describir no sólo el amor

cristiano entre seres humanos, sino también el amor de Dios para con los hombres y de los hombres para con Dios. Acerca de la segunda clase de amor la gente a menudo se preocupa. Se les dice que deben amar a Dios. Y no pueden hallar ese sentimiento en sí mismos. ¿Qué deben hacer? La respuesta es la misma que antes. Comportaos como si lo amarais. No intentéis fabricar sentimientos. Preguntaos: «Si yo estuviera seguro de amar a Dios, ¿qué haría?» Cuando hayáis encontrado la respuesta, id y hacedlo.

En general, pensar en el amor de Dios por nosotros es algo mucho más seguro que pensar en nuestro amor por El. Nadie puede experimentar sentimientos devotos en todo momento, e incluso si pudiéramos, los sentimientos no son lo que a Dios le importa más. El amor cristiano, ya sea hacia Dios o hacia el hombre, es un asunto de la voluntad. Si intentamos hacer Su voluntad estamos obedeciendo el mandamiento «Amarás al Señor tu Dios». Dios nos dará sentimientos de amor si le place. No podemos crearlos por nosotros mismos, y no debemos exigirlos como un derecho. Pero lo más importante que debemos recordar es que, aunque nuestros sentimientos vienen y van, el amor de Dios por nosotros no lo hace. No se fatiga por nuestros pecados o nuestra indiferencia, y, por lo tanto, es incansable en su determinación de que seremos curados de esos pecados, no importa lo que nos cueste, no importa lo que le cueste a El.

10. Esperanza

La esperanza es una de las virtudes teologales. Esto significa que una continua expectativa de la vida eterna no es (como piensan algunas personas modernas) una forma de escapismo o de deseo proyectado, sino una de las cosas que un cristiano tiene que hacer. No significa que debemos dejar este mundo tal como está. Si leemos la historia veremos que los cristianos que más hicieron por este mundo fueron aquellos que pensaron más en el otro. Los apóstoles mismos, que iniciaron a pie la conversión del Imperio Romano, los grandes hombres que construyeron la Edad Media, los Evangélicos ingleses que abolieron el mercado de esclavos, todos ellos dejaron su marca sobre la tierra, precisamente porque sus mentes estaban ocupadas en el cielo. Es desde que la mayor parte de los cristianos han dejado de pensar en el otro mundo cuando se han vuelto tan ineficaces en éste. Si nuestro objetivo es el cielo, la tierra se nos dará por añadidura; si nuestro objetivo es la tierra, no tendremos ninguna de las dos cosas. Parece una extraña regla, pero algo parecido puede verse funcionando en otros asuntos. La salud es una gran bendición, pero en el momento en que hacemos de ella uno de nuestros objetivos directos y principales, nos convertimos en unos hipocondríacos y empezamos a pensar que estamos enfermos. Es probable que disfrutemos de salud sólo si deseamos más otras cosas… comida, juegos, trabajo, diversión, aire libre. Del mismo modo, jamás salvaremos a la civilización mientras la civilización sea nuestro principal objetivo. Debemos aprender a desear otras cosas aún más.

La mayoría de nosotros encuentra muy difícil desear el cielo, salvo si esto significa volver a encontrarnos con nuestros amigos que han muerto. Una de las razones de esta dificultad es que no hemos sido entrenados: toda nuestra educación tiende a fijar nuestras mentes en este mundo. Otra de las razones es que cuando el verdadero deseo del cielo está presente en nosotros no lo reconocemos. La mayoría de las personas, si realmente hubieran aprendido a mirar dentro de sus corazones, sabrían que sí desean, y desean intensamente, algo que no puede obtenerse en este mundo. Hay toda clase de cosas en este mundo que ofrecen darnos precisamente eso, pero no acaban de cumplir su promesa. El deseo que despierta en nosotros cuando nos enamoramos por primera vez, o cuando por primera vez pensamos en algún país extranjero, o cuando nos interesamos en algún tema que nos entusiasma, es un deseo que ninguna boda, ningún viaje, ningún conocimiento pueden realmente satisfacer. No hablo ahora de lo que normalmente se calificaría de matrimonios, o vacaciones, o estudios fracasados. Estoy hablando de los mejores posibles. Hubo algo que percibimos, en esos primeros momentos de deseo, que simplemente se esfuma en la realidad. Creo que todos sabéis a qué me refiero. La esposa puede ser una buena esposa, y los hoteles y paisajes pueden haber sido excelentes, y la química puede ser

una ocupación interesante, pero algo se nos ha escapado. Hay dos maneras equivocadas de tratar con este hecho, y una correcta.

1) La manera del necio. —Le echa la culpa a las cosas en sí. Sigue pensando durante toda su vida que sólo con que lo hubiera intentado con otra mujer, o se hubiera tomado unas vacaciones más caras, o lo que fuese, entonces, esta vez, sí que aprehendería ese algo misterioso detrás de lo cual vamos todos. La mayor parte de los ricos aburridos e insatisfechos de este mundo pertenecen a este grupo. Pasan su vida entera de mujer en mujer (a través de los juzgados de divorcio), de continente en continente, de afición en afición, pensando siempre que lo último es por fin «lo verdadero», y siempre desilusionados.

2) La manera del «hombre práctico» desencantado. — Este pronto decide que todo ha sido un espejismo. «Claro», dice, «uno se siente así cuando es joven. Pero cuando se llega a mi edad ya se ha renunciado a las ilusiones». Y entonces se sosiega y aprende a no esperar demasiado y reprime la parte de sí mismo que solía, como él diría, «llorar por la luna». Esto es, por supuesto, una manera mucho mejor que la primera, y hace que un hombre sea mucho más feliz, y mucho menos molesto para la sociedad. Tiende a convertirlo en un pedante (suele adoptar un aire de superioridad hacia los que él llama «adolescentes»), pero, en general, se las arregla bastante bien. Sería la mejor actitud que podríamos adoptar si el hombre no viviera para siempre. Pero supongamos que la felicidad infinita está realmente ahí, esperándonos. Supongamos que sí pudiéramos alcanzar el final del arco iris. En ese caso sería una lástima descubrir demasiado tarde (un momento después de la muerte) que gracias a nuestro supuesto «sentido común» hemos reprimido en nosotros la facultad de disfrutarla.

3) La manera cristiana. — El cristiano dice: «Las criaturas no nacen con deseos a menos que exista la satisfacción de esos deseos. Un niño recién nacido siente hambre: bien, existe algo llamado comida. Un patito quiere nadar: bien, existe algo llamado agua. Los hombres sienten deseo sexual: bien, existe algo llamado sexo. Si encuentro en mí mismo un deseo que nada de este mundo puede satisfacer, la explicación más probable es que fui hecho para otro mundo. Si ninguno de mis placeres terrenales lo satisface, eso no demuestra que el universo es un fraude. Probablemente los placeres terrenales nunca estuvieron destinados a satisfacerlos, sino sólo a excitarlos, a sugerir lo auténtico. Si esto es así, debo cuidarme, por un lado, de no despreciar nunca, o desagradecer, estas bendiciones terrenales, y por otro, no confundirlos con aquello otro de lo cual estos son una especie de copia, o eco, o espejismo. Debo mantener vivo en mí mismo el deseo de mi verdadero país, que no encontraré hasta después de mi muerte; jamás debo dejar que se oculte o se haga a un lado; debo hacer que el principal objetivo de mi vida sea seguir el rumbo que me lleve a ese país y ayudar a los demás a hacer lo mismo.»

No hay necesidad de preocuparse por los bromistas que intentan ridiculizar la idea del «Cielo» cristiano diciendo que no quieren «pasarse el resto de la eternidad tocando el arpa». La respuesta a esas personas es que si no pueden comprender libros escritos para personas mayores no deberían hablar de ellos. Toda la imaginería de las Escrituras (arpas, coronas, oro, etc.) es, por supuesto, un intento meramente simbólico de expresar lo inexpresable. Los instrumentos musicales se mencionan porque para muchos (no para todos) la música es lo que conocemos en la vida presente que con más fuerza sugiere el éxtasis y lo infinito. Las coronas se mencionan para sugerir el hecho de que aquellos que se unen con Dios en la eternidad comparten Su esplendor, Su poder y Su gozo. El oro se menciona para sugerir la intemporalidad del Cielo (el oro no se oxida) y su preciosidad. La gente que toma estos símbolos literalmente bien puede creer que cuando Cristo nos dijo que fuéramos como palomas quería decir que debíamos poner huevos.

11. Fe

En este capítulo debo hablar acerca de lo que los cristianos llaman la fe. En términos generales, la palabra fe parece ser utilizada por los cristianos en dos sentidos o niveles, y los tomaré por turno. En el primer sentido, significa simplemente creencia: aceptar o considerar como verdad las doctrinas del cristianismo. Esto es relativamente fácil. Pero lo que confunde a la gente —al menos solía confundirme a mí— es el hecho de que los cristianos consideren a la fe en este sentido como una virtud. Yo solía preguntarme cómo podía ser una virtud… ¿Qué hay de moral o de inmoral en creer o en no creer un conjunto de afirmaciones? Es evidente, solía decirme, que un hombre cuerdo acepta o rechaza cualquier afirmación, no porque quiera o no quiera, sino porque la evidencia le parece suficiente o insuficiente. Si me equivocara acerca de la validez o invalidez de la evidencia, eso no significaría que era un mal hombre, sino sólo que no era muy inteligente. Y si pensara que la evidencia era insuficiente pero intentara forzarme a creer en ella a pesar de todo, eso sería simplemente una estupidez.

Pues bien, creo que aún conservo esa opinión. Pero lo que no vi entonces —y mucha gente sigue aún sin verlo— es esto: yo asumía que si la mente humana acepta una vez que algo es verdad seguirá automáticamente considerándolo como verdad, hasta que aparezca alguna buena razón para reconsiderarlo. De hecho, asumía que la mente humana está completamente regida por la razón. Pero esto no es así. Por ejemplo, mi razón está perfectamente convencida por evidencias válidas de que la anestesia no me asfixia, y que los cirujanos adecuadamente preparados no empezarán a operarme hasta que esté inconsciente. Pero eso no altera el hecho de que cuando me han acostado en la camilla y me ponen esa horrible mascarilla sobre la cara, un pánico totalmente infantil se apodera de mí. Empiezo a pensar que me voy a asfixiar, y temo que empiecen a operarme antes de quedarme dormido del todo. En otras palabras, pierdo mi fe en los anestésicos. No es la razón lo que me despoja de mi fe: por el contrario, mi fe está basada en la razón. Son mi imaginación y mis emociones. La batalla es entre la fe y la razón por un lado y la imaginación por el otro.

Cuando penséis en esto encontraréis muchos ejemplos parecidos. Un hombre sabe, gracias a evidencias perfectamente válidas, que una chica bonita que conoce es una mentirosa y no puede guardar un secreto, y que no debería fiarse de ella. Pero cuando se encuentra con ella su mente pierde su fe en ese fragmento de conocimiento, y empieza a pensar: «Puede que esta vez sea diferente», y una vez más comete la tontería de contarle algo que no debería haberle contado. Sus sentidos y sus emociones han destruido su fe en lo que él realmente sabe que es verdad. O tomemos a un chico que está aprendiendo a nadar. Su razón sabe perfectamente bien que un cuerpo humano sin apoyo no necesariamente se hundirá en el agua: ha visto a

docenas de personas flotar y nadar. Pero la cuestión está en si seguirá creyendo esto cuando el instructor retire su mano y le deje sin apoyo en el agua… o si dejará súbitamente de creerlo, se asustará y se hundirá.

Lo mismo ocurre con el cristianismo. No le estoy pidiendo a nadie que acepte el cristianismo si su mejor razonamiento le dice que el peso de la evidencia está contra él. Ese no es el punto en el que entra la fe. Pero supongamos que la razón de un hombre decide una vez que el peso de la evidencia está a favor del cristianismo. Yo puedo decirle a ese hombre lo que le pasará en las semanas siguientes. Llegará un momento en el que haya una mala noticia, o tenga un problema, o esté viviendo entre personas que no creen en el cristianismo, y de pronto sus emociones se rebelarán y empezarán a bombardear su creencia. O bien llegará un momento en el que desee a una mujer, o quiera contar una mentira, o se sienta muy complacido consigo mismo, o vea la oportunidad de ganar un poco de dinero de una manera que no es del todo ortodoxa: un momento, de hecho, en el que sería muy conveniente que el cristianismo no fuera verdad. Y una vez más sus deseos y aspiraciones se rebelarán contra él. No estoy hablando de momentos en los que aparezcan auténticas razones en contra del cristianismo. Esos momentos han de ser enfrentados y eso es un asunto diferente. Estoy hablando de momentos en los que un simple cambio de humor se rebela contra él.

Pues bien, la fe, en el sentido en el que utilizo ahora esa palabra, es el arte de aferrarse a las cosas que vuestra razón ha aceptado una vez, a pesar de vuestro cambios de ánimo. Ya que el ánimo cambiará, os diga lo que os diga vuestra razón. Lo sé por experiencia. Ahora que soy cristiano tengo estados de ánimo en los que todo el tema parece muy improbable. Pero cuando era ateo tenía estados de ánimo en los que el cristianismo parecía terriblemente probable. Esta rebelión de vuestros estados de ánimo contra vuestro auténtico yo ocurrirá de todas maneras. Precisamente por eso la fe es una virtud tan necesaria: a menos que les enseñéis a vuestros estados de ánimo «a ponerse en su lugar» nunca podréis ser cristianos cabales, o ni siquiera ateos cabales, sino criaturas que oscilan de un lado a otro, y cuyas creencias realmente dependen del tiempo o del estado de vuestra digestión. En consecuencia es necesario fortalecer el hábito de la fe.

El primer paso es reconocer el hecho de que vuestros estados de ánimo cambian. El siguiente es asegurarse de que, si habéis aceptado el cristianismo, algunas de sus principales doctrinas serán deliberadamente expuestas a vuestra mente todos los días. De ahí que las oraciones diarias, las lecturas religiosas y el acudir a la iglesia son partes necesarias de la vida cristiana. Se nos tiene que recordar continuamente aquello en lo que creemos. Ni esta creencia ni ninguna otra permanecerá automáticamente viva en la mente. Debe ser alimentada. Y, de hecho, si examinásemos a cien personas que hubiesen perdido su fe en el cristianismo, me

pregunto cuántas de ellas resultarían haber sido convencidas de su supuesta invalidez por medio de argumentos. La gente, ¿no se va, simplemente, apartando de la fe?

Ahora debo referirme a la fe en su segundo, o más importante, sentido. Y esto es lo más difícil que he tenido que hacer hasta ahora. Quiero acercarme al asunto volviendo el tema de la humildad. Recordaréis que dije que el primer paso hacia la humildad era darse cuenta de que uno es orgulloso. Ahora quiero añadir que el paso siguiente es hacer un intento serio de practicar las virtudes cristianas. Una semana no es suficiente. A menudo las cosas van de maravilla la primera semana. Intentadlo durante seis semanas. Para ese entonces, no habiendo conseguido nada, o incluso habiendo retrocedido aún más del punto donde se empezó, uno habrá descubierto ciertas verdades acerca de sí mismo. Ningún hombre sabe lo malo que es hasta que ha intentado con todas sus fuerzas ser bueno. Circula la absurda idea de que los buenos no saben lo que es la tentación. Esta es una mentira evidente. Sólo aquellos que intentan resistir la tentación saben lo fuerte que es. Después de todo, se descubre la potencia del ejército alemán luchando contra él, no rindiéndose a él. Se descubre la fuerza de un viento intentando caminar contra él, no echándose al suelo. Un hombre que se rinde a la tentación después de cinco minutos, sencillamente no sabe qué hubiera pasado una hora después. Por eso los malos, en un sentido, saben muy poco de la maldad. Han vivido una vida protegida porque han cedido siempre a ella. Jamás averiguamos la fuerza del impulso del mal dentro de nosotros hasta que intentamos luchar contra él, y Cristo, porque fue el único hombre que jamás cedió ante la tentación, es también el único hombre que sabe absolutamente lo que la tentación significa… el único realista total. Muy bien, pues. Lo más importante que aprendemos de un intento serio de practicar las virtudes cristianas es que fracasamos. Si teníamos la idea de que Dios nos había puesto una especie de examen, y de que podíamos obtener buenas notas mereciéndolas, esa idea tiene que ser abandonada. Si teníamos la idea de una especie de pacto —la idea de que podíamos llevar a cabo nuestra parte del contrato y así poner a Dios en deuda con nosotros para que le tocase a El, por simple justicia, llevar a cabo Su parte del contrato—, esa idea tiene que ser abandonada.

Creo que todos los que creen vagamente en Dios, hasta que se convierten al cristianismo, tienen la idea de un examen, o de un pacto. El primer resultado del auténtico cristianismo es deshacer esa idea en mil pedazos. Cuando descubren que la idea ha volado en mil pedazos, algunos piensan que el cristianismo es un fracaso y renuncian. Parecen imaginar que Dios tiene ideas muy simples. De hecho, por supuesto, El conoce todo esto. Una de las primeras cosas que el cristianismo está destinado a hacer es deshacer esta idea en mil pedazos. Dios ha estado esperando el momento en que descubráis que no es cuestión de sacar una buena nota en ese examen, o de ponerlo a El en deuda con vosotros.

Después viene otro descubrimiento. Todas las facultades que tenemos, nuestra capacidad de pensar o de mover nuestros miembros en todo momento nos son dadas por Dios. Si dedicásemos cada momento de nuestra vida exclusivamente a Su servicio no podríamos darle nada que no fuese, en un sentido, Suyo ya. De modo que cuando hablamos de un hombre que hace algo por Dios, o que le da algo a Dios, os diré a qué se parece esto. Se parece a un niño pequeño que acude a su padre y le dice: «Papá, dame seis peniques para comprarte un regalo de cumpleaños.» Naturalmente, el padre lo hace y se queda encantado con el regalo del niño. Todo está muy bien, pero sólo un idiota pensaría que el padre ha ganado seis peniques en la transacción. Cuando un hombre ha hecho estos dos descubrimientos, Dios puede empezar realmente a trabajar. Es después de esto cuando empieza la auténtica vida. El hombre ahora está despierto. Podemos proceder a hablar de la fe en el segundo sentido.

12. Fe

Quiero empezar diciendo algo a lo que me gustaría que todos prestaseis especial atención. Y es esto. Si este capítulo no significa nada para vosotros, si parece estar intentando responder a preguntas que jamás habéis hecho, pasadlo por alto. No lo leáis en absoluto. Hay ciertas cosas en el cristianismo que pueden ser comprendidas desde fuera, antes de que os hayáis convertido al cristianismo. Pero hay muchísimas otras que no pueden ser comprendidas hasta que no hayáis recorrido una cierta distancia por el camino cristiano. Estas cosas son puramente prácticas, aunque no lo parecen. Son instrucciones para tratar con diferentes encrucijadas y obstáculos a lo largo del viaje, y no tienen sentido hasta que el hombre no ha llegado a esos lugares. Cada vez que encontréis en escritos cristianos una afirmación que no comprendáis, no os preocupéis. Dejadla. Llegará un día, tal vez años más tarde, en que súbitamente os daréis cuenta de lo que significa. Si uno pudiese comprenderla ahora, sólo podría perjudicarle.

Naturalmente, todo esto habla en contra de mí al igual que de los demás. Puede que lo que voy a intentar explicar en este capítulo esté más allá de mis posibilidades. Tal vez crea que ya he llegado allí aunque no sea así. Sólo puedo pedirles a los cristianos instruidos que estén muy atentos, y me digan cuándo me equivoco; y a otros, que se tomen lo que diga con cierta dosis de ligereza: como algo que les es ofrecido, porque podría servirles de ayuda, y no porque yo esté seguro de tener razón.

Estoy intentando hablar de la fe en el segundo sentido, el sentido más alto. La semana pasada dije que la cuestión de la fe en este sentido surge después de que un hombre ha hecho lo posible por practicar las virtudes cristianas, y ha descubierto su fracaso, y ha visto que incluso si pudiera ponerlas en práctica sólo le estaría devolviendo a Dios lo que ya es de Dios. En otras palabras, descubre su insolvencia. Pues bien; una vez más, lo que a Dios le importa no son exactamente nuestras acciones. Lo que le importa es que seamos criaturas de una cierta calidad —la clase de criaturas que El quiso que fuéramos—, criaturas relacionadas con El de una cierta manera. No añado «y relacionadas entre ellas de una cierta manera», porque eso ya está incluido: si estáis a bien con El inevitablemente estaréis a bien con todas las demás criaturas, del mismo modo que si todos los rayos de una rueda encajan correctamente en el centro y en el aro estarán inevitablemente en la posición correcta unos con respecto de otros. Y mientras un hombre piense en Dios como en un examinador que le ha puesto una especie de examen, o como la parte contraria en una especie de pacto —mientras esté pensando en reclamaciones y contrarreclamaciones entre él y Dios— aún no está en la relación adecuada con El. No ha comprendido lo que él es o lo que Dios es. Y no puede entrar en la relación adecuada con Dios hasta que no haya descubierto el hecho de nuestra insolvencia.

Cuando digo «descubierto» realmente quiero decir *descubierto*: no simplemente repetido como un loro. Naturalmente, todo niño, si recibe una cierta clase de educación religiosa, pronto aprenderá a *decir* que no tenemos nada que ofrecerle a Dios que no sea ya *Suyo*, y que ni siquiera le ofrecemos eso sin guardarnos algo para nosotros. Pero estoy hablando de descubrir esto realmente: descubrir por experiencia que esto es verdad.

Ahora bien: no podemos, en ese sentido, descubrir nuestro fracaso en guardar la ley de Dios, salvo haciendo todo lo posible por guardarla y después fracasando. A menos que realmente lo intentemos, digamos lo que digamos, en lo más recóndito de nuestra mente siempre estará la idea de que si la próxima vez lo intentamos con mayor empeño conseguiremos ser completamente buenos. Así, en un sentido, el camino de vuelta hacia Dios es un camino de esfuerzo moral, de intentarlo cada vez con más empeño. Pero en otro sentido, no es el esfuerzo lo que nos va a llevar de vuelta a casa. Todo este esfuerzo nos lleva a ese momento vital en el que nos volvemos a Dios y le decimos: «Tú debes hacerlo. Yo no puedo.» No empecéis, os lo imploro, a preguntaros: «¿He llegado yo a ese momento?» No os sentéis a contemplar vuestra mente para ver si va haciendo progresos. Eso le desvía mucho a uno. Cuando ocurren las cosas más importantes de nuestra vida, a menudo no sabemos, en ese momento, lo que está sucediendo. Un hombre no se dice a menudo: «¡Vaya! Estoy madurando.» Muchas veces es sólo cuando mira hacia atrás cuando se da cuenta de lo que ha ocurrido y lo reconoce como lo que la gente llama «madurar». Esto puede verse incluso en las cosas sencillas. Un hombre que empieza a observar ansiosamente si se va a dormir o no es muy probable que permanezca despierto. Del mismo modo, aquello de lo que estoy hablando ahora puede no ocurrirle a todos como un súbito relámpago —como le ocurrió a San Pablo o a Bunyan—: tal vez sea tan gradual que nadie pueda señalar una hora en particular o incluso un año en particular. Y lo que importa es la naturaleza del cambio en sí, no cómo nos encontramos mientras está ocurriendo. Es el cambio de sentirnos confiados en nuestros propios esfuerzos al estado en que desesperamos de hacer nada por nosotros mismos y se lo dejamos a Dios.

Sé que las palabras «dejárselo a Dios» pueden ser mal interpretadas, pero por el momento deben quedar ahí. El sentido en el que un cristiano se lo deja a Dios es que pone toda su confianza en Cristo; confía en que Cristo de alguna manera compartirá con él la perfecta obediencia humana que llevó a cabo desde Su nacimiento hasta Su crucifixión: que Cristo hará a ese hombre más parecido a El y que, en cierto sentido, hará buenas sus deficiencias. En el lenguaje cristiano, compartirá Su «filiación» con nosotros; nos convertirá, como Él, en Hijos de Dios. En el Libro IV intentaré analizar un poco más el significado de estas palabras. Si preferís verlo de este modo, Cristo nos ofrece algo por nada. Incluso nos lo ofrece todo por nada. En cierto modo, toda la

vida cristiana consiste en aceptar este asombroso ofrecimiento. Pero la dificultad está en alcanzar el punto en el que reconocemos que todo lo que hemos hecho y podemos hacer es nada. Lo que nos habría gustado es que Dios hubiera tenido en cuenta nuestros puntos a favor y hubiese ignorado nuestros puntos en contra. Una vez más, en cierto modo, puede decirse que ninguna tentación es superada hasta que no dejamos de intentar superarla.,, hasta que no tiramos la toalla. Pero, claro, no podríamos «dejar de intentarlo» del modo adecuado y por la razón adecuada hasta que no lo hubiéramos intentado con todas nuestras fuerzas. Y, en otro sentido aún, dejarlo todo en manos de Cristo no significa, naturalmente, que dejemos de intentarlo. Confiar en Él quiere decir, por supuesto, intentar hacer todo lo que El dice. No tendría sentido decir que confiamos en una persona si no vamos a seguir su consejo. Así, si verdaderamente os habéis puesto en Sus manos, de esto debe seguirse que estáis tratando de obedecerle. Pero lo estáis haciendo de una manera nueva, de una manera menos preocupada. No haciendo estas cosas para ser salvados, sino porque Él ya ha empezado a salvaros. No con la esperanza de llegar al Cielo como recompensa de vuestras acciones, sino inevitablemente queriendo comportaros de una cierta manera porque una cierta visión del Cielo ya está dentro de vosotros.

Los cristianos a menudo han discutido sobre si lo que conduce al cristiano de vuelta a casa son las buenas acciones o la fe en Cristo. En realidad yo no tengo derecho a hablar de una cuestión tan difícil, pero a mí me parece algo así como preguntar cuál de las dos cuchillas de una tijera es la más útil. Un serio esfuerzo moral es lo único que os llevará al punto en el que tiréis la toalla. La fe en Cristo es lo único que en ese punto os salvará de la desesperación: y de esa fe en El deben venir inevitablemente las buenas acciones. Hay dos parodias de la verdad de las que diferentes grupos de cristianos han sido, en el pasado, acusados de creer por otros cristianos: tal vez nos ayuden a ver más claramente la verdad. Uno de los grupos fue acusado de decir: «Las buenas acciones son lo único que importa. La mejor de las buenas acciones es la caridad. La mejor clase de caridad es dar dinero. La mejor cosa a la que dar dinero es la Iglesia. De modo que dadnos 10.000 libras y nosotros os ayudaremos.» La respuesta a esta insensatez, por supuesto, sería que las buenas acciones hechas por ese motivo, hechas con la idea de que el Cielo puede comprarse, no serían buenas acciones en absoluto, sino sólo especulaciones comerciales. Al otro grupo se le acusó de decir: «La fe es lo único que importa. En consecuencia, si tenéis fe, no importa lo que hagáis. Pecad sin tasa, amigos míos, y pasadlo bien, y Cristo se ocupará de que al final eso no importe.» La respuesta a esta insensatez es que, si lo que llamáis vuestra «fe» en Cristo no implica prestar la menor atención a lo que El dice, entonces no es fe en absoluto… no es fe ni confianza en El, sino sólo aceptación intelectual de alguna teoría acerca de El.

La Biblia parece dar por zanjado el asunto cuando pone ambas cosas juntas en

una misma frase. La primera mitad de esa frase es: «Trabajad en vuestra propia salvación con temor y estremecimiento», lo que hace pensar que todo depende de nosotros y de nuestras buenas acciones. Pero la segunda mitad dice: «Porque es Dios quien trabaja en vosotros», lo que hace pensar que Dios lo hace todo y nosotros nada. Me temo que esa es la clase de cosa con la que nos encontramos en el cristianismo. Estoy intrigado, pero no sorprendido. Porque ahora estamos intentando comprender, y separar en compartimentos estancos, exactamente lo que hace Dios y lo que hace el hombre cuando Dios y el hombre trabajan juntos. Y, naturalmente, empezamos por pensar que es como dos hombres que trabajan juntos, de modo que se podría decir: «El hizo esto, y yo hice aquello.» Pero esta manera de pensar hace agua. Dios no es así. El está dentro de vosotros además de fuera; incluso si pudiéramos comprender quién hace qué, no creo que el lenguaje humano pudiera expresarlo adecuadamente. En un intento de expresarlo, diferentes Iglesias dicen cosas diferentes. Pero encontraréis que incluso aquellos que insisten con más vehemencia en la importancia de las buenas acciones os dicen que necesitáis fe; e incluso aquellos que insisten con más vehemencia en la fe os dicen que hagáis buenas acciones. En todo caso yo no voy a pasar de aquí.

Creo que todos los cristianos estarán de acuerdo conmigo si digo que a pesar de que el cristianismo parece en un principio tratar sólo de moralidad, sólo de reglas y deberes y culpa y virtud, nos conduce más allá de todo eso hasta algo que lo trasciende. Uno tiene una visión de un país en el que no se habla de esas cosas, salvo tal vez en broma. Todos los que allí habitan están llenos de lo que llamamos bondad del mismo modo que un espejo está lleno de luz. Pero ellos no lo llaman bondad. No lo llaman nada. Ni siquiera piensan en ello. Están demasiado ocupados mirando la fuente de la que ello mana. Pero esto se acerca al punto en que el camino pasa más allá de los confines de nuestro mundo. No hay nadie cuyos ojos puedas ver mucho más allá de eso. Pero los ojos de mucha gente pueden ver más lejos que los míos.

LIBRO IV: MÁS ALLÁ DE LA PERSONALIDAD O PRIMEROS PASOS EN LA DOCTRINA DE LA TRINIDAD

1. Hacer y engendrar

Todo el mundo me ha advertido que no os diga lo que voy a deciros en este último libro. Dicen: «El lector común no quiere teología: ofrécele simple religión práctica.» Yo he rechazado esta advertencia. No creo que el lector común sea tan necio. Teología significa «la ciencia de Dios», y creo que cualquier hombre que quiera pensar en Dios querría tener sobre El las ideas más claras y más exactas disponibles. Vosotros no sois niños. ¿Por qué iba a trataros como a niños?

En cierto modo comprendo por qué algunas personas sienten rechazo por la teología. Recuerdo que una vez, cuando estaba dando una charla para la R.A.F., un viejo y curtido oficial se levantó y dijo: «Todo eso a mí no me sirve. Pero le aclaro que soy un hombre religioso. Sé que Dios existe. Lo he sentido: solo en el desierto, por la noche; el inmenso misterio.

Y esa justamente es la razón por la que no creo en todos sus pequeños dogmas y fórmulas acerca de El. ¡A cualquiera que haya conocido al Dios verdadero, todo eso le parece pedante, mezquino e irreal!»

Bien, en un sentido, estoy de acuerdo con ese hombre. Creo que es probable que haya tenido una auténtica experiencia de Dios en el desierto. Y cuando se volvió después a los credos cristianos creo que se estaba volviendo de algo real a algo menos real. Del mismo modo, si un hombre ha mirado alguna vez el Atlántico desde la playa, y luego mira un mapa del Atlántico, también se estará volviendo de algo real a algo menos real: de las olas reales a un trozo de papel coloreado. Pero aquí viene mi argumento. Admitimos que el mapa es sólo papel coloreado, pero hay dos cosas acerca de él que debéis recordar. En primer lugar, está basado en lo que cientos de miles de personas han averiguado navegando por el auténtico Atlántico. En este sentido, tiene detrás una inmensa experiencia tan real como la que podría tenerse desde la playa; sólo que, mientras que la vuestra sería una única y aislada mirada, el mapa hace que todas esas experiencias diferentes concurran en él. En segundo lugar, si queréis ir a alguna parte, el mapa es absolutamente necesario. Mientras os contentéis con paseos por la playa, vuestras propias miradas son mucho más divertidas que contemplar el mapa. Pero el mapa os será más útil que la playa si queréis llegar a América.

Pues bien; la teología es como ese mapa. El solo hecho de aprender y pensar acerca de las doctrinas cristianas, si os detenéis ahí, es menos real y menos excitante que la experiencia que mi amigo tuvo en el desierto. Las doctrinas no son Dios: sólo son una especie de mapa. Pero ese mapa está basado en la experiencia de cientos de personas que realmente estuvieron en contacto con Dios…, experiencias comparadas con las cuales cualquier excitante sensación o sentimiento piadoso que vosotros o yo tengamos la posibilidad de encontrar por nosotros mismos son muy elementales y

muy confusos. Y en segundo lugar, si queréis llegar más lejos, tendréis que utilizar el mapa. Lo que le ocurrió a ese hombre en el desierto puede haber sido real, y ciertamente habrá sido emocionante, pero de ello no saldrá nada. No lleva a ninguna parte. No hay nada que hacer con ello. De hecho, ésa es justamente la razón por la que una religión vaga —el hecho de sentir a Dios en la naturaleza, etc,— resulta tan atractiva. Es todo emociones y ningún trabajo, como mirar las olas desde la playa. Pero jamás llegaréis a Terranova disfrutando de ese modo del Atlántico, y no conseguiréis la vida eterna simplemente sintiendo la presencia de Dios en las flores o en la música. Tampoco llegaréis a ningún sitio estudiando los mapas sin echaros al mar. Y tampoco estaréis muy seguros echándoos al mar sin un mapa.

En otras palabras: la teología es práctica, especialmente ahora. Antiguamente, cuando había menos educación y menos discusión, era tal vez posible seguir adelante con unas pocas ideas muy sencillas acerca de Dios. Pero ahora ya no es así. Todo el mundo lee, participa en discusiones. En consecuencia, si no le hacéis caso a la teología, eso no significará que tengáis menos ideas acerca de Dios. Significará que tenéis muchas ideas equivocadas, malas, confusas, anticuadas. Puesto que una gran parte de las ideas acerca de Dios que se venden hoy en día como novedades son sencillamente las que los auténticos teólogos intentaron hace siglos y acabaron descartando. Creer en la religión popular de la Inglaterra moderna es un retroceso… como creer que la tierra es plana.

Porque cuando se llega al fondo de la cuestión, ¿no es la idea popular del cristianismo simplemente esto: que Jesucristo fue un gran maestro moral y que con sólo seguir sus consejos podríamos establecer un nuevo orden social mejor y evitar otra guerra? Claro que esto es verdad. Pero os dice mucho menos que toda la verdad acerca del cristianismo y no tiene ninguna importancia práctica en absoluto.

Es bien cierto que si siguiéramos los consejos de Cristo pronto viviríamos en un mundo mejor. Y ni siquiera hace falta llegar tan lejos como Cristo. Si hiciéramos todo lo que Platón o Aristóteles o Confucio nos dijeron nos iría mucho mejor de lo que nos va. ¿Y qué? Jamás hemos seguido los consejos de los grandes maestros. ¿Por qué íbamos a hacerlo ahora? ¿Por qué es más probable que sigamos a Cristo que a cualquiera de los otros? ¿Porque es El un mejor maestro moral? Pero eso hace aún menos probable que le sigamos. Si no podemos seguir las lecciones elementales, ¿es probable que sigamos las más avanzadas? Si el cristianismo sólo significa unos cuantos buenos consejos más, entonces el cristianismo no tiene importancia. No han faltado buenos consejos en estos últimos 4.000 años. Unos pocos más no supondrán una gran diferencia.

Pero en cuanto se examinan unos cuantos auténticos textos cristianos se descubre que hablan de algo muy distinto de esta religión popular. Dicen que Cristo es el Hijo de Dios (sea lo que sea lo que eso signifique). Dicen que aquellos que le entregan su

confianza también pueden convertirse en Hijos de Dios (sea lo qué sea lo que eso signifique). Dicen que Su muerte nos salvó de nuestros pecados (sea lo que sea lo que eso signifique).

No sirve de nada quejarse de que estas afirmaciones son difíciles. El cristianismo pretende estar hablándonos de otro mundo, de algo detrás del mundo que nosotros podemos ver, oír y tocar. Podéis pensar que esta pretensión es falsa, pero si fuera verdad, lo que nos dice sería por fuerza difícil, al menos tan difícil como la física moderna, y por la misma razón.

Ahora bien: el punto del cristianismo que nos conmociona más que ningún otro es la afirmación de que, uniéndonos a Cristo, podemos convertirnos en «Hijos de Dios». Uno se pregunta: «¿No somos ya Hijos de Dios? No hay duda de que la paternidad de Dios es una de las ideas cristianas más importantes.» Bueno, en un sentido, no hay duda de que ya somos hijos de Dios. Dios nos ha traído a la existencia y nos ama y cuida de nosotros, y en ese sentido es como un padre. Pero cuando la Biblia habla de «convertirnos» en Hijos de Dios, es evidente que debe querer decir algo diferente. Y eso nos lleva al centro mismo de la teología.

Uno de los credos dice que Cristo es el Hijo de Dios «engendrado, no creado», y añade: «engendrado por su Padre antes de todos los mundos». Quiero aclararos que esto no tiene nada que ver con el hecho de que cuando Cristo nació en la tierra como hombre, ese hombre era el hijo de una virgen. No estamos hablando ahora del nacimiento virginal. Estamos hablando de algo que sucedió antes de que la naturaleza misma fuera creada, antes del principio del tiempo. «Antes de todos los mundos» Cristo es engendrado, no creado. ¿Qué significa eso?

En lenguaje moderno las palabras *engendrar* o *engendrado* no se utilizan demasiado, pero todo el mundo sabe todavía lo que significan. Engendrar es convertirse en el padre de algo o alguien. Crear es hacer. Y la diferencia es ésta: cuando alguien engendra, engendra algo de la misma clase que él. Un hombre engendra bebés humanos, un castor engendra castorcitos y un pájaro engendra huevos que luego se convierten en pajaritos. Pero cuando uno hace, hace algo de una clase diferente que uno. Un pájaro hace un nido, un castor construye un dique, un hombre fabrica una radio; o puede fabricar algo que se parezca más a él que una radio: una estatua, por ejemplo. Si es un escultor muy hábil puede esculpir una estatua que se parezca muchísimo a él. Pero, por supuesto, esa estatua no será un hombre real; sólo parece serlo. La estatua no puede respirar ni pensar. No está viva.

Esto es lo primero que queremos aclarar. Lo que Dios engendra es Dios, del mismo modo que lo que engendra un hombre es un hombre. Lo que Dios crea no es Dios, del mismo modo que lo que el hombre crea no es un hombre. Por eso los hombres no son Hijos de Dios en el sentido en que lo es Cristo. Pueden parecerse a Dios en algunos aspectos, pero no son cosas de la misma clase. Son más como

estatuas o cuadros de Dios.

Una estatua tiene la forma de un hombre pero no está viva. Del mismo modo, el hombre tiene (en un sentido que voy a explicar ahora) la «forma» de Dios, pero no tiene la misma clase de vida que tiene Dios. Tomemos el primer punto (el parecido del hombre con Dios) en primer lugar. Todo lo que Dios ha hecho tiene un parecido consigo mismo. El espacio es como El en su inmensidad; no es que la grandeza del espacio sea la misma que la grandeza de Dios, pero es una especie de símbolo de ella, o una traslación de ella a términos no espirituales. La materia es como Dios en cuanto que tiene energía, aunque, por supuesto, la energía física es una cosa diferente del poder de Dios. El mundo vegetal es como El porque está vivo, y El es el «Dios vivo». Pero la vida, en este sentido biológico, no es lo mismo que la vida que hay en Dios: es sólo una especie de símbolo o sombra de la misma. Cuando llegamos a los animales, encontramos otra clases de parecidos además de la vida biológica. La intensa actividad y fertilidad de los insectos, por ejemplo, es una primera y vaga semejanza a la incesante actividad y creatividad de Dios. En los mamíferos más desarrollados encontramos los principios del afecto instintivo. Esto no es lo mismo que el amor que existe en Dios, pero es semejante a él, del mismo modo que un dibujo trazado en una hoja de papel puede sin embargo ser «como» un paisaje. Cuando llegamos al hombre, el más evolucionado de todos los mamíferos, nos encontramos con la semejanza más completa a Dios que conocemos. (Puede que haya criaturas en otros mundos que se parezcan más a Dios que los hombres, pero no las conocemos). El hombre no sólo vive sino que ama y razona: en él, la vida biológica alcanza su más alto nivel.

Pero lo que el hombre, en su condición natural, no tiene, es vida espiritual; la forma de vida más alta y diferente que existe en Dios. Utilizamos la misma palabra *vida* para ambas, pero si pensaseis que ambas deben por ello ser la misma cosa, sería lo mismo que pensar que la «grandeza» del espacio y la «grandeza» de Dios fueran la misma clase de grandeza. En realidad, la diferencia entre la vida biológica y la vida espiritual es tan importante que voy a darles dos nombres distintos. La forma de vida biológica que nos viene dada por la naturaleza y que (como todo lo demás en la naturaleza) siempre tiende a gastarse y decaer de modo que sólo puede mantenerse por medio de incesantes subsidios de la naturaleza en forma de aire, agua, comida, etc., es *Bios*. La vida espiritual que está en Dios desde la eternidad, y que creó el universo entero, es *Zoe*.

Bios tiene, por supuesto, una cierta semejanza vaga y simbólica con *Zoe*, pero sólo la clase de semejanza que hay entre una fotografía y un lugar, o una estatua y un hombre. Un hombre que cambiase de tener *Bios* a tener *Zoe* habría pasado por una transformación tan grande como la de una estatua que pasara de ser una piedra tallada a ser un hombre auténtico.

Y de eso precisamente trata el cristianismo. Este mundo es un gran taller de escultura. Nosotros somos las estatuas, y corre el rumor por el taller de que algunos de nosotros, algún día, vamos a cobrar vida.

2. El Dios Tripersonal

El último capítulo trató de la diferencia entre engendrar y hacer. Un hombre engendra a un niño, pero sólo puede hacer una estatua. Dios engendra a Cristo, pero sólo hace a los hombres. Sin embargo, al decir esto, he ilustrado sólo un punto acerca de Dios, y éste es que lo que Dios Padre engendra es Dios, algo de la misma clase que El. En ese sentido es como un padre humano engendrando un hijo humano. Pero no exactamente. Así que debo intentar explicarlo un poco más.

Un gran número de personas hoy en día dice: «Yo creo en Dios, pero no en un Dios personal.» Sienten que ese algo misterioso que está detrás de todas las cosas tiene que ser más que una persona. Y los cristianos están de acuerdo con esto. Pero los cristianos son los únicos que ofrecen alguna idea de cómo podría ser un ser que está más allá de todas las cosas. Todos los demás, aunque dicen que Dios está más allá de la personalidad, realmente creen en El como en algo impersonal; es decir, como algo menos que personal. Si buscáis algo super-personal, algo que se parezca más a una persona, no es cuestión de elegir entre la idea cristiana y las demás ideas. La idea cristiana es la única en el mercado.

Además, algunos piensan que después de esta vida, o tal vez después de varias vidas, las almas humanas serán «absorbidas» por Dios. Pero cuando tratan de explicar lo que quieren decir, parecen estar pensando en ser absorbidos por Dios como una cosa material es absorbida por otra. Dicen que es como una gota de agua que se desliza al mar. Pero, por supuesto, ese es el final de la gota. Si eso es lo que sucede con nosotros, ser absorbidos es lo mismo que dejar de existir. Son sólo los cristianos los que tienen una idea de cómo las almas humanas pueden ser incorporadas en la vida de Dios y sin embargo seguir siendo las mismas…, de hecho, siendo mucho más ellas mismas de lo que eran antes.

Ya os advertí que la teología era práctica. El único motivo por el que existimos es el de ser incorporados de ese modo a la vida de Dios. Ideas equivocadas acerca de cómo es esa vida sólo lo harán más difícil. Y ahora, durante unos minutos, os pediré que me sigáis atentamente.

Sabéis que en el espacio podéis moveros en tres direcciones —a la izquierda y a la derecha, hacia atrás y hacia adelante, y hacia arriba y hacia abajo. Todas las direcciones son o una de estas tres o un compromiso entre ellas; son las denominadas tres dimensiones. Y ahora fijaos en esto: si sólo utilizáis una dimensión, sólo podríais dibujar una línea recta. Si utilizáis dos, podréis dibujar una figura, por ejemplo, un cuadrado. Y un cuadrado está hecho de cuatro líneas rectas. Y ahora vayamos un paso más allá. Si utilizáis las tres dimensiones, podréis construir lo que llamamos un cuerpo sólido; por ejemplo, un cubo: algo como un dado o un terrón de azúcar. Y un cubo está hecho de seis cuadrados.

¿Veis lo que quiero decir? Un mundo de una sola dimensión sería una línea recta. Es un mundo bidimensional siguen existiendo las líneas rectas, pero muchas líneas forman una figura. En un mundo tridimensional siguen existiendo las figuras, pero muchas figuras hacen un cuerpo sólido. En otras palabras, a medida que avanzamos a niveles más reales y complicados no dejamos atrás las cosas que encontramos en los niveles más simples: seguimos teniéndolas, pero combinadas de nuevas maneras… de maneras que no podríamos imaginar si sólo conociéramos los niveles más simples.

La visión cristiana de Dios implica el mismo principio. El nivel humano es un nivel simple y bastante vacío. En el nivel humano una persona es un ser, y dos personas son dos seres separados, del mismo modo que, en dos dimensiones (digamos en una lisa hoja de papel), un cuadrado es una figura y dos cuadrados son dos figuras separadas. En el nivel divino seguimos encontrando personalidades, pero allí las encontramos combinadas en nuevas maneras, que nosotros, como no vivimos en ese nivel, no podemos imaginar. En la dimensión de Dios, por así decirlo, encontramos un ser que es tres Personas mientras sigue siendo un Ser, del mismo modo que un cubo es seis cuadrados mientras sigue siendo un cubo. Por supuesto, nosotros no podemos concebir del todo a un Ser así, del mismo modo que, si estuviéramos hechos de manera tal que sólo percibiéramos dos dimensiones en el espacio nunca podríamos imaginar adecuadamente un cubo. Pero podemos tener una ligera noción del mismo. Y cuando lo hacemos tenemos, por primera vez en la vida, una idea positiva, por ligera que sea, de algo super-personal, de algo que es más que una persona. Es ^ algo que jamás podríamos haber podido imaginar, y sin embargo, una vez que nos lo han dicho, sentimos que debíamos haber sido capaces de adivinarlo dado que encaja tan perfectamente con todas las demás cosas que ya sabemos.

Podréis preguntar: «Si no podemos imaginar a un Ser tripersonal, ¿de qué sirve hablar de El?» Pues no sirve de nada hablar de El. Lo que importa es ser realmente atraído por esa vida tripersonal, y eso puede empezar en cualquier momento… esta misma noche, si así lo queréis.

Lo que quiero decir es esto: un cristiano corriente se arrodilla para rezar sus oraciones. Está intentando ponerse en contacto con Dios. Pero si es cristiano sabe que lo que le está instando a rezar también es Dios: Dios, por así decirlo, dentro de él. Pero también sabe que todo su conocimiento real de Dios le viene a través de Cristo, el Hombre que es Dios…, que Cristo está de pie a su lado, ayudándole a rezar, rezando con él. ¿Veis lo que está ocurriendo? Dios es aquello a lo cual él está rezando, la meta que está intentando alcanzar. Dios es también lo que dentro de él le empuja, la fuerza de su motivación. Dios es también el camino o puente a lo largo del cual está siendo empujado hacia esa meta! De manera que la triple vida del Ser tripersonal está de hecho teniendo lugar en ese dormitorio corriente en el que un

hombre corriente está diciendo sus oraciones. Ese hombre está siendo captado por la clase de vida más alta, lo que yo llamo *Zoe* o vida espiritual: está siendo atraído hacia Dios, por Dios, mientras que sigue siendo el mismo.

Y así es como empezó la teología. La gente ya sabía de la existencia de Dios de una manera vaga. Entonces llegó un hombre que afirmó ser Dios y que no era, sin embargo, la clase de hombre que se podía tachar de lunático. Ese hombre hizo que le creyesen. Volvieron a encontrarlo después de que lo hubieran matado. Y luego, después de que habían sido forma-dos en una pequeña sociedad o comunidad, encontraron de alguna manera a Dios también dentro de ellos: dirigiéndolos, haciéndolos capaces de hacer cosas que no habían podido hacer hasta entonces. Y cuando lo dilucidaron todo, encontraron que habían llegado a la definición cristiana del Dios tripersonal.

Esta definición no es algo que hayamos inventado. La teología es, en un sentido, conocimiento experimental. Son las religiones sencillas las que deben inventarse. Cuando digo que la teología es una ciencia experimental «en un sentido», quiero decir que es como todas las demás ciencias experimentales en algunos aspectos, pero no en todos. Si se es un geólogo que estudia las rocas, es necesario salir primero a encontrar las rocas. Las rocas no vendrán a uno, pero si uno va a buscarlas no saldrán corriendo. La iniciativa está enteramente en vuestras manos. Las rocas no pueden ayudar ni obstaculizar. Pero suponed que sois geólogos y queréis sacar fotografías de animales salvajes en su propio hábitat. Eso es algo diferente a estudiar rocas. Los animales salvajes no irán a vosotros, pero pueden huir de vosotros. Y a menos que os mantengáis muy callados, lo harán. Ahí empieza a haber un pequeño índice de iniciativa por su parte.

Y ahora vayamos a un nivel más alto: supongamos que queremos llegar a conocer a una persona humana. Si esta persona está decidida a no dejaros hacerlo, no llegaréis a conocerla. Tenéis que ganaros su confianza. En este caso, la iniciativa está igualmente dividida: se necesitan dos personas para hacer una amistad.

Cuando se trata de conocer a Dios, la iniciativa está de Su lado. Si El no se revela, nada que podáis hacer vosotros os permitirá encontrarle. Y, de hecho, El enseña mucho más de Sí mismo a algunas personas que a otras… no porque tenga favoritos, sino porque es imposible para El mostrarse a un hombre cuya mente y carácter estén en condiciones adversas. Del mismo modo que la luz del sol, aunque no tiene favoritos, no puede reflejarse en un espejo polvoriento del mismo modo en que lo haría en un espejo limpio.

Esto puede exponerse de otro modo diciendo que mientras en otras ciencias los instrumentos que utilizáis son exteriores a vosotros mismos (como los microscopios o los telescopios), los instrumentos a través de los cuales veis a Dios son vuestro ser entero. Y si el ser de un hombre no se mantiene limpio y brillante, su visión de Dios

será borrosa, igual que la luna vista a través de un telescopio sucio. De ahí que las naciones horribles tengan religiones horribles: han estado mirando a Dios a través de una lente sucia.

Dios puede mostrarse a Sí mismo tal como es realmente sólo a hombres reales. Y eso significa no sólo a hombres que son individualmente buenos, sino a hombres que están unidos juntos en un cuerpo, amándose unos a otros, ayudándose unos a otros, enseñándose a Dios unos a otros. Puesto que eso es lo que Dios quería que fuese la Humanidad: como músicos de una única orquesta, u órganos de un único cuerpo.

En consecuencia, el único instrumento adecuado para aprender acerca de Dios es toda la comunidad cristiana, esperándole juntos. La hermandad cristiana es, por así decirlo, el equipo técnico para esta ciencia: el equipo de laboratorio. Por eso toda esa gente que aparece cada pocos años con alguna patente propia para simplificar la religión como sustituto de la tradición cristiana está en realidad perdiendo el tiempo. Como un hombre que no tiene más instrumentos que unos viejos prismáticos y que decide corregirle la plana a los auténticos astrónomos. Puede que sea un tipo listo, incluso puede que sea más listo que algunos de los astrónomos, pero no tiene nada que hacer. Dos años más tarde todo el mundo se ha olvidado de él, pero la auténtica ciencia sigue adelante.

Si el cristianismo fuese algo que nos estamos inventando, por supuesto podríamos hacerlo más fácil. Pero no lo es. No podemos competir, en simplicidad, con aquellos que están inventando religiones. ¿Cómo podríamos? Estamos tratando con un Hecho. Y es evidente que cualquiera puede ser simple si no tiene que molestarse con hechos.

3. El tiempo y más allá del tiempo

Es una idea muy tonta la de que leyendo un libro no se debe «saltar» páginas. Todas las personas sensatas se saltan páginas con entera libertad cuando llegan a un capítulo que piensan que no les va a servir de nada. En este capítulo voy a hablar de algo que puede serle útil a algunos lectores, pero que a otros les parecerá simplemente una complicación innecesaria. Si pertenecéis a la segunda clase de lectores, os aconsejo que no os molestéis con este capítulo, sino que vayáis directamente al siguiente.

En el último capítulo tuve que tocar el tema de la oración, y mientras este siga fresco en vuestras mentes y en la mía me gustaría tratar con una dificultad que la gente encuentra en la idea de la oración. Un hombre me lo presentó de esta manera, diciendo: «Yo puedo creer en Dios, pero lo que no puedo creerme es la idea de Dios escuchando a cientos de millones de seres humanos que se dirigen a El en el mismo momento.» Y yo he descubierto que muchas personas piensan lo mismo.

Lo primero que debemos percibir es que el meollo de la cuestión reside en las palabras «en el mismo momento». La mayoría de nosotros podemos imaginar a Dios atendiendo a cualquier número de suplicantes sólo con que acudieran a El uno por uno, y Dios tuviera un tiempo infinito para escucharlos. De modo que lo que está realmente detrás de esta dificultad es la idea de Dios teniendo que atender demasiadas cosas en un momento de tiempo.

Claro que eso es exactamente lo que nos pasa a nosotros. Nuestra vida nos llega de momento a momento. Un momento desaparece antes de que llegue el siguiente, y en cada uno de ellos hay lugar para muy poco. Es así como es el tiempo. Y, naturalmente, vosotros y yo tendemos a dar por sentado que esta serie del tiempo —este arreglo del pasado, del presente y el futuro— no es simplemente el modo en que la vida viene a nosotros, sino el modo en que todas las cosas existen realmente. Tendemos a asumir que todo el universo y Dios mismo están siempre moviéndose del pasado hacia el futuro del mismo modo que lo hacemos nosotros. Pero muchos hombres sabios están en desacuerdo con eso. Fueron los teólogos los que iniciaron la idea de que algunas cosas no están en el tiempo en absoluto; más tarde los filósofos la adoptaron y ahora algunos de los científicos están haciendo lo mismo.

Casi con toda certeza Dios no está en el tiempo. Su vida no consta de momentos que se suceden unos a otros. Si un millón de personas le están rezando a las diez y media de esta noche, El no necesita escucharlas a todas en ese preciso y mínimo espacio de tiempo que nosotros llamamos las diez y media. Las diez y media —y todos los demás momentos desde el principio del mundo— es siempre el presente para El. Si preferís verlo de esta manera, Dios tiene la eternidad para escuchar el pequeño fragmento de oración que le ofrece el piloto al tiempo que su avión cae

envuelto en llamas.

Esto es difícil, lo sé. Dejadme ofreceros algo, que no es exactamente lo mismo, pero que se le parece un poco. Supongamos que yo estoy escribiendo una novela. Escribo: «Mary dejó sus quehaceres; a continuación alguien llamó a la puerta.» Para Mary, que tiene que vivir en el tiempo imaginario de mi historia, no hay intervalo entre dejar sus quehaceres y escuchar la llamada a la puerta. Pero yo, que soy el creador de Mary, no vivo en absoluto en ese tiempo imaginario. Entre haber escrito la primera parte de la frase y la segunda puedo sentarme durante tres horas y pensar en Mary. Podría pensar en Mary como si ella fuera la sola protagonista de la novela y durante todo el tiempo que quisiera, y las horas que empleo en hacerlo no aparecerían en el tiempo de Mary (el tiempo de la historia) en absoluto.

Esta no es una ilustración perfecta, por supuesto. Pero puede que proporcione un atisbo de lo que yo creo es la verdad. Dios no es apresurado a lo largo de esta corriente de tiempo que es el universo del mismo modo que un autor no es apresurado a lo largo del tiempo imaginario de su propia novela. Tiene una atención infinita para prodigar entre todos nosotros. No tiene que tratar con nosotros en masa. Estás tan solo con él como si fueras el único ser que hubiera creado. Cuando Cristo murió, murió por ti individualmente como si hubieras sido el único hombre del mundo.

El modo en que mi ilustración se contradice es éste: En ella, el autor sale de una serie de tiempo (la de la novela) para entrar en otra serie de tiempo (la real). Pero Dios, creo yo, no vive en ninguna serie de tiempo en absoluto. Su vida no se genera ^momento a momento como la nuestra. Para El, por así decirlo, es todavía 1929 y ya 1960. Puesto que Su vida es El mismo.

Si os imagináis el tiempo como una línea recta a lo largo de la cual tenemos que viajar, debéis imaginar a Dios como toda la página en la que se ha dibujado esa línea. Nosotros llegamos a las partes de la línea una por una: tenemos que dejar A antes de llegar a B, y no podemos llegar a C sin dejar atrás a B. Dios, desde arriba o desde fuera o desde todo alrededor, contiene la línea entera, y la ve toda.

Merece la pena comprender esta idea porque elimina algunas aparentes dificultades del cristianismo. Antes de que me convirtiera en cristiano una de mis objeciones era la que sigue: los cristianos dicen que el Dios eterno que está en todas partes y hace que el mundo siga girando se convirtió una vez en ser humano. Pues bien, me decía yo, ¿cómo seguía girando el mundo mientras El era un bebé, o mientras estaba dormido? ¿Cómo podía ser al mismo tiempo el Dios que todo lo sabía y el hombre que preguntaba a sus discípulos «¿Quién me ha tocado»? Os daréis cuenta de que el quid de la cuestión está en las palabras que se refieren al tiempo. «*Mientras* El era un bebé… ¿Cómo podía ser *al mismo tiempo*?» En otras palabras, yo estaba asumiendo que la vida de Cristo como Dios ocurría en el tiempo, y que Su vida como el hombre Jesús en Palestina era un período más corto sacado de ese

mismo tiempo…. del mismo modo que mi servicio en el ejército fue un corto período sacado de la totalidad de mi vida. Y esa es la manera en que tal vez la mayoría de nosotros tendemos a pensar en ello. Nos imaginamos a Dios viviendo en un período en el que Su vida humana estaba aún en el futuro; luego llegando a un período en que era presente, y luego llegando a un período en que El pudo mirar atrás como a algo en el pasado. Pero es probable que estas ideas no correspondan a nada de los hechos reales. No se puede establecer ninguna comparación entre la vida terrena de Cristo en Palestina, en su dimensión temporal, con Su vida como Dios más allá de todo tiempo y espacio. Yo sugiero que en realidad, y es una verdad intemporal acerca de Dios, la naturaleza humana, y la experiencia humana de la debilidad o el sueño o la ignorancia, quedó de algún modo incluida en la totalidad de Su vida divina. Esta vida humana de Dios es, desde nuestro punto de vista, un período particular en la historia de nuestro mundo (desde el año 1. d. C hasta la Crucifixión). Por lo tanto, imaginamos que es también un período en la historia de la propia existencia de Dios. Pero Dios no tiene historia. Es demasiado definitivamente y totalmente real para tenerla. Puesto que, naturalmente, tener una historia significa perder parte de tu realidad (porque ésta ya se ha deslizado en el pasado) y no tener todavía otra parte (porque aún sigue en el futuro), de hecho, no tienes más que el mínimo presente, que ha desaparecido antes de que puedas hablar de él. Dios no permita que podamos creer que Dios es así. Incluso nosotros podemos esperar que no siempre se nos racione de esa manera.

Otra dificultad que tenemos si pensamos que Dios está en el tiempo es ésta: todos aquellos que creen en Dios creen que El sabe lo que vosotros o yo vamos a hacer mañana. Pero si El sabe lo que yo voy a hacer mañana, ¿cómo puedo ser yo libre de hacerlo? Pues aquí, una vez más, la dificultad viene de pensar que Dios progresa a lo largo de la línea del tiempo como nosotros, siendo la única diferencia que El puede ver el futuro y nosotros no. Pues si eso fuera verdad, si Dios *previera* nuestros actos, sería muy difícil comprender cómo podríamos ser libres de no hacerlos. Pero supongamos que Dios está fuera y por encima de la línea del tiempo. En ese caso, lo que nosotros llamamos «mañana» es visible para El del mismo modo que aquello que nosotros llamamos «hoy». Todos los días son «ahora» para El. El no recuerda que hicierais nada ayer; sencillamente os ve hacerlo, porque, aunque vosotros hayáis perdido el ayer, El no. El no os «prevé» haciendo cosas mañana; sencillamente os ve hacerlas, porque, aunque mañana aún no ha llegado para vosotros, para El sí. Nunca suponéis que vuestras acciones en este momento serían menos libres porque Dios ve lo que estáis haciendo. Pues bien; El ve vuestras acciones de mañana del mismo modo, porque El ya está en el mañana, sencillamente mirándoos. En un sentido, El no ve vuestra acción hasta que la habéis hecho; pero claro, el momento en que la habéis hecho es ya el «ahora» para Él.

Esta idea me ha ayudado mucho. Si no os ayuda a vosotros, abandonadla. Es una «idea cristiana» en el sentido en que grandes sabios cristianos la han sostenido, y no hay nada en ella que sea contrario al cristianismo. Pero no está en la Biblia ni en ninguno de los credos. Podéis ser perfectamente buenos cristianos sin aceptarla, o incluso sin pensar en ella en absoluto.

4. La buena infección

Empiezo este capítulo pidiéndoos que evoquéis una imagen con toda claridad. Imaginad dos libros encima de una mesa, uno encima de otro. Es evidente que el libro de abajo está sosteniendo al de arriba… apoyándolo. Gracias al libro de abajo, el libro de arriba está descansando, digamos a dos pulgadas de la superficie de la mesa en vez de tocar la mesa. Llamemos al libro de abajo A y al libro de arriba B. La posición de A está causando la posición de B. ¿Está claro? Ahora imaginemos —no podría ocurrir, naturalmente, pero nos servirá como ilustración— que los dos libros han estado en esa posición eternamente. En ese caso, la posición de B siempre habría resultado de la posición de A. Pero de todos modos, la posición de A no podría haber existido antes de la posición de B. En otras palabras, el efecto no ha venido *después* de la causa. Por supuesto, los efectos suelen venir después de las causas: uno se come un pepino primero y luego sufre de indigestión. Pero esto no ocurre con todas las causas y todos los efectos. En un momento veréis por qué creo que esto es importante.

Una página atrás dije que Dios es un Ser que contiene tres Personas mientras que sigue siendo un Ser, del mismo modo que un cubo contiene seis cuadrados mientras que sigue siendo un solo cuerpo. Pero en cuanto empiezo a intentar explicar cómo están relacionadas esas tres Personas tengo que utilizar palabras que hacen que parezca que una de ellas ha estado allí antes de las demás. La Primera Persona se llama el Padre y la Segunda el Hijo. Decimos que la primera engendra la segunda: lo llamamos *engendrar* y no crear, porque lo que la primera Persona produce es de la misma clase que Ella. En ese aspecto la palabra Padre es la única que podemos utilizar. Pero desgraciadamente ésta sugiere que Ella estuvo ahí primero, del mismo modo que un padre humano existe antes que su hijo. Pero esto no es así. Aquí no hay un antes y un después. Y por eso he dedicado algún tiempo al intento de aclarar cómo una cosa puede ser la fuente, o la causa, o el origen de otra sin haber estado allí antes. El Hijo es porque el Padre es, pero nunca hubo un momento en que el Padre produjera al Hijo.

Ta vez la mejor manera de pensar en el asunto es ésta. Os pedí hace un momento que imaginaseis esos dos libros, y probablemente la mayoría de vosotros lo hizo. Es decir, hicisteis un acto de imaginación y como resultado obtuvisteis una imagen mental. Evidentemente vuestro acto de imaginación fue la causa y la imagen mental el resultado. Pero eso no significa que primero imaginasteis y luego obtuvisteis la imagen. En el momento en que la imaginasteis la imagen estaba allí. Vuestra voluntad estaba manteniendo la imagen ante vosotros todo el tiempo. Y sin embargo, ese acto de voluntad y la imagen empezaron exactamente en el mismo momento y terminaron en el mismo momento. Si hubiera un Ser que siempre hubiera existido y siempre

hubiera estado imaginando una cosa, su acto de imaginación siempre habría producido una imagen mental, pero la imagen sería tan eterna como el acto.

Del mismo modo, siempre debemos pensar en el Hijo como, por así decirlo, emanando del Padre, como la luz emana de una lámpara, o el calor del fuego o los pensamientos de la mente. El Hijo es la autoexpresión del Padre… lo que el Padre tiene que decir. Y nunca hubo un tiempo en que no lo estuviera diciendo. ¿Pero os habéis dado cuenta de lo que está pasando? Todas estas imágenes de luz y de calor hacen que parezca que el Padre y el Hijo fueran dos cosas en lugar de dos personas. De manera que después de todo, la imagen del Nuevo Testamento de un Padre y un Hijo resulta ser mucho más exacta que cualquier cosa por la que intentemos sustituirla. Eso es lo que siempre ocurre cuando uno se aleja de las palabras de la Biblia. Está bien alejarse de ellas por un momento para dejar claro algún punto en especial. Pero siempre se debe volver. Naturalmente, Dios sabe cómo describirse a sí mismo mucho mejor de lo que nosotros sabemos describirlo. El sabe que Padre e Hijo se parece más a la relación entre la Primera y la Segunda Persona que ninguna otra cosa en la que podamos pensar. Lo más importante que debemos saber es que es una relación de amor. El Padre se deleita en el Hijo; el Hijo venera al Padre.

Antes de seguir, daos cuenta de la importancia práctica de esto. A todo el mundo le gusta repetir la declaración cristiana «Dios es Amor». Pero parecen no darse cuenta de que las palabras «Dios es Amor» no tienen un significado real a menos que Dios contenga al menos a dos Personas. El amor es algo que una persona siente por otra persona. Si Dios fuera una sola persona entonces, antes de que el mundo fuese creado, Dios no era amor. Por supuesto, lo que esta gente quiere decir cuando dice que Dios es amor es a menudo algo muy diferente; lo que realmente quieren decir es «Amor es Dios». Realmente quieren decir que nuestros sentimientos de amor, surjan como surjan y surjan de donde surjan, y produzcan los resultados que produzcan, han de ser tratados con gran respeto. Tal vez sea así: pero eso es algo muy diferente de lo que los cristianos quieren decir cuando dicen que «Dios es Amor». Ellos creen que la actividad viva y dinámica del amor ha estado en Dios desde siempre y ha creado todo lo demás.

Y esa es, de paso, tal vez la diferencia más importante entre el cristianismo y todas las demás religiones: que en el cristianismo Dios no es una Cosa —ni siquiera una Persona— estática, sino una actividad dinámica y pulsante, una vida, casi una especie de drama. Casi, si no me tomáis por irreverente, una suerte de danza. La unión entre el Padre y el Hijo es algo tan vivo y concreto que esta unión misma es en sí una Persona. Sé que esto es casi inconcebible, pero consideradlo de esta manera. Sabréis que los seres humanos, cuando se reúnen en familia, o en un club, o en un gremio, hablan del «espíritu» de esa familia, de ese club o de ese gremio. Hablan de su «espíritu» porque los miembros individuales, cuando están juntos, realmente

desarrollan maneras particulares de hablar y de comportarse que no adoptarían si estuviesen separados[7]. Es como si se crease una suerte de personalidad común. No se trata, por supuesto, de una persona real; es más bien algo parecido a una persona. Pero esa es justamente una de las diferencias entre Dios y nosotros. Lo que surge de la vida conjunta del Padre y el Hijo es una auténtica Persona; es, de hecho, la Tercera de las tres Personas que son Dios.

Esta Tercera Persona se llama, en lenguaje técnico, el Espíritu Santo o el Espíritu de Dios. No os preocupéis ni os sorprendáis si lo encontráis bastante más vago y difuminado en vuestra mente que a los otros dos. Creo que hay una razón por la que esto debe ser así. En la vida cristiana no se suele estar mirándolo a El: El está siempre actuando en vosotros. Si pensáis en el Padre como en alguien que está «ahí fuera», delante de vosotros, y en el Hijo como en alguien que está a vuestro lado, ayudándoos a rezar, intentando convertiros en otro hijo, entonces tenéis que pensar en la Persona como en alguien que está dentro de vosotros, o detrás de vosotros. Tal vez algunos encuentren más fácil empezar con la Tercera Persona y proceder hacia atrás. Dios es Amor, y ese Amor se difunde a través de los hombres, y especialmente a través de toda la comunidad cristiana. Pero este Espíritu de Amor es, desde toda la eternidad, un Amor que se da entre el Padre y el Hijo.

Y bien, ¿qué importa todo esto? Importa más que cualquier cosa en el mundo. Toda la danza, o drama, o patrón de conducta de esta vida tri-Personal debe ser llevado a cabo en cada uno de nosotros: o (en el sentido inverso), cada uno de nosotros tiene que entrar en ese patrón de conducta, tomar su puesto en esa danza. No hay otro camino hacia la felicidad para la que hemos sido hechos. Sabréis que las cosas buenas además de las malas se contagian por una suerte de infección. Si queréis calentaros debéis poneros cerca del fuego; si queréis mojaros debéis meteros en el agua. Si queréis gozo, poder, paz, vida eterna, debéis acercaros, o incluso introduciros, en aquello que los tiene. Estas cosas no son una especie de premio que Dios podría, si quisiera, entregar a cualquiera. Son una gran fuente de energía y belleza que mana desde el centro mismo de la realidad. Si estáis cerca de esa fuente, su salpicadura os mojará; si no lo estáis, permaneceréis secos. Una vez que un hombre está unido a Dios, ¿cómo no iba a vivir para siempre? Una vez que un hombre está separado de Dios, ¿cómo no va a marchitarse y morir?

¿Pero cómo va ese hombre a unirse a Dios? ¿Cómo es posible para nosotros ser absorbidos en la vida tri-Personal?

Recordaréis lo que dije en el capítulo segundo acerca de engendrar y crear. Nosotros no somos engendrados por Dios: sólo somos creados por El. En nuestro estado natural no somos hijos de Dios: sólo somos (por así decirlo) estatuas. No poseemos *Zoe* o vida espiritual: sólo poseemos *Bios* o vida biológica que a su tiempo se agotará y morirá. Pues bien, todo lo que ofrece el cristianismo es esto: que

podemos, si dejamos que Dios se salga con la Suya, llegar a compartir la vida de Cristo. Si lo hacemos, estaremos compartiendo una vida que fue engendrada, no creada, que siempre ha existido y que siempre existirá. Cristo es el Hijo de Dios. Si compartimos esta clase de vida nosotros también seremos hijos de Dios. Amaremos al Padre como Él le ama y el Espíritu Santo se despertará en nosotros. El vino a este mundo y se hizo hombre para difundir a otros hombres la clase de vida que El tiene, a través de lo que yo llamo una «buena infección». Cada cristiano debe convertirse en un pequeño Cristo. Todo el sentido de hacerse cristiano es ese y ningún otro.

5. Los obstinados soldados de juguete

El Hijo de Dios se hizo hombre para que los hombres pudieran hacerse hijos de Dios. No sabemos —al menos yo no lo sé— cómo hubieran ido las cosas si la raza humana nunca se hubiera rebelado contra Dios y se hubiera unido al enemigo. Es posible que todos los hombres hubieran estado «en Cristo», que hubieran compartido la vida del Hijo de Dios desde el momento en que nació. Tal vez el *Bios* o vida natural hubiera sido incorporada al *Zoe*, la vida increada, de una vez y automáticamente. Pero eso son conjeturas. A vosotros y a mí nos interesan las cosas tal como son ahora.

Y el presente estado de las cosas es éste. La dos clases de vida no sólo son diferentes (siempre lo hubieran sido), sino que en realidad son antagónicas. La vida natural en cada uno de nosotros es algo centrado en sí mismo, algo que quiere ser mimado y admirado, que quiere aprovecharse de las demás vidas, explotar el universo. Y especialmente quiere que se la deje a su aire: mantenerse aparte de cualquier cosa que sea mejor o más alto que ella, de cualquier cosa que la haga sentirse poca cosa. Tiene miedo de la luz y el aire del mundo espiritual, del mismo modo que las personas que han sido educadas para ser sucias tienen miedo de tomar un baño. Y en cierto sentido tiene razón. Sabe que si la vida espiritual se adueña de ella, todo su egocentrismo y su amor propio morirán, y está dispuesta a luchar con uñas y dientes para evitarlo.

¿Pensasteis alguna vez, cuando erais niños, lo divertido que sería que vuestros juguetes pudieran adquirir vida propia? Pues bien, imaginad que hubierais podido realmente darles vida. Imaginad que hubieseis convertido un soldado de plomo en un hombrecito de verdad. Eso habría implicado transformar el plomo en carne. Y suponed que al soldadito de plomo no le hubiese gustado. A él no le interesa la carne; lo único que ve es que el plomo ha sido estropeado. El cree que le estáis matando. Hará todo lo que pueda para impedírselo. Si puede evitarlo, no consentirá que le convirtáis en un hombre.

No sé lo que habríais hecho con ese soldado de plomo. Pero lo que Dios hizo con nosotros fue esto. La Segunda Persona en Dios, el Hijo, se hizo humano: nació en este mundo como un hombre real, un auténtico hombre de una altura determinada, con el pelo de un cierto color, que hablaba un idioma concreto y pesaba un cierto número de kilos. El Ser Eterno, que todo lo sabe y creó el universo entero, se convirtió no sólo en un hombre sino (antes de eso) en un bebé, y antes de eso en un feto dentro del cuerpo de una mujer. Si queréis Haceros una idea, pensad lo que os gustaría convertiros en una babosa o en un cangrejo.

El resultado de esto fue que ahora existía un hombre que era realmente lo que todos los hombres' estaban destinados a ser; un hombre en el que la vida creada,

derivada de su madre, se permitía ser completa y perfectamente convertida en la vida engendrada. La criatura natural humana en El fue asumida por completo en el divino Hijo. Así, en una instancia, la humanidad había llegado, por así decirlo, a su meta: había pasado a la vida de Cristo. Y porque toda la dificultad para nosotros reside en que la vida natural tiene que ser, en cierto sentido, «muerta», Él eligió una carrera terrenal que implicaba la muerte de Sus deseos humanos a cada paso: la pobreza, la incomprensión de su propia familia, la traición de uno de Sus íntimos amigos, sentirse burlado y vapuleado por la policía, y ser ejecutado mediante tortura. Y luego después de haber sido muerto de este modo —en cierto sentido muerto todos los días — la criatura humana en El, porque estaba unida al Divino Hijo, volvió de nuevo a la vida. El hombre en Cristo resucitó de nuevo: no sólo el Dios. De eso se trata todo. Por primera vez vimos a un hombre auténtico. Un soldado de plomo —de auténtico plomo, igual que los demás— se había vuelto total y espléndidamente vivo.

Y aquí, por supuesto, llegamos al punto en que mi ilustración del soldado de plomo se desvirtúa. En el caso de verdaderos soldados de plomo o de estatuas, si alguno de ellos cobrara vida, no significaría nada para los demás. Todos están separados. Pero los seres humanos no lo están. Parecen separados porque los veis caminando separadamente. Pero, claro, estamos hechos de tal modo que sólo podemos ver el momento presente. Si pudiéramos ver el pasado, todo nos parecería diferente. Porque hubo un momento en que cada hombre era parte de su madre y (antes aún) también parte de su padre, y aún antes parte de sus abuelos. Si pudierais ver a la humanidad esparcida en el tiempo, como la ve Dios, ésta no parecería un montón de cosas separadas y esparcidas por ahí. Parecería una única cosa que crece, algo así como un árbol muy complicado. Cada individuo aparecería conectado con los demás. Y no sólo eso. Los individuos no están realmente separados de Dios, del mismo modo que no están separados unos de otros. Cada hombre, mujer y niño de todo el mundo está sintiendo y respirando en este momento sólo porque Dios, por así decirlo, «los hace funcionar».

En consecuencia, cuando Cristo se hace hombre, no es realmente como si vosotros pudierais convertiros en un soldado de plomo en particular. Es como si algo que siempre está afectando la masa humana empieza, en un cierto punto, a afectar a esa misma masa humana de una manera nueva. A partir de ese punto el efecto se extiende por toda la humanidad.

Afecta a aquellos que vivieron antes de Cristo así como a aquellos que vivieron después de El. Afecta a aquellos que nunca han oído hablar de El. Es como dejar caer en un vaso de agua una gota de algo que le da un nuevo sabor o un nuevo color a toda ella. Pero, por supuesto, ninguna de estas ilustraciones sirve perfectamente. En última instancia Dios no es otra cosa que Sí mismo y lo que El hace no se parece a ninguna otra cosa. Apenas podría esperarse que fuese de otra manera.

¿Cuál es, pues, la diferencia que El ha constituido para la totalidad de la masa humana? Es solamente ésta: que el trabajo de convertirse en un hijo de Dios, de ser transformado de algo creado en algo engendrado, de pasar de la vida biológica temporal a la vida «espiritual» intemporal El lo ha hecho por nosotros. En principio, la Humanidad ya está «salvada». Nosotros, los individuos, tenemos que apropiarnos de esa salvación. Pero el trabajo realmente duro —aquello que no hubiéramos podido hacer por nosotros mismos— El lo ha hecho por nosotros. No tenemos que intentar escalar a la vida espiritual por nuestros propios esfuerzos. Esta ya ha descendido a la raza humana. Sólo con que nos abramos al único Hombre en el que esa vida estaba totalmente presente y que, a pesar de ser Dios, es también un hombre real, El lo hará por nosotros y en nosotros. Recordad lo que dije acerca de la «buena infección». Uno de nuestra raza tiene esta nueva vida: si nos acercamos a El nos la contagiaremos.

Naturalmente, esto puede expresarse de mil maneras diferentes. Podéis decir que Cristo murió por nuestros pecados. Podéis decir que el Padre nos ha perdonado porque Cristo ha hecho por nosotros los que nosotros debiéramos haber hecho. Podéis decir que hemos sido lavados por la sangre del Cordero. Podéis decir que Cristo ha vencido la muerte. Y todo ello es verdad. Si alguna de estas cosas no os atrae, dejadla y escoged la fórmula que os atraiga. Y, hagáis lo que hagáis, no empecéis a discutir con otras personas porque ellas utilicen otra fórmula diferente de la vuestra.

6. Dos notas

Para evitar los malentendidos añado aquí dos notas sobre dos puntos surgidos en el último capítulo.

1) Un crítico muy sensato me escribió preguntándome por qué, si Dios quería hijos en vez de «soldados de plomo», no engendró muchos hijos desde el principio en vez de *hacer* primero soldados de plomo y luego traerlos a la vida a través de un proceso tan difícil y penoso. Una parte de la respuesta a esta pregunta es relativamente fácil: la otra parte está, probablemente, más allá del conocimiento humano. La parte fácil es ésta. El proceso de ser transformado de una criatura en un hijo no habría sido difícil ni doloroso si la raza humana no se hubiese apartado de Dios hace siglos. Y ésta pudo hacerlo porque El les otorgó el libre albedrío: les otorgó el libre albedrío porque un mundo de meros autómatas nunca podría amar y por lo tanto conocer la felicidad infinita. La parte difícil es ésta. Todos los cristianos están de acuerdo en que hay, en el sentido pleno y original, sólo un «Hijo de Dios». Si insistimos en preguntar «¿Pero podría haber habido muchos?» nos encontramos en aguas muy profundas. ¿Tienen las palabras «podría haber habido» algún sentido aplicadas a Dios? Se puede decir que una cosa finita en particular «podría haber sido» diferente de lo que es si alguna otra cosa hubiese sido diferente, y aquella otra cosa hubiese sido diferente si otra tercera cosa hubiese sido diferente, y así sucesivamente. (Las letras de esta página habrían sido diferentes si el impresor hubiese utilizado tinta roja, y habría utilizado tinta roja si se le hubiese dicho que lo hiciera, etcétera). Pero cuando se habla de Dios —es decir, del Hecho final e irreductible del que dependen todos los demás— no tiene sentido preguntar si El podría haber sido diferente. Es lo que es, y ahí se acaba el asunto. Pero incluso aparte de todo esto, a mí me resulta difícil pensar en la idea del Padre engendrando muchos hijos para toda la eternidad. Para ser muchos tendrían que ser diferentes unos de otros. Dos peniques tienen la misma forma. ¿De qué manera son dos? Ocupando lugares diferentes y conteniendo diferentes átomos. En otras palabras, para pensar en ellos como diferentes entre sí hemos tenido que introducir la idea del espacio y la materia; es decir, hemos tenido que introducir la idea de la «naturaleza» o el universo creado.

Puedo comprender la distinción entre el Padre y el Hijo sin traer a colación el espacio o la materia, porque el Uno engendra y el Otro es engendrado. La relación del Padre con el Hijo no es la misma que la relación del Hijo con el Padre. Pero si, hubiera varios hijos todos estarían relacionados unos con otros y con el Padre de la misma manera. ¿En qué se diferenciarían unos de otros? Al principio, por supuesto, uno no nota 1$ diferencia. Piensa que puede formar la idea de varios «hijos». Pero cuando lo pienso más detenidamente, encuentro que la idea parecía posible sólo porque yo estaba vagamente imaginándolos como formas humanas que se encuentran

juntas en una suerte de espacio. En otras palabras: aunque fingía pensar en algo que existe antes de que cualquier universo hubiera sido creado, estaba en realidad introduciendo subrepticiamente la imagen de un universo y poniendo ese algo *dentro* de él. Cuando dejo de hacer eso y aún así sigo intentando pensar en el Padre engendrando muchos hijos «antes de todos los mundos» descubro que en realidad no estoy pensando en nada. La idea se esfuma en meras palabras. (¿Fue creada la naturaleza —el espacio, el tiempo y la materia— precisamente para hacer que la multiplicidad fuese posible? ¿No hay tal vez otra manera de obtener muchos espíritus eternos salvo creando primero muchas criaturas naturales en un universo y luego espiritualizándolas? Claro que todo esto son meras conjeturas).

2) La idea de que toda la raza humana es, en un sentido, una misma cosa —un inmenso organismo, como un árbol— no debe ser confundida con la idea de que las diferencias individuales no importan o que las personas reales como Tom, Nobby y Kate son de algún modo menos importantes que las cosas colectivas como las clases, las razas, etcétera. De hecho ambas ideas son opuestas. Cosas que forman parte de un mismo organismo pueden ser muy diferentes unas de otras; cosas que no lo hacen pueden ser muy parecidas. Seis peniques son cosas separadas y muy parecidas; mi nariz y mis pulmones son muy diferentes, pero sólo están vivos porque forman parte de mi cuerpo y comparten su vida común. El cristianismo piensa en los individuos humanos no como en meros miembros de un grupo o componentes de una lista, sino como en órganos de un cuerpo: diferentes unos de otros y cada uno de ellos contribuyendo con lo que ningún otro podría. Cuando os encontréis queriendo convertir a vuestros hijos, o a vuestros alumnos, o incluso a vuestros vecinos en personas exactamente iguales a vosotros mismos, recordar que probablemente Dios jamás pretendió que fueran eso. Vosotros y ellos sois órganos diferentes, y vuestro cometido es hacer cosas diferentes. Por otro lado, cuando os sentís tentados a no dejar que los problemas de otro os afecten porque no son «asunto vuestro», recordad que, aunque él es diferente de vosotros, forma parte del mismo organismo. Si olvidáis que pertenece al mismo organismo que vosotros os convertiréis en individualistas. Si olvidáis que es un órgano distinto de vosotros, si queréis suprimir las diferencias y hacer que toda la gente sea igual, os convertiréis en totalitarios. Pero un cristiano no debe ser ni un totalitario ni un individualista.

Siento un enorme deseo de deciros —y supongo que vosotros sentís un enorme deseo de decírmelo a mí— cuál de estos dos errores es el peor. Ese es el demonio intentando tentarnos. Siempre envía errores al mundo por parejas, parejas de opuestos. Y siempre nos anima a dedicar mucho tiempo a pensar cuál de los dos es peor. ¿Comprendéis, naturalmente, por qué? Confía en que el disgusto mayor que os cause uno de los dos errores os atraiga gradualmente hacia el otro. Pero no nos dejemos engañar. Tenemos que mantener los ojos fijos en la meta y pasar por en

medio de los dos errores. No nos importa nada más que eso en lo que respecta a cualquiera de los dos.

7. Finjamos

¿Me permitís que una vez más empiece por presentaros dos imágenes, o mejor dicho, dos historias? Una de ellas es la historia que todos habéis leído y que se llama *La bella y la bestia*. La chica, como recordaréis, tenía, por alguna razón, que casarse con un monstruo. Y lo hizo. Lo besó como si fuera un hombre. Y entonces, para su gran alivio, el monstruo realmente se convirtió en un hombre y todo salió bien. La otra historia trata de alguien que tenía que llevar una máscara; una máscara que lo hacía parecer mucho más guapo de lo que realmente era. Tuvo que llevarla durante años. Y cuando se la quitó se dio cuenta de que su cara se había amoldado a ella. Ahora era guapo de verdad. Lo que había empezado como un disfraz había terminado como una realidad. Creo que estas dos historias pueden (con cierta fantasía, por supuesto) ayudar a ilustrar lo que tengo que decir en este capítulo. Hasta ahora he estado intentando describir hechos: lo que Dios es y lo que ha realizado. Ahora quiero hablar de la práctica. ¿Qué hacemos a continuación? ¿Qué importancia tiene toda esta teología? Esta noche puedo empezar a atribuirle una importancia. Si estáis lo suficientemente interesados como para haber leído hasta aquí seguramente también estaréis lo bastante interesados como para intentar rezar vuestras oraciones, y recéis la oración que recéis, probablemente rezaréis el Padre Nuestro.

Sus primerísimas palabras son *Padre Nuestro*. ¿Veis ahora lo que esas palabras significan? Significan, con toda franqueza, que os estáis poniendo en el lugar de un hijo de Dios. Para decirlo abruptamente, estáis *disfrazándoos de Cristo*. Estáis fingiendo, si lo preferís. Porque, naturalmente, en el momento en que os dais cuenta de lo que esas palabras significan, os dais cuenta de que no sois hijos de Dios. No sois como el Hijo de Dios, cuya voluntad e intereses son los mismos que los del Padre; sois un manojo de miedos, esperanzas, avaricia, celos y vanidad egoístas, destinados a la muerte. De manera que, en cierto modo, este disfrazarse de Cristo es un acto de hipocresía insultante. Pero lo extraño es que El nos ha ordenado que lo hiciéramos.

¿Por qué? ¿De qué sirve fingir que somos lo que no somos? Pues bien, incluso en el nivel humano hay dos clases de fingimiento. Está la clase mala, en la que el fingimiento está ahí en vez de la cosa auténtica: como cuando un hombre finge que va a ayudaros en vez de ayudaros realmente. Pero también está la clase buena, en la que el fingimiento conduce a la cosa real. Cuando no os sentís particularmente amistosos pero sabéis que deberíais sentiros, a menudo lo mejor que podéis hacer es « poner cara de buenos amigos y comportaros como si en realidad fuerais una mejor persona de lo que realmente sois. Y en pocos minutos, como todos hemos podido darnos cuenta, realmente os sentiréis más amistosos de lo que os sentíais. A menudo, la única manera de adquirir una cualidad en realidad es empezar a comportarnos

como si ya la tuviéramos. Por eso los juegos de niños son tan importantes. Ellos siempre están fingiendo ser adultos: juegan a los soldados, o juegan a las tiendas. Pero en todo momento están endureciendo sus músculos y agudizando sus sentidos, para que la ficción de ser adultos les ayude a crecer de verdad.

Pues bien; en el momento en que os dais cuenta de que estáis fingiendo ser Cristo, es sumamente probable que instantáneamente veáis una manera en que el fingimiento pudiera tener menos de fingimiento y más de realidad. Encontraréis que en vuestras mentes tienen lugar varias cosas que no tendrían lugar si verdaderamente fuerais hijos de Dios. Pues bien, detenedlas. O tal vez os deis cuenta de que, en vez de estar rezando vuestras oraciones, deberíais estar abajo escribiendo una carta, o ayudando a vuestra mujer a fregar los platos. Pues bien, hacedlo.

Ya veis lo que está ocurriendo. El Cristo en Persona, el Hijo de Dios que es hombre (igual que vosotros), y Dios (igual que Su Padre) está realmente a vuestro lado y está ya desde ese momento ayudándoos a transformar vuestro fingimiento en realidad. Esta no es meramente una manera elaborada de decir que vuestra conciencia os está diciendo lo que debéis hacer. Si interrogáis a vuestra conciencia, sencillamente, obtenéis un resultado. Si recordáis que os estáis disfrazando de Cristo, obtenéis otro. Hay muchas cosas que vuestra conciencia podría no llamar definitivamente malas (especialmente las cosas en vuestra mente), pero que reconoceréis de inmediato que no podéis seguir haciendo si intentáis seriamente ser como Cristo. Puesto que ya no estáis pensando simplemente en lo bueno y en lo malo: estáis intentando adquirir la buena infección de una Persona. Esto se parece más a pintar un retrato que a obedecer una serie de reglas. Y lo extraño es que mientras que por un lado es mucho más difícil que pintar un cuadro, por otro es mucho más fácil.

El auténtico Hijo de Dios está junto a vosotros. Está empezando a transformaros en Él Mismo. Está empezando, por así decirlo, a «inyectar» Su clase de vida y pensamiento, Su *Zoe*, en vosotros: está empezando a convertir el soldado de plomo en un hombre vivo. La parte de vosotros a la que esto no le gusta es la parte que sigue siendo de plomo.

Algunos de vosotros podréis pensar que esto se parece muy poco a vuestra propia experiencia. Tal vez digáis: «Yo nunca he tenido la sensación de ser ayudado por un Cristo invisible, pero a menudo he sido ayudado por otros seres humanos.» Esto se parece bastante a aquella mujer que durante la Primera Guerra dijo que si hubiera escasez de pan esto no le afectaría demasiado porque en su casa siempre se comían tostadas. Si no hay pan, no habrá tostadas. Si no hubiera ayuda de Cristo no habría ayuda por parte de otros seres humanos. Cristo actúa en nosotros de muchas maneras, no sólo a través de lo que nosotros llamamos nuestra «vida religiosa». Actúa a través de la naturaleza, de nuestros propios cuerpos, de los libros, a veces a través de

experiencias que parecen, en su momento, *anti*-cristianas. Cuando un joven que ha estado asistiendo a misa de manera rutinaria, sinceramente se da cuenta de que no cree en el cristianismo y deja de hacerlo —siempre que lo haga en nombre de la honestidad y no sólo por enojar a sus padres— el espíritu de Cristo está probablemente más cerca de él de lo que nunca estuvo antes. Pero, sobre todo, Cristo actúa en nosotros a través de los demás.

Los hombres son espejos, o «portadores» de Cristo para los demás hombres. A veces portadores inconscientes. Esta «buena infección» puede ser portada por aquellos que no la tienen en sí mismos. Personas que no eran cristianas me ayudaron a mí a llegar al cristianismo. Pero normalmente son aquellos que Le conocen los que Le llevan a otros. Por eso la Iglesia, el cuerpo entero de cristianos enseñándose a Cristo unos a otros es tan importante. Podríais decir que cuando dos cristianos están siguiendo a Cristo juntos no hay dos veces más cristianismo que cuando no están juntos, sino dieciséis veces más.

Pero no olvidéis esto. Al principio es natural que un bebé tome la leche de su madre sin conocer a su madre. Es igualmente natural para nosotros ver al hombre que nos está ayudando sin ver a Cristo detrás de él. Pero no debemos permanecer como bebés. Debemos progresar hasta conocer al auténtico Dador. Es una locura no hacerlo. Porque, si no lo hacemos, estaremos dependiendo de los seres humanos. Y eso va a decepcionarnos. Los mejores de entre ellos cometerán errores; todos van a morir. Debemos estar agradecidos a todos aquellos que nos han ayudado; debemos honrarlos y amarlos. Pero jamás, jamás pongáis toda vuestra fe en ningún ser humano: aunque sea el mejor y más sabio del mundo entero. Hay muchas cosas bonitas que se pueden hacer con arena, pero no intentéis construir una casa sobre ella.

Y ahora empezamos a ver qué es aquello sobre lo que siempre está hablando el Nuevo Testamento. Habla de los cristianos como «nacidos de nuevo»; habla de ellos como «haciéndose en Cristo»; sobre Cristo «formándose en nosotros»; sobre nuestro alcanzar a «tener la mente de Cristo».

Sacaos de la cabeza la idea de que éstas son sólo maneras rebuscadas de decir que los cristianos han de leer lo que dijo Cristo y luego intentar llevarlo a cabo, del mismo modo que un hombre puede intentar leer lo que Marx o Platón dijeron y luego intentar ponerlo en práctica. Significan algo mucho más importante que eso. Significan que una auténtica Persona, Cristo, aquí y ahora, en esa misma habitación donde estáis rezando, está haciéndoos cambiar. No se trata de un hombre bueno que murió hace dos mil años. Se trata de un Hombre vivo tan hombre como vosotros, y aún tan Dios como lo fue cuando creó el mundo, que realmente aparece y entra en contacto con vuestro ser más íntimo, mata el viejo yo natural en vosotros y lo sustituye por la clase de Yo que El tiene. Al principio, sólo por momentos. Luego, durante períodos más largos. Finalmente, si todo va bien, os transforma

permanentemente en alguien diferente; en un nuevo pequeño Cristo, en un ser que, a su humilde manera, tiene la misma vida que Dios, que comparte Su poder, Su gozo. Su conocimiento y Su eternidad. Y enseguida hacemos dos descubrimientos más.

1) Empezamos a darnos cuenta, además, de nuestros actos pecaminosos particulares, de nuestro estado de pecado; empezamos a alarmarnos no sólo por lo que hacemos sino también por lo que somos. Puede que esto os parezca algo difícil, así que intentaré aclarároslo basándome en mi propio caso. Cuando rezo mis plegarias nocturnas e intento hacer un recuento de los pecados del día, nueve veces de cada diez se trata de algún pecado contra la caridad; me he enfurruñado o he contestado bruscamente o me he burlado o he despreciado a alguien o he dado rienda suelta a mi ira. Y la excusa que inmediatamente surge en mi mente es que la provocación fue tan súbita e inesperada que me cogieron de sorpresa, que no tuve tiempo de controlarme. Es posible que esa sea una circunstancia atenuante en lo que respecta a esos actos en particular; evidentemente habrían sido peores si hubiesen sido premeditados o deliberados. Por otra parte, no cabe duda de que lo que un hombre hace cuando le cogen por sorpresa es la mejor evidencia de lo que ese hombre es. Está claro que lo que surge espontáneamente, antes de que el hombre tenga tiempo de ponerse un disfraz, es la verdad. Si hay ratas en el desván es más probable que las veáis si entráis allí de repente. Pero ese «de repente» no crea a las ratas; sólo les impide esconderse. Del mismo modo, lo intempestivo de la provocación no me convierte en un hombre de mal carácter; sólo demuestra el mal carácter que tengo. Las ratas siempre están allí en el desván; pero si entráis dando gritos se habrán puesto a cubierto antes de que hayáis encendido la luz. Aparentemente, las ratas de la vindicación y el resentimiento siempre están allí, en el desván de mi alma. Y ese desván está fuera del alcance de mi voluntad consciente. Puedo, hasta cierto punto, controlar mis actos, pero no tengo un control directo sobre mi temperamento. Y si (como dije antes) lo que somos importa aún más que lo que hacemos —si, ciertamente, lo que hacemos importa principalmente como evidencia de lo que somos— entonces se sigue que el cambio que más necesito llevar a cabo es un cambio que mis propios esfuerzos directos y voluntarios no pueden realizar. Y esto puede aplicarse también a mis buenas acciones. ¿Cuántas de ellas fueron hechas por el motivo correcto? ¿Cuántas por miedo a la opinión pública, o por un deseo de ostentación?

¿Cuántas por una suerte de obstinación o de sentido de superioridad que, en circunstancias diferentes, podrían haber conducido igualmente a una mala acción? Pero yo no puedo, a través de un esfuerzo moral directo, proporcionarme a mí mismo nuevos motivos. Después de los primeros pasos en la vida cristiana nos damos cuenta de que aquello que verdaderamente necesita hacerse en nuestras almas sólo puede ser hecho por Dios. Y esto nos lleva a algo que hasta ahora ha dado pie a malos

entendidos en mi idioma.

2) Yo he estado hablando como si fuésemos nosotros los que lo hiciéramos todo. En realidad, por supuesto, es Dios quien lo hace todo. Nosotros, como mucho, permitimos que se nos haga. En cierto sentido podría decirse que es Dios quien lleva a cabo el fingimiento. El Dios Tripersonal, por así decirlo, ve de hecho antes Sí un animal humano egoísta, avaricioso, gruñón y rebelde. Pero El dice: «Finjamos que esta no es una mera criatura, sino nuestro Hijo. Es como Cristo en cuanto que es un Hombre, puesto que El se hizo Hombre. Finjamos que también es como Cristo en espíritu. Tratémoslo como si fuera lo que en realidad no es. Finjamos, para hacer que esa ficción se convierta en realidad.» Dios os mira como si fueseis pequeños Cristos: Cristo se pone a vuestro lado para convertiros en El. Me atrevo a decir que esta idea de un divino fingimiento parece algo extraña al principio. Pero, ¿es en realidad tan extraña? ¿No es así como lo más alto siempre hace ascender a lo más bajo? Una madre le enseña a hablar a su hijo hablándole como si la entendiera mucho antes de que éste lo haga en realidad. Tratamos a nuestro perro como si fuera «casi humano»; es por eso que al final estos se vuelven «casi humanos».

8. ¿Es el cristianismo fácil o difícil?

En el último capítulo estábamos considerando la idea cristiana de «hacernos como Cristo», o «disfrazarnos primero de hijos de Dios» para poder finalmente convertirnos en Sus auténticos hijos. Lo que quiero dejar claro es que esta no es una entre muchas tareas que un cristiano debe llevar a cabo, y que no se trata de una suerte de ejercicios especial para la clase superior. En eso consiste todo el cristianismo. El cristianismo no ofrece absolutamente nada más. Y quisiera señalar cómo difiere esto de las ideas comunes acerca de la «moralidad» o el «ser bueno».

La idea común que todos tenemos antes de convertirnos en cristianos es ésta. Tomamos como punto de partida nuestro yo ordinario con sus varios deseos e intereses. Luego admitimos que algo más —llámese «moralidad» o «comportamiento decente» o «el bien de la sociedad»— le hace reclamos a este yo: reclamos que interfieren con sus propios deseos. Lo que entendemos por «ser buenos» es someternos a esos reclamos. Algunas de las cosas que el yo ordinario quería hacer resultan ser lo que llamamos «malas»; pues bien, debemos renunciar a ellas. Otras cosas, que el yo no quería hacer, resultan ser lo que llamamos «buenas»; pues bien, tendremos que hacerlas. Pero en todo momento tenemos la esperanza de que cuando todas las exigencias han sido satisfechas, el pobre yo ordinario aún tendrá una oportunidad, y un poco de tiempo, de seguir con su vida y con lo que le gusta. De hecho, nos parecemos mucho a un hombre honrado que paga sus impuestos. Los paga, ciertamente, pero tiene la esperanza de que aún le quede un poco de dinero para vivir. Porque aún seguimos tomando nuestro yo ordinario como punto de partida.

Mientras pensemos de ese modo, se dará probablemente uno de los dos resultados siguientes. O renunciamos a intentar ser buenos, o somos realmente muy desgraciados. Porque, y no os equivoquéis, si realmente vais a intentar satisfacer todas las exigencias impuestas al yo natural, a éste no le quedará lo suficiente para seguir viviendo. Cuanto más obedezcáis a la conciencia, más os exigirá. Y vuestro yo natural, que de este modo se ve despojado, impedido y preocupado a cada recodo del camino, se pondrá más y más furioso. Al final, dejaréis de seguir intentando ser buenos, u os convertiréis en una de esas personas de las que se dice «viven para los demás», pero que siempre están insatisfechos y gruñendo, preguntándose por qué los demás no prestan atención a sus esfuerzos y haciéndose los mártires. Y cuando os hayáis convertido en eso, seréis un incordio mucho mayor para la gente que tiene que convivir con vosotros que si hubierais seguido siendo francamente egoístas.

El camino cristiano es diferente: más difícil, y más fácil. Cristo dice: «Dádmelo todo. Yo no quiero tanto de vuestro tiempo o tanto de vuestro dinero o tanto de vuestro trabajo: os quiero a vosotros. Yo no he venido a atormentar vuestro ser natural, sino a matarlo. Ninguna medida a medias me sirve. No quiero podar una

rama aquí y una rama allí. Tengo que derribar el árbol entero. No quiero perforar el diente, o coronarlo, o taponarlo; quiero arrancarlo. Entregadme por entero vuestro ser natural, todos los deseos que creéis inocentes además de aquellos que creéis malos: lo quiero todo. Y a cambio os daré un nuevo yo. De hecho, me daré a Mí Mismo: mi propia voluntad se convertirá en la vuestra.»

Mucho más difícil y más fácil de lo que estamos intentando hacer. Os habréis dado cuenta, espero, de que Cristo mismo describe a veces la vida cristiana como muy difícil y a veces como muy fácil. Dice: «Coge tu cruz.» En otras palabras, es como dirigirse a que le maten a uno a palos en un campo de concentración. Y al momento siguiente dice: «Mi yugo es suave y mi carga ligera.» Y ambas cosas las dice de verdad. Y uno puede comprender por qué ambas cosas son verdad.

Los maestros os dirán que el más perezoso de la clase es aquel que trabaja más duramente al final. Y lo dicen de veras. Si a dos alumnos se les da, por ejemplo, una proposición en geometría para hacer, el que está dispuesto a tomarse el trabajo intentará comprenderla. El alumno perezoso intentará aprendérsela de memoria porque, por el momento, esto requiere menos esfuerzos. Pero seis meses más tarde, cuando ambos estén preparándose para el examen, el alumno perezoso tendrá que dedicar horas y horas de fatigoso trabajo a cosas que el otro alumno comprende, y positivamente disfruta, en unos pocos momentos. La pereza, a largo plazo, significa más trabajo. O consideradlo de esta manera. En una batalla, o en alpinismo, a menudo hay una cosa que requiere mucho valor, pero que es, a la larga, lo más seguro. Si os echáis atrás os encontraréis, horas más tarde, en un peligro mucho mayor. La actitud más cobarde es también la más peligrosa.

Y lo mismo ocurre aquí. Lo terrible, lo que resulta casi imposible, es entregar todo vuestro yo —todos vuestros deseos y precauciones— a Cristo. Pero es mucho más fácil que lo que todos estamos intentando hacer a cambio. Porque lo que estamos intentando hacer es seguir siendo lo que llamamos «nosotros mismos», mantener la felicidad personal como nuestra meta más preciada en la vida, y sin embargo, al mismo tiempo, ser «buenos». Todos estamos tratando de que nuestra mente y nuestro corazón sigan su camino —centrado en el dinero, o el placer o la ambición— con la esperanza, a pesar de esto, de comportarnos honesta, casta y humildemente. Y eso es exactamente lo que Cristo nos advirtió que no podíamos hacer. Como El dijo, un cardo no puede producir higos. Si yo soy un campo que no contiene más que hierba no puedo producir trigo. Puede que segar la hierba la mantenga corta, pero seguiré produciendo hierba y no trigo. Si quiero producir trigo el cambio tiene que ir más allá de la superficie. Mi campo debe ser arado y vuelto a sembrar.

Por todo esto el auténtico problema de la vida cristiana aparece allí donde la gente no suele buscarlo. Aparece en el instante mismo en que os despertáis cada mañana. Todos vuestros deseos y esperanzas para el nuevo día se precipitan sobre vosotros

como bestias salvajes. Y lo primero que ha de hacerse cada mañana consiste sencillamente en echarlos atrás: en escuchar aquella otra voz, adoptando aquel otro punto de vista, dejando que aquella otra vida más grande, más fuerte y más silenciosa fluya en vosotros. Y así todo el día. Apartándoos de todos vuestros remilgos y resquemores; protegiéndose del viento.

Al principio sólo podemos hacerlo por momentos. Pero a partir de esos momentos la nueva clase de vida se extenderá por nuestro organismo: porque ahora estamos dejando que El actúe en nuestra parte apropiada. Es la diferencia entre la pintura, que meramente se extiende sobre la superficie, y una tintura o mancha que penetra la materia. Cristo nunca habló de superficialidades vagas e idealistas. Cuando dijo «Sed perfectos», hablaba en serio. Quería decir que debemos someternos al proceso completo. Es difícil, pero la clase de compromiso por el que todos penamos es más difícil aún…, de hecho, es imposible. Puede que para un huevo sea difícil convertirse en pájaro, pero será muchísimo más difícil para él aprender a volar mientras siga siendo un huevo. Por el momento todos somos como huevos. Y no podemos seguir siendo meros huevos comunes y decentes indefinidamente. Hemos de romper el cascarón o estropearnos.

¿Puedo volver a lo que dije antes? Esto es todo el cristianismo. No hay nada más. Es muy fácil confundirse acerca de eso. Es fácil pensar que la Iglesia tiene un montón de objetivos diferentes: la educación, la edificación, las misiones, la celebración de misas. Del mismo modo que es fácil pensar que el Estado tiene un montón de objetivos diferentes: militares, políticos, económicos, etcétera. Pero en cierto modo las cosas son mucho más sencillas. El Estado existe simplemente para promover y proteger la cotidiana felicidad de los seres humanos en esta vida. Un marido y su mujer charlando junto al fuego, dos amigos jugando a los dardos en un bar, un hombre leyendo un libro en su habitación o cavando en su jardín… es para esas cosas para las que existe el Estado. Y a menos que estén ayudando a aumentar y prolongar y proteger esos momentos, todas las leyes, ejércitos, Parlamentos, juzgados, policía, economía, etc., son sencillamente una pérdida de tiempo. Del mismo modo, la Iglesia no existe más que para atraer a los hombres a Cristo, para convertirlos en otros Cristos. Si no cumple este cometido, todas las catedrales, el sacerdocio, las misiones, los sermones, incluso la Biblia misma, son sencillamente una pérdida de tiempo. Dios se hizo hombre para ese único fin. Incluso es dudoso que el universo haya sido creado para otro fin que ese. La Biblia dice que el universo entero fue creado para Cristo y que todo ha de ser reunido en El. No creo que ninguno de nosotros comprenda cómo va a suceder esto en lo que respecta al universo entero. No sabemos qué o quién (si acaso) vive en aquellas partes del universo que están a millones de kilómetros de esta Tierra. Incluso en esta Tierra no sabemos cómo esto se aplica a otras cosas que no sean los hombres. Después de todo, eso es lo que cabía esperar. Se

nos ha enseñado el plan sólo en lo que nos concierne a nosotros mismos.

A veces me gusta imaginar que puedo vislumbrar cómo podría aplicarse a otras cosas. Creo que puedo ver cómo los animales más desarrollados se sienten en un sentido atraídos hacia la cualidad de humano cuando el hombre los estudia y los utiliza y los ama. Y si hubiera criaturas inteligentes en otros mundos tal vez hagan lo mismo con ellos. Podría ser que cuando las criaturas inteligentes entrasen en Cristo trajeran consigo, de ese modo, todas las demás cosas. Pero no lo sé: no es más que una conjetura.

Lo que se nos ha dicho es cómo nosotros, los hombres, podemos ser atraídos hacia Cristo. Cómo podemos convertirnos en parte de ese maravilloso regalo que el joven Príncipe del Universo quiere ofrecerle a Su Padre… ese regalo que es Él mismo y por lo tanto nosotros en El. Esto es lo único para lo que hemos sido hechos. Y hay extraños, excitantes indicios en la Biblia de que, cuando hayamos sido atraídos, un gran número de otras cosas en la naturaleza empezarán a funcionar bien. La pesadilla habrá terminado, y llegará el amanecer.

9. Calculando el precio

Descubro que hay un gran número de personas que se han sentido molestas por lo que dije en el último capítulo acerca de las palabras de Nuestro Señor: «Sed perfectos». Algunos parecen pensar que esto significa «A menos que no seáis perfectos, no os ayudaré», y como no podemos ser perfectos, si eso es en verdad lo que El quiso decir, nuestra posición es desesperada. Pero yo no creo que haya querido decir eso. Creo que quiso decir: «La única ayuda que yo os daré es para que os hagáis perfectos. Es posible que queráis algo menos, pero yo no os daré nada menos.»

Dejadme que os lo explique. Cuando yo era niño a menudo me dolían las muelas, y sabía que si acudía a mi madre ella se daría algo que mitigase el dolor por aquella noche y permitiría que me durmiese. Pero yo no acudía a mi madre a menos que el dolor fuera demasiado intenso. Y la razón por la que no lo hacía es ésta. Yo no dudaba de que ella me daría la aspirina, pero sabía que también haría algo más. Sabía que a la mañana siguiente me llevaría al dentista. Yo no podía obtener de ella lo que quería sin obtener algo más, algo que no quería. Yo quería un alivio inmediato para el dolor, pero no podía obtenerlo sin que al mismo tiempo mis muelas fuesen curadas del todo. Y yo conocía a esos dentistas. Sabía que empezarían a hurgar en otras muelas diferentes que aún no habían empezado a dolerme. No dejarían en paz a los tigres dormidos; si se les daba una mano cogerían el brazo entero.

Pues bien, si se me permite ese símil, Nuestro Señor es como los dentistas. Si se le da una mano cogerá el brazo entero. Cientos de personas acuden a El para que se les cure de un pecado en particular del cual se avergüenzan (como la masturbación o la cobardía física), o que está obviamente interfiriendo con la vida cotidiana (como el mal carácter o el alcoholismo). Pues bien, El lo curará, por supuesto: pero no se quedará ahí. Es posible que eso fuera todo lo que vosotros pedíais, pero una vez que Le hayáis llamado, os dará el tratamiento completo.

Por eso parece advertir a la gente que «calculen el precio» antes de convertirse en cristianos. No os equivoquéis, viene a decir, si me dejáis, Yo os haré perfectos. En el momento en que os ponéis en Mis manos, es eso lo que debéis esperar. Nada menos, ni ninguna otra cosa, que eso. Poseéis el libre albedrío y, si queréis, podéis apartarme. Pero si no me apartáis, sabed que voy a terminar el trabajo. Sea cual sea el sufrimiento que os cueste en vuestra vida terrena, y por inconcebible que sea la purificación que os cueste después de la muerte, y me cueste lo que me cueste a Mí, no descansaré, ni os dejaré descansar, hasta que no seáis literalmente perfectos… hasta que Mi Padre pueda decir sin reservas que se complace en vosotros, como dijo que se complacía en Mí. Esto es lo que puedo hacer y lo que haré. Pero no haré nada menos.

Y sin embargo… este es el otro lado, igualmente importante, de esto: este

Ayudante que no se sentirá satisfecho, a la larga, con nada menos que con la absoluta perfección, también se sentirá deleitado con el primer esfuerzo, por débil y torpe que sea, que hagáis mañana para cumplir con el deber más sencillo. Como señaló un gran escritor cristiano (George McDonald), todo padre se deleita con los primeros intentos que hace su bebé por caminar: ningún padre se sentiría satisfecho con nada menos que un caminar libre, firme y valiente en un hijo adulto. Del mismo modo, dijo: «Dios es fácil de agradar, pero difícil de satisfacer.»

El resultado práctico es éste. Por un lado, no es necesario que la exigencia de perfección por parte de Dios os descorazone en lo más mínimo en vuestros actuales esfuerzos por ser buenos, o incluso en vuestros actuales fracasos. Cada vez que os caigáis El os levantará de nuevo. Y El sabe perfectamente bien que vuestros propios esfuerzos no os llevarán ni siquiera cerca de la perfección. Por otro lado, debéis daros cuenta desde el principio de que la meta hacia la cual El está empezando a guiaros es la perfección absoluta, y que ningún poder en todo el universo, excepto vosotros mismos, puede impedirle que os haga alcanzarla. Esto es lo que debéis esperar. Y es muy importante que nos demos cuenta de esto. Si no lo hacemos, es muy probable que empecemos a apartarnos y a resistirnos después de un cierto punto. Yo creo que muchos de nosotros, cuando Cristo nos ha permitido superar uno o dos pecados que resultaban una auténtica molestia, nos sentimos inclinados a sentir (aunque no lo pongamos en palabras) que ahora ya somos lo bastante buenos. El ha hecho todo lo que queríamos que hiciese, y le agradeceríamos que ahora nos dejara en paz. Y decimos: «Yo no esperaba convertirme en un santo. Lo único que quería era ser una buena persona.» Y cuando decimos esto nos imaginamos que estamos siendo humildes.

Pero este es el error fatal. Por supuesto que no queríamos, y nunca pedimos, convertirnos en la clase de criatura en las que El quiere convertirnos. Pero la cuestión no es lo que nosotros teníamos intención de ser, sino lo que Dios tenía intención de que fuéramos cuando nos creó. El es el inventor; nosotros sólo somos las máquinas. El es el pintor; nosotros sólo somos los cuadros. ¿Cómo vamos a saber lo que El quiere que seamos? Porque El ya nos ha convertido en algo muy diferente de lo que éramos. Hace muchos años, antes de que naciéramos, cuando estábamos dentro del vientre de nuestra madre, pasamos por varias etapas. En un momento nos parecimos de algún modo a vegetales, y en otro, a pescados; fue sólo más tarde cuando nos convertimos en bebés humanos. Y si hubiéramos estado conscientes en aquellas primeras etapas, me atrevo a decir que nos hubiésemos contentado con seguir siendo vegetales o pescados… que no hubiésemos querido convertirnos en humanos. Pero en todo momento Dios sabía cuál era Su plan para nosotros y estaba decidido a llevarlo a cabo. Algo parecido está ocurriendo ahora a un nivel más alto. Tal vez nos contentemos con seguir siendo «buenas personas», pero El está decidido a llevar a

cabo un plan muy diferente. Apartarse de ese plan no es humildad; es pereza y cobardía. Someterse a él no es vanidad o megalomanía: es obediencia.

He aquí otra manera de exponer los dos lados de la verdad. Por un lado, nunca debemos imaginar que podemos depender de nuestros propios esfuerzos para que nos lleven incluso a través de las próximas veinticuatro horas a salvo de algún grave pecado. Por otro, ningún grado posible de santidad o heroísmo que haya sido alcanzado por los grandes santos está más allá de lo que Dios está decidido a producir en cada uno de nosotros al final. El trabajo no será completado en esta vida: pero El quiere llevarnos lo más lejos posible antes de la muerte.

Por tanto no debemos sorprendernos si nos esperan momentos duros. Cuando un hombre se vuelve hacia Cristo y le parece que le está yendo muy bien (en el sentido de que algunos de sus malos hábitos se han corregido), a menudo piensa que sería natural que las cosas salieran con cierta facilidad. Cuando se presentan problemas —enfermedades, dificultades económicas, nuevas tentaciones— se sienta defraudado. Estas cosas, piensa, podrían haber sido necesarias para despertarle y hacerle arrepentirse en sus antiguos días de maldad, ¿pero por qué ahora? Porque Dios le está forzando hacia adelante, o hacia arriba, a un nivel más alto, poniéndolo en situaciones en las que tendrá que ser mucho más valiente, o más generoso, de lo que jamás hubiera soñado antes. A nosotros todo eso nos parece innecesario, pero eso es porque aún no hemos tenido ni la más remota noción de la grandeza de lo que El quiere hacer de nosotros.

Veo que aún tengo que pedir prestada otra parábola de George MacDonald. Imaginaos a vosotros mismos como una casa viva. Dios entra para reconstruir esa casa. Al principio es posible que comprendáis lo que está haciendo. Está arreglando los desagües, las goteras del techo, etcétera: vosotros sabíais que esos trabajos necesitaban hacerse y por lo tanto no os sentís sorprendidos. Pero al cabo de un tiempo El empieza a tirar abajo las paredes de un modo que duele abominablemente y que parece no tener sentido. ¿Qué rayos se trae entre manos? La explicación es que Dios está construyendo una casa muy diferente de aquella que vosotros pensabais —poniendo un ala nueva aquí, un nuevo suelo allí, erigiendo torres, trazando jardines —. Vosotros pensasteis que os iban a convertir en un pequeño chalet sin grandes pretensiones: pero El está construyendo un palacio. Tiene pensado venirse a vivir en él.

El mandamiento «Sed perfectos» no es una banalidad idealista. Tampoco es un mandamiento para hacer lo imposible. Dios va a convertirnos en criaturas que puedan obedecer ese mandamiento. En la Biblia, Dios dijo que éramos «dioses», y va a llevar a cabo Sus palabras. Si Le dejamos —porque podemos impedírselo si así lo deseamos — convertirá al más débil y sucio de nosotros en un dios o una diosa, en criaturas luminosas, radiantes, inmortales, latiendo en todo su ser con una energía, un gozo, un

amor y una sabiduría tales que devuelvan a Dios la imagen perfecta (aunque, naturalmente, en una menor escala) de Su poder, deleite y bondad infinitos. El proceso será largo y en parte muy doloroso, pero eso es lo que nos espera. Nada menos. El hablaba en serio.

10. Buenas personas u hombres nuevos

Dios hablaba en serio. Aquellos que se ponen en sus manos se volverán perfectos, como El es perfecto: perfecto en sabiduría, amor, gozo, belleza e inmortalidad. El cambio no será completado en esta vida, porque la muerte es una parte importante del tratamiento. Hasta dónde haya ido el cambio antes de la muerte en un cristiano en particular es incierto.

Creo que este es el momento adecuado para considerar una pregunta que a menudo se plantea: si el cristianismo es verdad, ¿por qué no son todos los cristianos claramente mejores que aquellos que no son cristianos? Lo que yace detrás de esta pregunta es en parte algo muy razonable y en parte algo que no es razonable en absoluto. La parte razonable es ésta. Si la conversión al cristianismo no produce ninguna mejora en las acciones externas del hombre —si éste sigue siendo tan orgulloso o despreciativo o envidioso o ambicioso como era antes—, entonces creo que debemos sospechar que su «conversión» fue en gran medida imaginaria; y después de la conversión propia de cada uno, cada vez que uno piensa que ha hecho un progreso, esa es la prueba que debemos aplicar. Buenos sentimientos, nuevas perspectivas, mayores intereses en la «religión» no significan nada a menos que hagan que nuestro presente comportamiento sea mejor, del mismo modo que en una enfermedad «sentirse mejor» no sirve de gran cosa si el termómetro muestra que nuestra temperatura sigue subiendo. En ese sentido el mundo exterior tiene mucha razón al juzgar al cristianismo por sus resultados. Cristo nos dijo que juzgásemos por los frutos. A un árbol se le conoce por sus frutos, o, como decimos los ingleses, la prueba del pudin está en el comérselo. Cuando los cristianos nos comportamos mal, o dejamos de comportarnos bien, hacemos que el cristianismo resulte increíble para el mundo no cristiano. Los carteles de la guerra nos decían que las conversaciones negligentes cuestan vidas. Es. igualmente cierto que las vidas negligentes cuestan conversación. Nuestras vidas negligentes hacen hablar al mundo, y nosotros les damos bases para ello de un modo que arroja dudas sobre la verdad del cristianismo mismo.

Pero hay otra manera de exigir resultados en la que el mundo exterior puede ser bastante ilógico. Este puede exigir no solamente que la vida de cada hombre deba mejorar si se convierte al cristianismo: también puede exigir, antes de creer en el cristianismo, ver el mundo entero dividido limpiamente en dos campos —el cristiano y el no cristiano— y que toda la gente del primer campo en cualquier momento dado sea claramente mejor que la gente del segundo. Esto es irrazonable por varias razones.

1) En primer lugar, la situación en el mundo actual es mucho más complicada que eso. El mundo no consta de cristianos al cien por cien y no cristianos al cien por cien.

Hay personas (y muchas) que están poco a poco dejando de ser cristianas pero que aún pueden llamarse a sí mismas por ese nombre: algunos de ellos son clérigos. Hay otras personas que poco a poco se están conviniendo al cristianismo aunque aún no se llamen a sí mismos cristianos. Hay personas que no aceptan toda la doctrina cristiana acerca de Cristo, pero que se sienten tan fuertemente atraídos por El que son Suyos en un sentido mucho más profundo de lo que ellos mismos pueden comprender. Hay personas de otras religiones que están siendo conducidas por la influencia secreta de Dios para concentrarse en aquellas partes de su religión que están de acuerdo con el cristianismo, y que de este modo pertenecen a Cristo sin saberlo. Por ejemplo, un budista de buena voluntad puede ser conducido a concentrarse más y más en las enseñanzas budistas acerca de la piedad y relegar (aunque aún pueda decir que cree en ellas) las enseñanzas budistas sobre ciertos otros temas. Gran parte de los buenos paganos mucho antes del nacimiento de Cristo pueden haber estado en esa posición. Y siempre, por supuesto, hay un gran número de personas que se sienten confusas y tienen una cantidad de creencias inconsistentes mezcladas entre sí. En consecuencia, no sirve de mucho formar juicios sobre los cristianos y los no cristianos en masa. Sirve de algo comparar gatos y perros, o incluso hombres y mujeres, en masa, porque en ese caso uno sabe definitivamente cuál es cuál. Además, un animal no se convierte (ni lenta ni súbitamente) de perro en gato. Pero cuando comparamos los cristianos en general con los no cristianos en general, normalmente no estamos pensando en personas reales que conozcamos en absoluto sino en una o dos vagas ideas que podemos haber obtenido de los periódicos y las novelas. Si queréis comparar al mal cristiano con el buen ateo tendréis que pensar en dos especímenes auténticos que hayáis conocido en la realidad. A menos que aclaremos las cosas en ese aspecto sólo estaremos perdiendo el tiempo.

2) Supongamos que hemos aclarado las cosas y estamos hablando ahora no de un cristiano y un no cristiano imaginarios, sino de dos personas reales en nuestro vecindario. Incluso en este caso debemos tener cuidado de hacer la pregunta adecuada. Si el cristianismo es verdad, debería seguirse que a) Cualquier cristiano será más bueno que la misma persona si no fuera cristiana. b) Que cualquier hombre que se convierte al cristianismo será mejor de lo que era antes. Del mismo modo, si los anuncios de la pasta dentífrica Whitesmile son verdad debería seguirse que a) Cualquiera que la utilice debería tener mejores dientes de los que tendría si no la utilizara. b) Que si alguien empieza a utilizarla sus dientes mejorarán. Pero señalar que yo, que utilizo Whitesmile (y que también he heredado malos dientes de mis padres) no tengo unos dientes tan buenos como los de un negro joven y sano que vive en la jungla africana y que nunca ha utilizado Whitesmile en absoluto prueba, por sí; mismo, que los anuncios sean falsos. La cristiana señorita Bates puede tener una lengua más viperina que la del descreído Dick Firkin. Eso, en sí mismo, no nos dice

si el cristianismo funciona. La cuestión es cómo habría sido la lengua de la señorita Bates si ella no hubiera sido cristiana, y cómo sería la de Dick si él lo fuese. La señorita Bates y Dick, como resultado de ciertas causas naturales y la educación recibida en sus primeros años, tienen ciertos temperamentos: el cristianismo promete poner ambos temperamentos bajo una nueva dirección si ellos se lo permiten. Lo que tenéis derecho a preguntar es si esa nueva dirección, si se le permite hacerse cargo, mejora la compañía. Todo el mundo sabe que lo que está siendo dirigido en el caso de Dick Firkin es mucho más «bueno» que lo que está siendo dirigido en el caso de la señorita Bates. Pero no es esa la cuestión. Para juzgar la dirección de una fábrica, debe tenerse en cuenta no sólo su producción sino también su instalación. Si consideramos la instalación de la fábrica A, podría ser de extrañar que tenga producción en absoluto, y si tenemos en cuenta la instalación de primera clase de la fábrica B, su producción, aunque alta, puede ser mucho más baja de lo que debería. No cabe duda de que el buen director de la fábrica A va a instalar maquinaria nueva en cuanto pueda, pero eso lleva tiempo. Entretanto, la baja producción no prueba que éste sea un fracaso.

3) Y ahora profundicemos un poco más. El director va a instalar maquinaria nueva: antes de que Cristo haya terminado con la señorita Bates, ésta será ciertamente muy «buena». Pero si lo dejásemos en eso, parecería que el único cometido de Cristo fuera llevar a la señorita Bates al mismo nivel en el que Dick Firkin ha estado desde el principio. Hemos estado hablando, de hecho, como si Dick estuviera bien; como si el cristianismo fuese algo que los malos necesitaran, o algo de los que los buenos pudieran permitirse prescindir, y como si la bondad fuera todo lo que Dios exigiera. Pero esto sería un error fatal. La verdad es que, a los ojos de Dios, Dick Firkin necesita ser «salvado» tanto como la señorita Bates. En un sentido (y explicaré en cuál dentro de un momento) la bondad apenas necesita intervenir en el asunto.

No puede esperarse que Dios considere el temperamento plácido y la disposición amistosa de Dick exactamente como nosotros. Ambas cosas son el resultado de causas naturales que Dios mismo crea. Siendo puramente temperamentales, desaparecerán si la digestión de Dick se ve alterada. La bondad, de hecho, es el regalo de Dios a Dick, no el regalo de Dick a Dios. Del mismo modo, Dios ha permitido que las causas naturales, operando en un mundo dañado por siglos de pecado, produzcan en la señorita Bates la estrechez de mente y los nervios alterados que dan cuenta de la mayor parte de su maldad. Dios tiene pensado, a Su tiempo, arreglar esa parte de ella. Pero esa no es, para Dios, la parte crítica del asunto. Esta 110 presenta dificultades. No es eso lo que le inquieta. Lo que Dios está observando y esperando, aquello para lo cual está trabajando es algo que no es fácil ni siquiera para Dios, porque, debido a la naturaleza del caso, ni siquiera El puede producirlo por un mero acto de poder. Dios está observando y esperando esto tanto por parte de la

señorita Bates como de Dick Firkin. Es algo que ambos pueden darle o negarle libremente. ¿Se volverán, o no se volverán, hacia El y cumplirán así con el único fin para el que fueron creados? Su libre albedrío está temblando dentro de ellos como la aguja de una brújula. Pero esta es una aguja que puede elegir. *Puede* apuntar a su verdadero Norte, pero no necesita hacerlo. ¿Girará la aguja, se detendrá, y apuntará hacia Dios?

Dios puede ayudarla a hacerlo. Pero no puede forzarla. No puede, por así decirlo, alargar Su mano y orientarla en la dirección apropiada, porque entonces ya no sería libre albedrío. ¿Apuntará al Norte? Esa es la pregunta de la que pende todo lo demás. ¿Ofrecerán Dick y la señorita Bates sus naturalezas a Dios? La cuestión de si las naturalezas que le ofrecen o retienen son, en ese momento, buenas o malas, es de importancia secundaria. Dios puede ocuparse de esa parte del problema.

No me interpretéis mal. Por supuesto que Dios considera una naturaleza malvada como algo malo y deplorable. Y, por supuesto, considera una naturaleza bondadosa como algo bueno: bueno como el pan, o el agua, o la luz del sol. Pero estas son las cosas buenas que El da y nosotros recibimos. Dios creó los nervios sanos y las buenas digestiones de Dick, y hay mucho más de eso allá de donde vino. A Dios no le cuesta nada, por lo que sabemos, crear cosas buenas, pero convertir voluntades rebeldes Le costó la crucifixión. Y porque son voluntades pueden —en la buenas personas así como en las malas— rechazar Su demanda. Y así, como la bondad de Dick era simplemente parte de la naturaleza, acabará haciéndose trizas al final. La naturaleza misma pasará. Las causas naturales se reúnen en Dick para formar un patrón psicológico agradable, del mismo modo que se reúnen en una puesta de sol para formar un conjunto agradable de colores. Al cabo (porque así es como funciona la naturaleza) éstos se desharán nuevamente y el patrón en ambos casos desaparecerá. Dick ha tenido la oportunidad de convertir (o, mejor dicho, de permitirle a Dios que convirtiera) ese patrón momentáneo en la belleza de un espíritu eterno. Y no la ha aprovechado.

Hay aquí una paradoja. Mientras Dick no se vuelva hacia Dios, piensa que su bondad es suya, y mientras siga pensando eso, no es suya. Lo es cuando Dick se da cuenta de que su bondad no es suya sino un regalo de Dios, y cuando se la ofrece a su vez a Dios, es justamente entonces cuando empieza a ser realmente suya. Porque ahora Dick está empezando a intervenir en su propia creación. Las únicas cosas que podemos guardar son aquellas que le damos libremente a Dios. Lo que intentamos guardarnos para nosotros es justamente lo que con toda seguridad perderemos.

Por lo tanto, no debemos sorprendernos si encontramos entre los cristianos algunas personas que siguen siendo malas. Incluso existe, cuando se piensa en ello, una razón por la que puede esperarse que las malas personas se vuelvan hacia Cristo en mayor número que las buenas. Era eso lo que la gente objetaba con respecto a

Cristo durante Su vida en la tierra: parecía atraer a «personas terribles». Y la gente sigue objetando eso, y seguirá haciéndolo. ¿Comprendéis por qué? Cristo dijo «Bienaventurados sean los pobres», y «No es fácil que un rico entre en el Reino de los Cielos», y no cabe duda que originalmente se refería a los económicamente pobres y los económicamente ricos. ¿Pero no se aplican Sus palabras a otra clase de pobreza y otra clase de riqueza? Uno de los peligros de tener mucho dinero es que podéis sentiros bastante satisfechos con la clase de felicidad que el dinero puede proporcionar y dejar así de percataros de vuestra necesidad de Dios. Si todo parece seros dado sencillamente firmando cheques es posible que olvidéis que en todo momento dependéis totalmente de Dios. Pues bien, es evidente que los regalos naturales llevan consigo un peligro similar. Si tenéis unos nervios sanos, una inteligencia desarrollada, salud, popularidad y una buena educación, es probable que estéis bastante satisfechos con vuestro carácter tal como es. «¿Para qué meter a Dios en esto?» podréis preguntaros. Un cierto nivel de buena conducta os resulta relativamente fácil. No sois una de esas desgraciadas criaturas que siempre están cayendo en la trampa del sexo, o la dipsomanía, o el nerviosismo o el mal carácter. Todo el mundo dice que sois buenas personas y (entre nosotros) estáis de acuerdo con ellos. Es muy posible que creáis que todas estas virtudes son obra vuestra, y también es fácil que no sintáis la necesidad de mejorarlas. A menudo, la gente que goza de esta clase de virtudes no puede ser llevada a reconocer su necesidad de Cristo hasta que un día las virtudes le abandonan y su autosatisfacción se ve defraudada. En otras palabras, es difícil para aquellos que son «ricos» en este sentido entrar en el Reino.

Es muy diferente para los miserables: la gente solitaria, mísera, tímida, deformada, cobarde, o los lujuriosos, los sensuales, los desequilibrados. Si éstos intentan acercarse a la bondad aprenden, en la mitad de tiempo, que necesitan ayuda. Para ellos, es Cristo o nada. O cogen su cruz y le siguen, o pierden toda esperanza. Estas son las ovejas perdidas: El vino especialmente a buscarlas. Ellos son (en un sentido muy real y terrible) los «pobres». El los bendijo. Son «la gentuza» con la que El se pasea y, por supuesto, los fariseos siguen diciendo, como dijeron desde el principio: «Si algo hubiera en el cristianismo, esa gente no sería cristiana.»

Hay aquí una advertencia o una palabra de aliento para cada uno de nosotros. Si sois buenas personas —si la virtud se os da con facilidad— ¡cuidado! Mucho se espera de aquellos a quienes mucho se les da. Si confundís con vuestros propios méritos lo que en realidad son regalos de Dios para vosotros a través de la naturaleza, y si os contentáis simplemente con ser buenos, seguís siendo rebeldes: y todos esos regalos sólo harán que vuestra caída sea más terrible, vuestra corrupción más complicada, vuestro mal ejemplo más desastroso. El diablo fue una vez un arcángel: sus dones naturales estaban tan por encima de los vuestros como los vuestros están de los de un chimpancé.

Pero si sois unas pobres criaturas, envenenadas por una educación miserable en una casa llena de celos vulgares y disputas sin sentido; lastradas, no por elección propia, por alguna odiosa perversión sexual; abrumadas día sí y día no por un complejo de inferioridad que os lleva a tratar bruscamente a vuestros mejores amigos, no desesperéis. Dios está al tanto de ello. Vosotros sois los pobres que Él bendijo. Sabe lo estropeada que está la máquina que estáis intentando conducir. Seguid adelante. Haced lo que podáis. Un día (tal vez en otro mundo, pero tal vez mucho antes que eso) Él la tirará al montón de chatarra y os dará una nueva. Y es posible que entonces nos asombréis a todos, y no menos a vosotros mismos: porque habréis aprendido a conducir en una escuela difícil. (Algunos de los últimos serán los primeros y algunos de los primeros serán los últimos).

La «bondad» —la personalidad sana e integrada— es una cosa excelente. Debemos intentar por todos los medios educacionales, médicos, económicos y políticos que obren en nuestro poder, producir un mundo en el que tantas personas como sea posible se formen «buenas», del mismo modo que debemos intentar producir un mundo en el que todos tengan suficiente para comer. Pero no debemos suponer que incluso si consiguiéramos que todo el mundo se hiciera bueno habríamos salvado sus almas. Un mundo de buenas personas, satisfechas con su propia bondad, sin mirar más allá, dándole la espalda a Dios, estaría tan desesperadamente necesitado de salvación como un mundo miserable… e incluso podría ser aún más difícil de salvar.

El mero mejoramiento no es la redención, aunque la redención siempre mejora a la gente, incluso aquí y ahora, y la mejorará al final hasta un grado que aún no podemos imaginar. Dios se hizo hombre para convertir a las criaturas en hijos: no simplemente para producir hombres mejores de la antigua clase, sino para producir una nueva clase de hombre. No es como enseñarle a un caballo a saltar cada vez mejor, sino como transformar a un caballo en una criatura alada. Naturalmente, una vez que tenga alas, se elevará por encima de vallas que jamás habrían podido ser saltadas, y así superaría al caballo original en su propio juego. Pero puede que haya un período, cuando las alas estén empezando a crecer, en que el caballo no podrá hacerlo, y en ese momento las protuberancias encima del lomo —nadie podría decir, mirándolas, que van a convertirse en alas— pueden darle incluso una apariencia extraña.

Pero tal vez hayamos dedicado demasiado tiempo a esta cuestión. Si lo que queréis es un argumento en contra del cristianismo (y recuerdo muy bien con qué ansiedad los buscaba yo cuando empecé a temer que éste fuera verdad), podéis fácilmente encontrar a algún cristianismo estúpido e insatisfactorio y decir: «¡Conque ahí está tu tan cacareado hombre nuevo! Me quedo con los de antes». Pero una vez que hayáis empezado a ver que el cristianismo es, en otros aspectos, posible, sabréis

en vuestro corazón que esto es sólo evadir el tema. ¿Qué podéis acaso saber de las almas de los demás… de sus tentaciones, de sus oportunidades, de sus luchas? Sólo conocéis un alma en toda la Creación: y ésa es la única cuyo destino está en vuestras manos. Si existe un Dios estáis, en cierto modo, solos con El. No podéis aplacarle con especulaciones acerca de vuestros vecinos o recuerdos de cosas que habéis leído en los libros. ¿De qué servirán todas las palabras y rumores (¿seréis siquiera capaces de recordarlos?) cuando la neblina anestésica que llamamos «naturaleza» o «el mundo real» se desvanezca y la Presencia ante la cual siempre habéis estado se vuelva palpable, inmediata, inevitable?

11. Los hombres nuevos

En el último capítulo comparé la manera de Cristo de hacer hombres nuevos con el proceso de convertir un caballo en una criatura alada. Utilicé ese ejemplo extremo para subrayar el hecho de que no se trata de un simple mejoramiento sino de una transformación. El paralelo más cercano a esto en el mundo de la naturaleza ha de encontrarse en las asombrosas transformaciones que podemos llevar a cabo en los insectos aplicándoles ciertos rayos. Algunos piensan que así es como se desarrolló la evolución. Las alteraciones en las criaturas de las que todo depende pueden haber sido producidas por rayos provenientes del espacio. (Naturalmente, una vez que las alteraciones están ahí, lo que ellos llaman «selección natural» empieza a actuar; por ejemplo, las alteraciones útiles persisten y las otras desaparecen).

Tal vez un hombre moderno pueda comprender mejor la idea cristiana si la concibe en relación con la evolución. Ahora todo el mundo conoce la teoría de la evolución (aunque, por supuesto, algunos hombres instruidos no la creen): a todos se nos ha dicho que el hombre ha evolucionado a partir de especies menos desarrolladas de vida. En consecuencia, la gente a menudo se pregunta: «¿Cuál es el próximo paso? ¿Cuándo aparecerá aquello que va más allá del hombre?» Escritores imaginativos intentan a veces concebir este próximo paso —el «Superhombre», como lo llaman—, pero generalmente sólo consiguen imaginarse a alguien mucho más malo que el hombre tal como lo conocemos, y luego intentan compensar esto añadiéndole brazos y piernas extra. Pero supongamos que el próximo paso fuera algo aún más diferente de los primeros pasos que lo que jamás soñaran. ¿Y no es muy probable que así fuera? Hace miles de siglos se desarrollaron criaturas con durísimas armaduras. Si alguien en aquel momento hubiera estado observando el curso de la evolución seguramente habría supuesto que las armaduras iban a volverse cada vez más duras. Pero se habría equivocado. El futuro tenía una carta en la manga que nada en aquel tiempo le hubiera llevado a sospechar. Iba a sorprenderle con unos animales pequeños, desprovistos de armadura, que tenían mejores cerebros: y con esos cerebros iban a convertirse en los amos de todo el planeta. No solamente iban a tener más poder que los monstruos prehistóricos; iban a tener una nueva clase de poder. El siguiente paso no sólo iba a ser diferente, sino diferente con una clase de diferencia nueva. La corriente de la evolución no iba a fluir en la dirección en que él la veía; de hecho, iba a dar un giro muy brusco.

^ Y me parece a mí que la mayor parte de las conjeturas populares sobre el siguiente paso en la evolución están cometiendo el mismo error. La gente ve (o al menos cree ver) al hombre desarrollando cerebros más poderosos y adquiriendo un mayor dominio sobre la naturaleza. Y porque piensan que la corriente fluye en esa dirección imaginan que seguirá fluyendo en esa dirección. Pero yo no puedo evitar

pensar que el próximo paso será realmente nuevo; que irá en una dirección que jamás habríamos podido soñar. Apenas merecería llamársele el próximo paso si así fuera. Yo esperaría no solamente una diferencia, sino una nueva clase de diferencia. Esperaría no solamente un cambio sino un nuevo método de producir ese cambio. O, para decirlo más claramente, esperaría que el próximo paso en la evolución no fuera en absoluto un paso en la evolución: esperaría que la evolución misma como método que produce el cambio fuera superada. Y, finalmente, no me sorprendería que, cuando esto ocurriera, muy poca gente se diera cuenta de que estaba ocurriendo.

Y, si hablamos en estos términos, el punto de vista cristiano es precisamente que el próximo paso ya ha aparecido. Y es realmente nuevo. No se trata de un cambio de hombres inteligentes a hombres aún más inteligentes: es un cambio que va en una dirección totalmente diferente… un cambio de ser criaturas de Dios a ser hijos de Dios. La primera muestra apareció en Palestina hace dos mil años. Ciertamente, el cambio no es una «evolución» en absoluto, porque no es algo que surge del proceso natural de los acontecimientos sino que adviene a la naturaleza desde fuera. Pero eso es lo que cabría esperar. Llegamos a nuestra idea de la «evolución» estudiando el pasado. Si se nos reservan auténticas novedades está claro que nuestra idea, basada en el pasado, no las cubrirá. Y, de hecho, este nuevo paso se diferencia de todos los anteriores no sólo en que viene de fuera sino también en varios otros aspectos.

1) No se lleva a cabo por medio de la reproducción sexual. ¿Debe esto sorprendernos? Hubo un tiempo, antes de que apareciera el sexo, en que el desarrollo se daba según diferentes métodos. En consecuencia podríamos haber esperado que llegaría un momento en que el sexo desapareciera, o si no (que es lo que está ocurriendo actualmente), que llegara un momento en que el sexo, aunque continuara existiendo, dejara de ser el canal principal del desarrollo.

2) En las primeras etapas los organismos vivos han tenido poca o ninguna elección en cuanto al siguiente paso a dar. El progreso era, principalmente, algo que les sucedía, no algo que ellos hicieran. Pero el nuevo paso, el paso de ser criaturas a ser hijos, es voluntario. No es voluntario en el sentido de que nosotros, por nosotros mismos, podríamos haber elegido darlo o incluso imaginarlo, pero es voluntario en el sentido de que cuando nos es ofrecido podemos rechazarlo. Podemos, si queremos echarnos atrás; podemos clavar los talones en el suelo y dejar que la nueva humanidad siga su camino sin nosotros.

3) He dicho que Cristo fue el «la primera muestra» del hombre nuevo. Pero, naturalmente, Cristo fue mucho más que eso. Cristo no es meramente un hombre nuevo, un individuo de la especie, sino que es el hombre nuevo. El es el origen, el centro y la vida de todos los hombres nuevos. Llegó al universo creado, por Su propia voluntad, trayendo consigo el *Zoe*, la nueva vida. (Y quiero decir nueva para nosotros, por supuesto; en su lugar de origen *Zoe* ha existido desde la eternidad). Y

Cristo la transmite no por herencia sino por lo que hemos llamado la «buena infección». Todo el mundo que la adquiere lo hace por medio de un contacto personal con El. Otros hombres se hacen «nuevos» estando «en Cristo».

4) Este paso se está dando a una velocidad diferente de los anteriores. Comparada con el desarrollo del hombre en nuestro planeta, la difusión del cristianismo entre la raza humana parece ir a la velocidad de un rayo, puesto que dos mil años no es casi nada en la historia del universo. No olvidéis nunca que aún seguimos siendo «los primeros cristianos». Las actuales nefastas e inútiles divisiones entre nosotros son, esperemos, una enfermedad de la infancia: aún seguimos echando los dientes'. El mundo no cristiano, sin duda, piensa justamente lo contrario. Cree que nos estamos muriendo de viejos. ¡Pero ha pensado eso tantas veces! Una y otra vez el mundo no cristiano ha pensado que el cristianismo se moría, que se moría de persecuciones desde fuera y de corrupción desde dentro, que se moría por el auge del islamismo, el de las ciencias físicas, el de los grandes movimientos revolucionarios anti-cristianos. Pero cada vez el mundo se ha visto defraudado. Su primera decepción vino después de la crucifixión. El Hombre volvió de nuevo a la vida. En cierto sentido —y me doy cuenta de lo terriblemente injusto que esto debe parecerles a ellos— eso ha venido ocurriendo desde entonces. Siguen matando aquello que Él comenzó, y cada vez, cuando están alisando la tierra sobre su tumba, oyen súbitamente que el cristianismo aún sigue vivo y que ha surgido en algún otro lugar. No es extraño que nos detesten.

5) Es mucho lo que está en juego. Quedándose atrás en sus primeros pasos una criatura perdía, como mucho, los pocos años de vida que tenía sobre esta tierra: a menudo ni siquiera perdía eso. Quedándonos atrás en este paso perdemos un premio que es (en el sentido más estricto de la palabra) infinito. Porque ahora ha llegado el momento crítico. Siglo tras siglo Dios ha guiado a la naturaleza hasta el punto de hacerla producir criaturas que pueden (si así lo quieren) ser extraídas de esa naturaleza y transformadas en dioses. ¿Permitirán ellas que esto ocurra? En cierto modo esto es semejante a la crisis del nacimiento. Hasta que no nos levantemos y sigamos a Cristo seguimos siendo parte de la naturaleza y seguimos en el vientre de nuestra gran madre. Su embarazo ha sido largo, doloroso y lleno de ansiedad, pero ahora ha llegado a su clímax. El gran momento ha llegado. Todo está listo. El doctor ya está aquí. ¿Saldrá bien el parto? Aunque naturalmente esto se diferencia de un nacimiento ordinario en un aspecto importante. En un nacimiento ordinario el bebé no tiene muchas opciones. Es posible que prefiera permanecer en la oscuridad, la tibieza y la protección que le proporciona el útero. Porque, por supuesto, el bebé puede pensar que el útero significa protección. Y ahí es justamente donde se equivoca: porque si se queda allí se morirá.

Desde este punto de vista el acontecimiento ha ocurrido: el nuevo paso ha sido dado, y está siendo dado. Ya los nuevos hombres empiezan, diseminados aquí y allá,

a poblar la tierra. Algunos, como he admitido, aún son apenas reconocibles, pero a otros puede reconocérseles. De vez en cuando nos encontramos con alguno. Sus voces y sus rostros mismos son diferentes de los nuestros: más fuertes, más tranquilos, más felices, más radiantes. Ellos parten del sitio al que nosotros hemos llegado.

Son, como digo, reconocibles, pero ha de saberse cómo buscarlos. No se parecerán mucho a la idea de las personas «religiosas» que nos hemos hecho a partir de nuestras lecturas. No llaman la atención sobre sí mismos. Tendemos a pensar que estamos siendo amables con ellos cuando en realidad son ellos los que están siendo amables con nosotros. Nos aman más de lo que nos aman otras personas, pero nos necesitan menos. (Debemos sobreponernos a la idea de ser necesitados: en algunas personas que «hacen el bien», especialmente las mujeres, esta es la tentación más difícil de resistir). Generalmente parecerán tener mucho tiempo libre: os preguntaréis de dónde lo sacan. Cuando hayáis reconocido a una de esas personas reconoceréis a la siguiente con mayor facilidad. Y yo sospecho mucho (¿pero cómo iba a saberlo?) que entre ellas se reconocen inmediata e infaliblemente, por encima de cualquier barrera de color, sexo, clase, edad o incluso credo. En ese aspecto, determinarse a ser santo es como ingresar en una sociedad secreta. Para decirlo en términos vulgares, debe de ser muy divertido.

Pero no debéis imaginar que los nuevos hombres son, en el sentido ordinario, todos iguales. Mucho de lo que he estado diciendo en este último libro podría haceros suponer que eso sería así. Convertirse en un hombre nuevo significa perder lo que ahora llamamos «nosotros mismos». Debemos salir de nosotros y dirigirnos hacia Cristo. Su voluntad debe convertirse en la nuestra y debemos pensar Sus pensamientos, tener «la mente de Cristo», como dice la Biblia. Y si Cristo es uno, y si está destinado a estar «en nosotros», ¿no seremos todos iguales? Podría parecer que sí, pero de hecho no es así.

Es difícil en este caso presentar una buena ilustración porque, por supuesto, no hay otras dos cosas relacionadas entre sí como lo están el Creador con una de Sus criaturas. Pero intentaré ofreceros dos ilustraciones muy imperfectas que podrían daros una idea de la verdad. Imaginaos un montón de gente que siempre ha vivido en la oscuridad. Vosotros intentáis describirles lo que es la luz. Podríais decirles que si salen a la luz esa luz caerá sobre todos ellos y ellos la reflejarán y se harán lo que nosotros llamamos visibles. ¿No es acaso posible que imaginasen que, dado que todos estaban recibiendo la misma luz y todos reaccionaban a ella de la misma manera (es decir, todos la reflejaban), todos ellos se parecerían entre sí? Mientras que vosotros y yo sabemos que la luz, de hecho, hará resaltar, o mostrará, lo diferentes que son entre ellos. Pensemos ahora en una persona que no conoce la sal. Le dais una pizca para que la pruebe y él experimenta un sabor particular, fuerte e intenso. A

continuación le decís que en vuestro país la gente utiliza la sal en todo lo que cocina. ¿No es posible que él replique: «En ese caso, todos vuestros platos tendrán exactamente el mismo sabor, porque el sabor de eso que acabas de darme es tan fuerte que matará el sabor de todo lo demás.» Pero vosotros y yo sabemos que el verdadero efecto de la sal es exactamente el contrario. Lejos de matar el sabor del huevo, de la carne o de la col, en realidad lo aumenta. Los alimentos no muestran su verdadero sabor hasta que no les habéis puesto sal. (Como ya os he dicho, este no es, por supuesto, un ejemplo muy bueno, ya que se puede, después de todo, matar el sabor de los alimentos si se les añade demasiada sal, mientras que no se puede matar el sabor de la personalidad humana añadiéndole «demasiado» Cristo. Estoy haciendo lo que puedo.)

Lo que ocurre con Cristo y nosotros es algo parecido. Cuanto más nos liberemos de lo que llamamos «nosotros mismos» y le dejemos a Él encargarse de nosotros, más nos convertiremos verdaderamente en nosotros mismos. Hay tanto de Él que millones y millones de «otros Cristos», todos diferentes, serán aún demasiado pocos para expresarlo totalmente. Él los hizo a todos. Él inventó —como un autor inventa los personajes de su novela— todos los hombres diferentes que vosotros y yo estábamos destinados a ser. En ese sentido nuestros auténticos seres están todos esperándonos en Él. Es inútil intentar ser «nosotros mismos» sin El. Cuanto más nos resistamos a Él e intentemos vivir por nuestra cuenta, más nos vemos dominados por nuestra herencia genética, nuestra educación, nuestro entorno y nuestros deseos naturales. De hecho, lo que tan orgullosamente llamamos «nosotros mismos» se convierte simplemente en el lugar de encuentro de cadenas de acontecimientos a los que jamás dimos comienzo y que no podemos detener. Lo que llamamos «nuestros deseos» se convierte simplemente en los deseos manifestados por nuestro organismo físico o instilados en nosotros por los pensamientos de otros hombres o incluso sugeridos por los demonios. Los huevos, el alcohol o un buen descanso nocturno serán el auténtico origen de lo que nos complacemos en considerar como nuestra propia decisión, altamente personal y discriminadora, de hacerle la corte a la chica que se sienta frente a nosotros en el vagón del tren. La propaganda será el verdadero origen de lo que tengamos como nuestros propios y originales ideales políticos. No somos, en nuestro estado natural, tan personales como nos gustaría creer: la mayor parte de lo que llamamos «nosotros» puede ser fácilmente explicable. Es cuando nos volvemos a Cristo, cuando nos entregamos a Su Personalidad, cuando empezamos a tener una auténtica personalidad propia.

Al principio dije que había Personalidades en Dios. Ahora voy a ir más lejos. No hay auténticas personalidades en ningún otro sitio. Hasta que no hayáis entregado vuestro ser a Cristo no tendréis un auténtico ser. La igualdad se encuentra sobre todo entre los hombres más «naturales», no en aquellos que se entregan a Cristo. ¡Cuán

monótonamente iguales son los grandes conquistadores y tiranos; cuán gloriosamente diferentes son los santos!

Pero ha de haber una auténtica entrega del ser. Debéis rendirlo «ciegamente», por así decirlo. Cristo os dará ciertamente una auténtica personalidad: pero no debéis acudir a Él sólo por eso. Mientras que sea vuestra propia personalidad lo que os preocupa no estáis acudiendo a Él en absoluto. El primer paso es intentar olvidar el propio ser por completo. Vuestro auténtico nuevo ser (que es de Cristo, y también vuestro, y vuestro sólo porque es Suyo) no vendrá mientras lo estéis buscando. Vendrá cuando estéis buscando a Cristo. ¿Os parece esto extraño? El mismo principio rige para asuntos más cotidianos. Incluso en la vida social, nunca causaréis una buena impresión en los demás hasta que no dejéis de pensar en la buena impresión que estáis causando. Incluso en la literatura y el arte, ningún hombre que se preocupa por la originalidad será jamás original; mientras que si simplemente intenta decir la verdad (sin importarle cuántas veces esa verdad haya sido dicha antes), será, nueve veces de cada diez, original sin ni siquiera haberse dado cuenta. Y este principio aparece a lo largo de la vida en su totalidad. Entregad vuestro ser y encontraréis vuestro verdadero ser. Perded vuestra vida y la salvaréis. Someteos a la muerte, a la muerte de vuestras ambiciones y vuestros deseos favoritos de cada día, y a la muerte de vuestros cuerpos enteros al final: someteos con todas las fibras de vuestro ser, y encontraréis la vida eterna. No os guardéis nada. Nada que no hayáis entregado será auténticamente vuestro. Nada en vosotros que no haya muerto resucitará de entre los muertos. Buscaos a vosotros mismos y encontraréis a la larga sólo odio, soledad, desesperación, furia, ruina y decadencia. Pero buscad a Cristo y le encontraréis, y con Él todo lo demás.



CLIVE STAPLES LEWIS (1898-1963) fue uno de los intelectuales más importantes del siglo veinte y podría decirse que fue el escritor cristiano más influyente de su tiempo. Fue profesor particular de literatura inglesa y miembro de la junta de gobierno en la Universidad Oxford hasta 1954, cuando fue nombrado profesor de literatura medieval y renacentista en la Universidad Cambridge, cargo que desempeñó hasta que se jubiló. Sus contribuciones a la crítica literaria, literatura infantil, literatura fantástica y teología popular le trajeron fama y aclamación a nivel internacional. C. S. Lewis escribió más de treinta libros, lo cual le permitió alcanzar una enorme audiencia, y sus obras aún atraen a miles de nuevos lectores cada año. Sus más distinguidas y populares obras incluyen *Las crónicas de Narnia, Los cuatro amores, Cartas del diablo a su sobrino y Mero Cristianismo*.

Notas

[1] *Magister Artium*. Grado académico británico. <<



[2] No es que yo crea que esa es toda la historia, como veremos más adelante. Lo que digo es que, por lo que llevamos argumentado, ésa podría ser. <<

[3] John Bunyan (1628-1688), predicador puritano cuya obra *El progreso del Peregrino* llegó a ser la lectura predilecta de los emigrantes que fundaron los Estados Unidos. <<

[4] Samuel Johnson (1709-1784), autor de un diccionario inglés y líder literario. <<

[5] Victoria Cross: Cruz de la Reina Victoria (N. del T.) <<

[6] Royal Air Force: Real Fuerza Aérea. <<

[7] Este comportamiento corporativo puede, naturalmente, ser mejor o peor que sus comportamientos individuales. <<